

Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Francisco Verdugo

— Gobernador de Luxemburgo. —

(Continuación.)

Comenzar de tribulaciones.

EL invierno estaba áspero, las tropas descontentas y los rigores de la estación impedían todo movimiento. «Farnesio no podía humanamente abrir la campaña hasta la primavera de 1586», dice la Historia Militar de España, y a continuación se lee: «Sin embargo, todo el invierno mantuvieron vivas hostilidades contra la frontera holandesa Verdugo y sus tenientes».

Conforme. ¡Y qué de prodigios hubo de realizar Francisco Verdugo hasta conseguir que el adversario levantara el bloqueo puesto a Zutphen, a la codiciada ciudad corte de los antiguos Condes de Güeldres!

¿Y en Frisia? Allí, aseguraban los propios enemigos, «infundía tal terror que se llegó a proponer la rotura de diques y la inundación general». Y si consiguió impedir tamaño suicidio de la comarca el mismo Guillermo Luis de Nassau, también éste se vió obligado, por contentar a los suyos, a ir sobre la plaza de Steenwick, muy a su pesar porque preveía el resultado, y así salió tan maltrecho y presuroso de aquellos lugares guardados por Verdugo sin dar ya oídos al sátrapa de Martín Schenk, nuevamente afiliado

al bando orangista por negarle Farnesio el gobierno de Nimega.

A todo esto, Francisco Verdugo «servía sin ningún sueldo ni lo tenía», ni por lo visto recibía normalmente los emolumentos señalados «al Gobernador que le sacan de su gobierno a servir a otra parte», caso en que se encontraba Verdugo, «porque dejó el gobierno que tenía en Luxemburgo cuando Farnesio le mandó ir a encargarse del de Frisia». Y nuevo reconocimiento de méritos del Capitán General de Frisia, y nuevo escrito de Felipe II ordenando «que al Coronel Francisco Verdugo, que ha servido tan particularmente como se sabe, se darán sus despachos de las dos pensiones de a quinientos ducados cada una, que en todo son mill, y que le corran desde el día de las concesiones dellas.» (Valencia-8-Febrero-1586.)

Con corta diferencia de fechas el Duque de Parma confirma al Rey la fructífera actuación del Gobernador de Frisia, de Frisia y de otras regiones, escribiendo a su augusto tío: «Por cartas del Coronel Francisco Verdugo se me auisa que con la ocasion del hielo que hizo en fin de henero, hizo juntar la gente que pudo, y quedando el con parte alrededor de la villa de Gruninghen para acudir donde fuere menester, amenazándole los rebeldes por más partes, enuio al teniente coronel Juan Bautista Tassis con la otra de Frisia, donde estando ya para salirse por comenzar a deshelar, entendiendo que los dichos rebeldes habian salido en campaña y que mostrauan deseos de pelear, fue hacia ellos conforme a lo que el Coronel tenia, y encontrados pelearon muy ualientemente, y alcanzó aquel dia vuestra Majestad una buena uictoria, pues de dos mil hombres que habia de pelea de los enemigos de las compañías uiejas, no escaparon diez, habiendo quedado muertos y presos los demás, con muy poca pérdida de los nuestros, aunque quedó muerto uno de los hijos del Conde de Wandemberg que sigue a Verdugo, y lo hizo muy bien, como otro hermano suyo mayor que quedó herido; ha sido fazion de importancia por ser la gente que era, y haber subcedido en tiempo que pudiera hacer por alli harto daño. A nuestro Señor se deuen las gracias,

que nos hace mas mercedes de las que merecemos, y cierto que al dicho Coronel (Francisco Verdugo), como tambien al teniente Tassis se debe agradecer la uoluntaz con que siruen, y estimar el ualor que en todas las ocasiones del seruizio de vuestra Majestad muestran, etc., etc.» (Bruselas-28-Febrero-1586.)

Si, en las inhóspitas zonas, sobre helados turbales y pantanos y no dejando vivir a euautos se aventuran con aviesa intención por Leeuwardem-Groninga-Zutphen-Deuenter, continúa Francisco Verdugo manteniendo el fuego sagrado con su «ejército de Frisia»; y allí llega por la posta un pliego que al exterior permite leerse: «Al Ilustre Sr. el señor Francisco Verdugo gouernador y Capitan general por el Rey mi Señor en Frisia-Groningem». Es que el capítulo de la carta que Felipe II firmó en Valencia, ordenando la entrega a Verdugo de las pensiones de a quinientos ducados, se lo traslada Alejandro Farnesio al ínclito toledano con otra suya diciéndole: «Ilustre Señor: No ha salido infructuosa la esperanza que he tenido en la singular gratitud de S. M., que según su grandeza y benignidad había de ser seruido de hazer la merced que le hauia suplicado para v. m. en remuneración de lo mucho y bien que lo ha sido de su persona, como la experiencia lo ha mostrado en tantas ocasiones y largos años; pues me ha mandado escreuir por su real carta fecha 8 de hebrero el capítulo y palabras formales de que se enuia con esta a v. m. copia, a fin de que quede tan contento y satisfecho como es razón y yo lo estoy de haber sido instrumento y parte para habersela alcanzado. Y assi lo doy la norabuena della y deseo que la goze con otras mayores que espero reseuirea en adelante con la saluz y felizidad que merece; para lo qual y todo lo demas que yo pudiere me hallara muy prompto y aparejado con la mesma uoluntad que hasta aquí; por lo que ademas desto se que debo a la que siempre me tuuo su ilustre persona que guarde y acreciente Nuestro Señor.—De Bruselas a 20 de Abril de 1586.—Al seruitio de v. m.—Aless.^o Farnese».

¡Concesiones, plácemes, elogios, mercedes! A todo es altamente acreedor el incomparable Francisco Verdugo,

quien, no obstante la nebulosa que cierne a las consignaciones respectivas, no da margen a que se le oxiden los soldados. ¡Los soldados! Bueno, aquellos hombres de jironado jubón y silvante estómago, que suplen la escasez de municiones partiendo la cabeza del contrario en desconcertadores cuerpo a cuerpo, al tundir de la culata del arcabuz y la tajante hacha.

Verdugo, encariñado porque Farnesio pueda adueñarse de Holanda, signifícale que siendo la plaza de Zutphen verdadero acceso a aquella provincia, si desea ver el fin de la guerra que a los Países Bajos y a España aniquila, era necesario tomar la villa de Arnhen, residencia del Gobernador de Güeldres, sin más dilaciones; empresa hacedera al disponer de tan buenos puntos de apoyo cual las de Nimega y Deosburg, vecinas a ella, que el año anterior habían pasado a manos de Francisco Verdugo.

Lo reconoce el Regente; mas no se precipita, por..... las causas que sean. Promete, sí, a Verdugo, acudir con su ejército a Nimega, una vez tomada Grave, en cuyo asedio comportóse heroicamente el toledano Alonso Vázquez, entonces soldado raso; y a toda prisa, citado por Farnesio para juntarse con él en Zutphen, abandona Verdugo Leeuwarden y sigue embarcado por el canal a Groninga; y burlando al orangista Conde de Holack, «que no pudo dar vista al general Francisco Verdugo y proseguir el intento que llevaba», baja nuestro compatriota hasta Arnhen a dirigir los aproches, y otra caminata subiendo a Groninga para volver en seguida por Lingen a Zutphen, y nuevamente a Groninga, y a Leeuwarden y a Zutphen con trescientos alemanes y su compañía de lanzas; y..... cuando a principio de verano se reúne con Farnesio on Grave, durante tres días, para tratar respecto a lo de Arnhen, recibe Verdugo la infausta noticia de haber «fallecido Dorothea, su mujer», y hacia Leeuwarden parte apenadísimo el veterano soldado «con licencia de su Alteza para ir a su enterramiento y exequias» (13-Mayo-1586).

Ingrato es asimismo el momento que a Francisco Verdugo aguarda a su regreso de Frisia. El Duque de Parma, que tampoco vive exento de envidiosos cerca de Felipe II, ha

dejado pasar el propicio instante de Arnhen. Se ha dedicado a sitiar Neuss, plaza en la que Farnesio dió fin de todo ser viviente, y Venloó, que en tres días se entregó de manera vergonzosísima, y Rehimberg, «contra el parecer del coronel Verdugo, porque la hacía considerable el Príncipe», y «que costó millares de escudos sin merecello por ser tierra floxa»; sitios en los que otro toledano: Luis Cabrera de Córdoba, supo medir con fortuna sus dotes militares. (29-Agosto-1586).

Y torna a su asombrosa dinamicidad Francisco Verdugo. Llamado por Farnesio, y con tres compañías de infantes walones y dos de caballos, desplazadas de Frisia, baja hasta Rehimberg, salvando en aceleradas jornadas quinientos kilómetros, para desde Rehimberg subir a Groenlo, contra el inglés que tiene bloqueado a Doesburg; y vuelta a Rehimberg, y a continuación a Buir, también por orden de Farnesio, que el favorito de la Reina Isabel, Conde de Leicester, viene a sitiar a Zutphen; y, sin tregua de ningún género, en funciones de Maestre de Campo General, procede Verdugo a alojar el ejército de Farnesio en las inmediaciones de Bredeword, una parte, otra en Borkelao; y, como siempre, sin detenerse un día más, a Zutphen, a reanudar los consabidos y sangrientos encuentros para facilitar la entrada de Alejandro Farnesio.

Pero el Regente, sin hacer alusión alguna relacionada con el sitio de Arnhen....., regresa a Bruselas, dejando a Zutphen abastecida para cinco meses, y a Francisco Verdugo..... haciendo salidas con la guarnición..... Y cuando parece que va a comenzar una era de descanso para el Capitán General de Frisia, si es que con Verdugo el descanso es compatible, se ve precisado a salir velozmente camino de Groninga, «reventando caballos de su coche», que hallá reclaman su presencia. Los soldados demandando haberes, en la creencia de que habrá conseguido Verdugo subsidios del Duque de Parma; los magistrados procurando por la defensa de la ciudad. (Noviembre-1586).

He aquí la grata vida de Francisco Verdugo. Enlazando triunfos con inconcebibles actividades a través de la extensa

área a él confiada y teniendo su lecho las más de las noches sobre hielo o fango. Pues aún mayor celeridad ha de desplegar ahora para personarse en Wesel llamado por Farnesio. Pero no. Es ya inhumano e imposible el perdurar en tanto continuado y azaroso ajetreo. El hombre fuerte, el infatigable luchador, el intrépido soldado, en tal forma ha cedido de sus vitales energías, que es retirado a su casa sin esperanzas de vida; y desde Groninga, con el testimonio de médicos y burgomaestres de la villa, solicita Verdugo del Regente que, para no interrumpir el curso de las operaciones, ponga el «ejército de Frisia bajo el mando de otro gobernador» hasta que él, Francisco Verdugo, pueda reintegrarse a sus cargos.

La agravación de Verdugo coincide con la llegada de su teniente Tassis, aportando la nueva de que el Coronel Guillermo de Stanley, favorito del favorito de Isabel de Inglaterra y gobernador de Deventer, desea enrolarse en las filas que manda el Capitán General de Frisia, con los soldados ingleses e irlandeses que le siguen. Y en qué estado encontraría Tassis a su General, y en qué forma informaría a Farnesio, que éste encarga a Tassis el resolver con Stanley, y el que fijara su residencia en Groninga, creyendo ya el Duque de Parma muerto a Francisco Verdugo.

No ha de negarse que la pérdida de su esposa ha lacerado hondamente el corazón del estoico Francisco Verdugo; pero otros morales padecimientos gravitan sobre su espíritu por persistente recordar. Gozábase de haber despejado la entrada a Holanda al hijo de Margarita de Parma. El entretenerse Farnesio en arrojar a los protestantes de Neuss y Rehimberg, para entregar dichas plazas al Arzobispo de Colonia, «Orden del Rey», hizo perder la oportunidad del asedio y toma de Arnhen, tan bien preparados por Francisco Verdugo.

Estrella que se eclipsa.

TODA la atención y todo el grueso del Ejército de Alejandro Farnesio lo absorbe el sitio puesto a La Esclusa. Está enfrascado en un interminable pelear, en el que vienen aventajándose, entre otros bravos soldados toledanos, Juan de Aguilar y Juan González de Reaza y Juan y Diego Verdugo. Mientras no se muestra ocioso el Gobernador de Frisia, para abreviar el feliz término de la empresa acometida por Farnesio, desbaratando en Coeworden las huestes del Conde Muro, quien consigue salir vivo de las manos del español a costa de dejar abandonados sus escoceses a merced del arma blanca de los italianos y alemanes que siguen a Francisco Verdugo.

Mas con la rendición de La Esclusa, bizarramente defendida por unos cientos de ingleses y holandeses, aparece la puesta en marcha del propósito de Felipe II: la idea de enviar a Farnesio a subyugar a Inglaterra con la «Armada Invencible». Por ello el nieto de Carlos I habrá de desguarnecer los Países Bajos, precisamente cuando comienzan las defecciones y los naturales se encuentran desalentados por los reveses e irresolutos en la prosecución de sus denueados por la independendencia de su Patria; y de nuevo se intensifica el olvido para con Francisco Verdugo, a quien se le arrebatan gran parte de las reducidas tropas que tiene distribuídas en tantas importantes plazas de su dilatado gobierno, al extremo de desproveerle, en masa, de los tercios de alemanes e irlandeses con que respectivamente guarnecen Zutphen y Deventer sus tenientes, los coroneles Juan Bautista Tassis y Guillermo de Stanley. Todo es insuficiente para el apresto náutico y terrestre que ha de salir de Flandes contra la poderosa Inglaterra. «Que el Maestre de Campo General Verdugo» se las haya como pueda respecto a la dotación y defensa de aquellas dos y varias plazas más, sin

que interrumpa los encuentros y choques sobre los orangistas en Frisia y, preferentemente, sin desamparar las riberas del Rhin. (16-Agosto-1587).

Nada, el consecuente tejer y destejer. La representación de otro de los actos del drama en el que, conforme al decir del capitán toledano Alonso Vázquez, «parece, según se entendió, quiso mostrar Alexandro que podía hacer y deshacer en los hombres, bajarlos y subirlos a su voluntad y furia». Menos mal que el victimario Francisco Verdugo sabía acumular valioso caudal de subordinación y lealtad; y sin disponer de tropas adecuadas, ni de fondos con que acallar un tanto las justificadas peticiones de aquellas que aún permanecen subordinadas en Frisia, no tiene otro recurso Francisco Verdugo sino dar el pecho, como siempre, y de manera muy directa, al continuar desprovisto de sus tenientes los coroneles Tassis y Stanley.

Luego la correspondencia habida entre el Gobernador General de Flandes y el Capitán General de Frisia es todo un aleccionador poema, amargado en grado sumo por el colofón de la negativa de auxilios que a Francisco Verdugo le hace su suegro el Conde de Mansfeld, encargado del Gobierno de los Estados durante la ausencia de Farnesio, a fin de no distraer al toledano, que bastante tiene con el Rhin y el habérselas frente a frente con el no menos denodado y astuto Guillermo Luis de Nassau.

¡Ah!, pero simultáneamente estalla horrísona tormenta en el Romano Germano Imperio. Próximo a naufragar en la vorágine está todo el Príncipe de Chimay, Carlos Croy, y es urgente el lanzarle un cable; mejor dicho, que alguien vaya a salvar el principio de autoridad en aquel arzobispado. Como en muchas más apremiantes y escabrosas ocasiones, nadie cual Francisco Verdugo; y hete aquí al convaleciente Capitán General de Frisia electo para desfacer el entuerto. El pliego reservado que Farnesio le envía no es aviso de inmediata remisión de dineros ni menos de españoles o walones que interpolar con los tudescos, asaz soliviantados; que el Duque de Parma se produce con dicho escrito de esta guisa:

«Al Ilustre señor el Señor Francisco Verdugo, Governador de Frisia, Zutphen, Deunter y Ouerysel, por el Rey mi Señor:»

«Ilustre Señor: He resceuido la carta de v. m. de 20 de abril, respuesta de las mias, y aunque veo por ella la mucha necesidad que hay de su persona y presencia en ese pays y villa de Groningem, es tanta la que padescen della las cosas de Colonia que no puedo excusar de volverle a encargar de nuevo expresamente que cuanto antes pudiere acuda y asista al Principe de Chimay, que con la falta del coronel Taxis queda del todo solo y sin ayuda de nadie, importando lo que v. m. sabe se pase con aquella impresa adelante, assi por lo que toca a la reputación como al bien y sosiego de aquel Estado, y por consiguiente del de S. M., a cuyo servicio conviene tomar muy de veras el negocio; y assi lo vuelvo a pedir con los posibles lo haga, y se uenga luego, porueyendo assi lo mesmo lo del Rhin de algun sujeto suficiente que se entienda con aquellos alemanes en el interin que se señala subcesor al muerto, paresciendome que uendra muy a proposito para ello y lo de Bona La Coquela, por concurrir en el las partes y experiencia que se sabe v. m. se lo ordene y uengase presto, que es lo que importa y deseo en extremo, y si no pudiere traer gente consigo, sea solo, que esto bastará para que, con el fauor de nuestro Señor, todo uaya bien obvia sin el cuidado que me diese cosa de tanta importancia.....» Interrumpamos la transcripción. (Brujas-6-Mayo-1588).

Con más fuerza de expresión que con los párrafos de esta carta de Alejandro Farnesio a Francisco Verdugo, no es posible delinear la ardua disposición en que aparecía el Estado de Colonia; ni el elevado concepto que al Regente de Flandes merecían las dotes militares y diplomáticas de nuestro compatriota; ni cuanta autoridad ofrecía por sí sola la presencia de Verdugo para extirpar cizañeros elementos y reducir levantiscos..... Ha de acudir rápidamente a Buir Francisco Verdugo y proceder a la recuperación de la plaza de Bomm, tomada por el bueno de Martín Schenk. Por su estado de salud no puede humanamente Verdugo montar a

caballo, ni ser transportado en su coche; por su carácter y su temple de soldado español abomina de diferir el cumplimiento de sus obligaciones militares. Solución: vengan en seguida unas parihuelas. Y cuidadosamente, a causa de los dolores que sufre Verdugo, es llevado a un pontón y de él a un navío de la armada, y es en el memorable sitio de Bomm donde vuelve a culminar insuperables proezas y a experimentar mayor dosis de infortunios el prestigioso Capitán General de Frisia.

Bajo la mano de Francisco Verdugo quedan los hombres de armas del Elector de Colonia. Los arenga, los habla al alma, los distribuye, los vigila, hace entrar en razón a los reacios, y como en Naarden, en Haarlem, en Maestricht y en tantas otras pavorosas contiendas. Desde la iniciación al finalizar del asedio derrámase sangre a torrentes y piérdense muchas vidas, y son batidos y destrozados los insurgentes a cubierto de parapetos reforzados con exánimes cuerpos de héroes, y acométese el decisivo y postrer asalto sin peligro de caer en los fosos; que ya los cadáveres facilitan el llegar al pie de murallas y las brechas penetrar en la plaza en verdadero aluvión; y allí, entre los muertos, yace también el bravo coronel Tassis (8-Septiembre-1588).

Alejandro Farnesio queda satisfecho. Esto no quiere decir que el drama ha terminado, porque la rota de la «Invencible» ha sido máximo incentivo para Mauricio de Nassau, que tanto ha aprendido de ardides a la usanza del Duque de Parma. Bien que el mismo desastre ha provisto a Farnesio de algunos refuerzos representados por los españoles que libráronse de quedar envueltos por sudario de espumante oleaje o de hallar su tumba entre las dunas holandesas. Empero también hácese ya infructuoso el acuciador tintineo de escarcela repleta de florines, que en pretéritos días enterneciera a más de un gobernador de plaza o de castillo ambicionados por el Regente.

«Todavía pudo Farnesio adelantar en sus conquistas durante el año gracias a los hábiles movimientos y victorias de Verdugo en el Arzobispado de Colonia», pero llévase el grueso del ejército hacia Zelanda con propósito de recon-

quistar la isla de Tholen y la plaza de Berg op Zoom, que ondea pabellón inglés. ¡Desdichadas tentativas! Sobre perder gran número de acreditados capitanes, entre ellos Octavio de Mansfeld, hállase el Regente ante unos soldados consumidos por el incesante y cruento pelear, los más víctimas de aniquiladora fiebre, todos descontentos por la falta de pagas, y.... en asomo de estruendoso motín, tiene que abandonar Farnesio sus bélicas miras (12-Noviembre-1588). En compensación, «sirviendo de mucho sus trazas y consejos de Verdugo a su suegro el Conde de Mansfel», consigue éste apoderarse del fuerte de Wachtendonck, en Güeldres, y Francisco Verdugo, antes de retirarse a sus cuarteles de invierno, desbarata con eficaces mandobles cuantos núcleos de orangistas encuentra en su camino, y...., a esperar el nuevo año.

¡Y con qué mal cariz aparece! El joven Conde de Nassau hace ejército. Homogéneo, bien pertrechado y más subordinado que la heterogeneidad que milita bajo las banderas de España. ¡Como que la paga va por delante y oficiales y soldados son hijos del país! De la armada, de lo concerniente a las costas y al transporte por ríos y canales, no hay que dudar, hoy menos que ayer, de las condiciones de superioridad con relación a nuestras mercenarias huestes marítimas. La rutilante estrella de Alejandro Farnesio comienza a declinar, y bien ajeno que es a ello el Regente. El egregio general, reducido a tan escasas como diseminadas tropas, a las que no le es asequible sustentar por la especial administración del Reino, es también prisionero de hidrópica afeción que le impide realizar sus acertadísimos planes, al par que los holandeses reaccionan con tal virilidad y decisión, que Mauricio de Nassau es aclamado Stathouder Capitán General y Almirante de la República Neerlandesa.

Francisco Verdugo continúa pasando por muy imponentes trances en la propia Groninga, exento de guarnición. Además tiene que salir de modo imperioso en socorro de Nimega, amenazada por el nefando Schenk, y contra él marcha el imponderable toledano para, a costa de irse quedando sin soldados y ser él uno de tantos arcabuceros,

despejar de contrarios los aledaños de la plaza. Pero la carta está echada. Schenk, enconado enemigo personal de Verdugo, no pierde ocasión para atraerle a campo en que no le es dable triunfar al español. Estériles son cuantas tretas pone en juego Schenk. Sabe mucho de emboscadas Verdugo. En cambio cae en la trampa y queda prisionero del orangista el Capitán Juan Contreras Gamarra, que guiaba tropas de corazas y de dragones para reforzar el «ejército de Frisia». (14-Mayo-1589.)

Si el descalabro envalentona a los de Schenk, a los de Verdugo encoragina, y el andar de los días hace volver las tornas. Martín Schenk, al advertir que Francisco Verdugo no hace salidas, entiende que logró burlar la vigilancia y escapar a Groninga, y que en verdad es impotente la guarnición de Nimega, y Schenk organiza una expedición nocturna con treinta barcazas dispuesto a entrar en la plaza antes del alba. Contrariamente a sus cálculos, al romper del día le hace salir del error. Nimega estaba vigilante y apercebida y el combatir adquiere tan reñidas proporciones que «el indómito Schenk dió fin a sus hazañas ahogado en el Wahal». (10-Agosto-1589).

Y sigue «el valeroso caudillo español Francisco Verdugo» habiéndoselas con adversarios desde Groninga a Maestricht, favoreciendo así a Alejandro Farnesio, a la sazón ocupado en el Brabante holandés en la toma de Geertruidenberg, guarnecida por ingleses, y.... es en la empresa de Bommel, emprendida por Mansfeld con aprobación de Farnesio, donde surge el inesperado motín del famoso Tercio de Leyva. Entonces, después de castigar Farnesio la insubordinación de aquel Tercio, haciendo rasgar sus banderas y disolviendo la unidad ante el veedor Juan Bautista Tassis, es cuando se acuerda el enviar tropas «en auxilio de Verdugo, algo apurado por Groninga, ciudad discola, sometida a España, pero que en manera alguna quería admitir guarnición ni aun dejar entrar con armas la escolta personal de su propio gobernador». (12-Noviembre-1589.)

Gobernador múltiple.

LA vigorosidad adquirida por la República Neerlandesa exige cada día mayor preocupación. Vale mucho Mauricio de Nassau y su bien organizado ejército se entrena a pasos de gigante, con un orden, una disciplina y una energía formidables. Se impone de manera especialísima el proveer, sin ambages ni moratorias, a las ineludibles necesidades que reclaman plazas de la talla de Zutphen y Deventer y el intensificar la guarnición y la previsión por tierras de Breda, si se quiere impedir que los de Nassau salten el Oweryssel.

De todo ello informa Francisco Verdugo a Alejandro Farnesio; y transcurren los meses sin que el Capitán General de Frisia reciba noticias, ni socorros, ni refuerzos, dándose lugar a que al descontento se sume el desconcierto allí donde no sienta su mano dura el toledano general; y al amparo de determinadas circunstancias alcanza provechosos resultados el Príncipe de Orange, inaugurando el año con un fingido ataque contra la plaza de Geertruidenberg para ir libremente sobre su principal objetivo: la de Breda, que toma por sorpresa y rendición que trae por consecuencia que en Bruselas sean decapitados, ante el propio Farnesio, cuatro de los cinco capitanes italianos que guarnecían aquel ascencial feudo de los Nassau (3-Marzo-1590).

Al fin sale de su abstracción Alejandro Farnesio respecto al Capitán General de Frisia. Ya escribe al avizorado Francisco Verdugo, sobre quien se acumulan en agobiador volumen, gobiernos, mandos y responsabilidades; porque parece que tan sólo en este «prototipo del soldado español» concurren la voluntad, la firmeza y la seguridad necesarias; pero a quien, hay que repetirlo, no se le atiende con la oportunidad que merecen sus cargos y demandan las circunstan-

cias que se dibujan por el número, la táctica y la bizarría de las tropas genuinamente holandesas.

Francisco Verdugo tiene materialmente que multiplicarse. Abarca su autoridad tantas zonas, plazas y castillos, que Farnesio, concededor de la proverbial diligencia del leal toledano, y al no serle posible prefiar de momento «el lugar en que puede encontrarse el Coronel-General Verdugo», pone a los sobrescritos de sus pliegos o cartas esta dirección: «Al Ilustre señor Francisco Verdugo, gouernador de Frisia, Zutphen, Deuenter y Ouerysel por el Rey mi señor y su Coronel de Walones» a cuyas señas adiciona estas dos subrayadas palabras: «donde estuuiere».

Es de suponer lo que manifestará Farnesio a Verdugo en este su primer escrito del año 1590. Lo sabido hasta la saciedad: elogiará su proceder, ensalzará sus servicios, encarecerá que persevere en ellos, como si el Gobernador múltiple necesitare de protocolarios incitamentos y, lo de siempre también: que no es posible atenderle cual precisan las plazas y castillos enclavados en su turbulenta y dilatada jurisdicción.

Escuchemos algunos párrafos de la carta:

«Deuo respuesta a tres cartas de v. m. de 25 y 27 de henero y 16 del pasado, por donde quedo advertido del estado de las cosas de la llegada de los Alemanes de Blanccquemery y Españoles del tercio de don Francisco de Bouadilla a esa prouinzia, asegurando a v. m. que si la estrechesa y miseria en que me hallo permitieran haberlo proueydo de algún socorro de dinero fuera antes que el de la gente; pero hallandome del todo tan imposibilitado, como se sabe, y temeroso de tantos daños, hame parecido acudir al mas urgente, esperando, en uiniendome alguna sustancia de España, remediare esotro. Y assi conuiene y le encargo quanto puedo, se esfuerze y entretenga como mejor pudiere, que yo no me olvidare de v. m., pues ni lo merece la causa que trae entre manos ni la estimación que yo hago de su persona y seruizios. Piense el trabajo espiritual y corporal que le costa no solo conseruar lo de alla en tiempo tan miserable y calamitoso, para ganar quando no otra cosa reputacion y

lo que por esto me ua cada día v. m. obligando y a S. M. a que le hagan merced; a quien siempre represento lo que haze, y que el ualor y su nombre de v. m. tienen en pie lo de allá. Siuale esto de consuelo y el enteneder que no puede crecer la satisfaccion que yo tengo de sus acciones, pues ella sola me hace uiuir sin el quidado que me diera no tener ahí a v. m.

Veo la necesidad que padecen Deuenter y Zutphen y lo que v. m. ha trabajado y trabaja de asistirlas y entretenerlas, como le encargo que lo haga por el camino que mas juzgare conuenir, hasta que Dios le abra, de intentar nuevos progresos y socorrellos del todo, librandolos de la prision en que les tienen Locon y Dutoren, ya que no puede ser de presente, como lo había determinado por lo que diré abaxo.

A los españoles he mandado llevar su tercio de pagas, habiéndolo buscado prestado entre mercaderes, que aunque es poco, todauia es más que nada y seruira de entretenelles hasta que llegue lo que les ando procurando, V. M. les animara a que sufran y uera de atajar los inconuenientes que podrían resultar de no darles la satisfacción que desean, asegurandoles que no ceso de procurallo ni dejare de hazello hasta que tengan lo que es raçon.

A este proposito aduerto a v. m. que la alteracion de los del tercio de don joan manrique, de que auise y lo uueluo a hazer en el duplicado que sera con esta, si no esta acomodado, hay gran apariencia de que lo estara porque tengo auiso de aquellos lo desean y assi les he enuiado al Principe de Asculi que uea de apaciguallos y otorgalles lo que piden como no sea en deseuzio de S. M. bien entendido que lo que les acordare ha de ser para ellos y toda la nación pues no desmerezen de haber estado constantes a la miseria y trabajo, etc.».

En esta tan expresiva carta dícele también Alejandro Farnesio a Francisco Verdugo: «que v. m. como soldado de tanto ualor y experiencia se ualga de la ocasion para exquitar algo esta perdida», de la tan importante plaza de Breda. Y termina su escrito el Duque de Parma, manifes-

tando al Gobernador de Frisia: «Vame muy bien de salud gracias a nuestro Señor. Desela a v. m. y guarde su ilustre persona con el acrecentamiento que pueda.—De Bruselas a 6 de Março 1590—A lo que v. m. mandare—Aless.^o Farnese.»

Exacto: Han llegado algunas tropas para «reforçar» el pomposamente llamado «exercito de Frisia». Pero elimínese la preposición y quedará un más adecuado verbo.... Porque tales tropas no son de socorro o ayuda, sino enviadas a la fuerza, obligadamente, como para quitárselas de encima, dada su ética y procedencia. Menos mal que como no encontrarán qué comer desertarán calladamente, y lo que reste no durará mucho, pues ya se susurra que el Rey ordenará a Alejandro Farnesio acudir en persona con los Tercios de Flandes a Francia en defensa del partido católico....

Así tal cambio se produce en el mismo ambiente católico de los Estados al conocer el Decreto del Soberano español, que, a pesar de los anhelos de Farnesio y de Verdugo, la guerra no puede alcanzar ni la mínima cualidad de defensiva en la sucesión de los días vaticinados por el Capitán General de Frisia, con todo el desconcertante cortejo de angustias, de asechanzas, de defecciones, de preludiar pérdidas de territorios que Francisco Verdugo conquistara y recuperara. De las ineficaces resistencias avisa Farnesio al Rey, y Felipe II conmina a Farnesio su inmediata marcha a Francia a levantar el cereo con que Enrique IV aprisiona a París.

Nuevo desguarnecer de plazas y castillos, y nueva papeleta respecto a la persona que ha de reemplazar a Farnesio durante su estancia en Francia. Por el Regente sería Francisco Verdugo el sustituto, y también por el Monarca; pero ha de sopesarse la resolución. De un lado el máximo de la campaña carga sobre comarcas en las que son imprescindibles las más directas cooperaciones y defensas del insustituible toledano; de otro, flamencos y brabantines meridionales admiten estar subordinados a un su compatriota, más no así a un español, aunque se trate de un español belga por adopción cual Francisco Verdugo. No queda otro recurso sino confiarse al octogenario Conde de Mansfeld, y

en manos del suegro de Verdugo queda el Ejército de los Países Bajos.

¡Y qué triunfal la entrada de las tropas españolas en París, en tanto que los Países Bajos apenas disponen de soldados para el servicio de guarnición de las plazas más importantes, y Groninga sigue «la misma conducta, haciendo insostenible la situación de Verdugo»!

Tres meses más, y desesperado el Capitán General de Frisia, apremia al Conde de Mansfeld solicitando tropas y socorros con qué sustentarlas. A Mansfeld no se le ocurre más que ordenar a su yerno que baje hasta Bruselas. Larga, inútil y tristísima conferencia para en resumen patentizar a los ojos de los mismos católicos de Flandes la amarga verdad: Felipe II, por atender a asuntos de Francia, deja en vilo a los Estados que le son tan fieles. La desilusión comienza a acibarar el alma de Francisco Verdugo. Su suegro, sobre carecer de tropas, no digamos ya de dinero y municiones, «por la decrepitud se hacía impotente para sostener la gran máquina de su cargo»; y en Bruselas permanece Verdugo, enterado que regresa Farnesio, a quien da cuenta detallada de la deslealtad que se respira por toda la Frisia y de lo imprescindible que es el que se le faciliten elementos para la defensa de Zutphen y Deventer, pues, al amparo de las dos plazas, podía Farnesio hacer progresos entrando en Holanda.

Todo razonamiento resulta baldío. Verdugo no encuentra en Farnesio sino una acogida enmarcada por tibiezas, dudas, vacilaciones y..... sugerencias, y, perdida la calma, ruega que se le permita llegar hasta Luxemburgo con licencia, por asuntos propios, y a su patria adoptiva marcha Francisco Verdugo desesperanzado por completo y transida su alma porque bislumbra en toda su magnitud el denigrante y próximo mañana de España en los Países Bajos. (12-Diciembre-1590.)

Después cae enfermo Francisco Verdugo. No importa, el Regente decreta la inmediata incorporación del Capitán General de Frisia a su gobierno. A buen seguro que otro que no sintiera cual Verdugo tan sacrosanto culto al deber del

soldado español hubiera dado al traste con todo, renunciando a la vida de campaña; pero su acendrada pundonorosidad ahoga la malquerencia que comienza a ceñir su ánimo por tantas decepciones recibidas, y sigue por Namur, de allí a Zutphen y a Deventer, en cuyas tierras no halla más que justificado descontento al ver los naturales que regresa sin tropas de refuerzo, y hácese urgente su incorporación a Groninga, y hacia allá se encamina Verdugo casi solo, acompañado de sus criados y una reducida escolta tomada en Güeldres.

En plena odium.

SE confirman las alarmas de Francisco Verdugo. Los residuos de las unidades disueltas por rebelión que envía Farnesio a Frisia, son eficaces velomotores de la sedición y la deserción, y dentro de las mismas provincias walonas, reconciliadas con Farnesio, se propagan sin rebozo el soborno y la defección so pretexto de dar «mayor interés el Rey español a Francia que a Flandes»; y un día es el vecindario de Venloó quien encisma y arroja de la urbe a la italo-tudesca guarnición; y ha de temerse por Amberes desde la hora en que las ciudades de Turnohut y Westerloó se desentienen de oficiales y soldados que en Flandes no han nacido; y en el cundir de deslealtades, mientras el Duque de Parma continúa imposibilitado de hacer frente a cuanto los momentos exigen, el Príncipe de Orange, que ha efectuado una verdadera movilización general y lleva diez mil hombres de armas, amaga a Doesburg, para al abrigo de una estratagema apoderarse de un fuertecillo cercano a Zutphen; y simula un ataque contra Geertruidenberg, a fin de cubrir el paso de otros dos mil soldados que Guillermo Luis de Nassau trae de refresco, y bloquea Zutphen, que en junto cuenta con 600 hombres al mando de Jorge Loukman, y, consecuentemente, abre el pueblo las puertas de la plaza a los orangistas. Un empujoncito más y Deventer, guarnecida por Herman S'Herenberg, primo de Mauricio de Nassau, adopta idéntica determinación que Zutphen.... y el Gobernador General de Frisia cede a interna ira viendo con qué facilidad vuelve a Orange la llave de oro del Issel, con tanto tesón cobrada y defendida por el indefenso toledano.

«Solo, allá, en Frisia, el heroico Verdugo logra apoderarse de una bicoca llamada Ementil, que perdió al poco tiempo». (1-Enero-10-Julio-1591.)

Ante tamaño triunfar y conocido el desamparo en que se

encontraba aquel Gobernador, «resolvió el Stathouder hechar a Verdugo de Frisia, provincia ya de antemano trabajada y condescendiente» y pónese en acción el propósito. Trenes y bagajes, a bordo de adecuadas naves, por aguas de Issel, del Zuiderzeé y del mar del Norte, arriban al Dollart. De aquí, en rápida marcha, asegúrase que el ejército holandés entrará victorioso en Coeworden; mas olvidó Nassau un factor de alta monta: la sutil vigilancia de Francisco Verdugo y la plaza sigue en poder del bravo español. A otro inusitado avanzar de los orangistas, en plan de apoderarse de Groninga, se opone un premeditado giro de Verdugo, haciendo creer inminente aprisionamiento de la retaguardia de su asendereada tropa, que obliga al enemigo a emprender un movimiento envolvente que le mete en la boca del lobo y los tropiezos por aquel terreno impracticable impiden el perseguir y atrapar a nuestro compatriota con la tenacidad que impulsa al Conde de Nassau. ¡Ah, si hubiera contado con elementos Francisco Verdugo! No obstante, consigue que Mauricio de Nassau invierta aún cinco días en dar vista a la sede frisona y «Verdugo pudo adelantarse y entrar en Groninga, pero solo. Ya se explicó la singular conducta de esta ciudad cerrando las puertas a toda guarnición española. Verdugo tuvo que contentarse con fortificar los arrabales», y tal fué su actividad, que Mauricio, después de siete días de tanteo y escaramuza, levantó el campo, tomando a Wedde y Delfzyl, de la que hizo su base y plaza de depósito.

Ya está marcado el rumbo de los acontecimientos y es temerario el arrebatación de Farnesio en socorro de Francisco Verdugo, que en muy desfavorables condiciones pelea en Coeworden. En el ejército del Regente no forma ni un cincuenta por ciento del que presenta en batalla el de Nassau y a todo ello «sin pagas ni víveres, sin pólvora los arcabuceros» realistas. Por algo previene Verdugo a Farnesio que si la moral de sus soldados está relajada y «si no tenía 12.000 infantes y por lo menos 2.000 caballos, que no pasara el Rhin, porque mejor era que Verdugo se perdiese que no que corriera peligro Farnesio». Pero empéñase el Duque de Parma en tomar represalias sobre el Príncipe de Orange,

digno contricante de aquél, y aquí de los justificados consejos del Gobernador de Frisia. A renglón seguido lo previsto. Sublévase a Farnesio el antiguo Tercio de Bobadilla. Los pocos soldados que llegan con Cristóbal Mondragón son los que el anciano coronel había pedido «por favor a los amotinados que le acompañasen», y en tanto aguarda que baje Verdugo hasta Nimega, para con su cooperación afrontar la ofensiva, da margen Farnesio a que Mauricio de Nassau penetre con los suyos en pleno Flandes y ocupe «Hulst por interpresa»; y las tierras bañadas por el Wahal son palenque sobre el que mide sus primeros bríos el primogénito del Regente, entre los piqueros de Jaime Aragonés, Teniente de Jerónimo Carrafa, Marqués de Montenegro, y de Bernardo Aragonés; «capitán práctico y osado».

Bien; pues coincidiendo con los preliminares de la defensa de Nimega, en la ocasión más comprometida, cuando es más de rigor que el mando superior de los Estados lo lleve una mano vigorosa de fornido estratega, en oposición al Príncipe de Orange, en ese momento difícil, recibe Alejandro Farnesio un mensaje del Rey Felipe II ordenando que con toda urgencia marche en persona a Francia en auxilio del partido católico. (25-Junio-1591.)

Allá va, camino de Francia el Duque de Parma al frente de los tercios de Italia y de..... Flandes. Y como a medida que se manifiesta más embarazosa la situación, más ardua la lucha y más dudoso el éxito, más y más se acentúa la falta de fidelísimos colaboradores de Farnesio; cual si no fuese bastante que sobre Francisco Verdugo pesara el abandono a que se le tiene confinado en su Gobierno de Frisia, donde ya sabemos no podía confiarse de persona que no tuviese pelos en la palma de la mano, se le endosa el de Güeldres: de la comarca más espiritual de los Nassau y cuyo lema era: «corazón esforzado, bolsillo exhausto y espada en mano». Se le encomienda al toledano general aquel Gobierno, según sus émulos, por eso..... porque Francisco Verdugo es todo un espíritu valeroso, exento de auxilio y presto al acero. No puede señalarse mayor ironía. Tan sólo protegido por estas cualidades ha de procurar asimismo por la defensa de

Nimega, sin dilaciones de ningún género; y laboró en pro de la plaza tan seriamente amenazada desde Arnheim por los holandeses un mes y otro mes y otro hasta que Nimega, con tres mermaidas compañías de alemanes y «un vecindario levantisco, se apresuró a entregarse a Mauricio de Nassau cuando éste se presentó con 8.000 infantes y 1.600 caballos». (22-October-1591.)

Ya puede señorearse el Conde de Nassau del Ducado de Güeldres, vínculo del Brabante y la Frisia, y perdidas «las conquistas hechas el año anterior por Verdugo y sus tenientes», anticiparse la de Groninga y con ella toda la Frisia. No permiten los hechos lanzarse a nuevas gasconadas. Debe renunciarse a llevar de nuevo los Tercios españoles a Francia. Pero de Flandes salen los Tercios y otra vez pasa el Gobierno de los Estados al Conde de Mansfeld, desprovisto de autoridad sobre los flamencos, dolidos por la indiferencia que el Rey español hace de los Países Bajos, y tiene Farnesio que realizar lo que más aversión le produce: entregar el mando militar a «Carlos de Mansfeld, su enemigo personal y declarado». (8-Diciembre-1591.)

Así de día en día va quedando más aislado y desvalido Francisco Verdugo. Sin esperanza en obtener algunas tropas a quienes confiar, siquiera relativamente, la guarnición de muy estratégicas ciudades y fortalezas. Con la agravante de que se le incrementa su radio de preocupaciones y responsabilidades confiriéndole el sector de Limburgo, porque su gobernador sigue a Farnesio en Francia; y tiene que bajar hasta Maestricht «caminando día y noche por ser tiempo corto, y con gran peligro» llega oportunamente a frustrar la escalada con que tentó Massau ganar tan importante plaza. Y sin solución de continuidad, porque al dinámico Francisco Verdugo no se le tolera un alto en la marcha, muerto el Conde Cleves y «siendo necesario inuiar de parte del Rey a su enterramiento», el Conde de Mansfeld encarga también a su yerno que con la máxima presteza salga a desempeñar tan honrosa comisión; y allá va nuestro compatriota «embarcado río abajo hasta el país de Güeldres, a donde gastó muchos más de lo que tenía», y se le hace

llegar después hasta Bruselas a informar a Mansfeld, y bajar luego hasta Spá a tratar con Farnesio, a quien encuentra tan agobiado por los lauros conquistados en Francia, como por la afección que consume la vida del Regente de Flandes; y..... los mandos militar y civil han de seguir en manos de los Mansfeld.....

.....

.....

¡No hay salvación! Entra en plena odisea Francisco Verdugo. Mauricio de Nassau, clara y decididamente se apresta a acorralar y a destrozarse al único caudillo español que ofrece obstáculos a sus designios de patria independiente neerlandesa: Francisco Verdugo. Esto, desde Güeldres, «importunaba al de Parma, que estaba en Aspa, y al de Mansfeld, en Bruselas, le inviase socorros» ante la seguridad de que el Príncipe de Orange acometería a Steenwyk. Sería inaudito el admitir que bien podía ser defendida la plaza supliendo la carencia de medios con la resolución e inteligencia de Antonio Coquel, teniente de Francisco Verdugo, que sólo dispone de 1.500 hombres. Todo inútil. «El socorro tardó fuera de esperanza y razón militar». Y a los cuarenta y cinco días de padecer los efectos de setenta piezas enemigas emplazadas en batería, y de tener abierta brecha la muralla de Steenwyk, y de carecer de municiones los realistas y de víveres la población, y de estar diezmados los defensores de la ciudad y sus anexos, y de haber causado más de mil bajas al ejército de Nassau; entonces, sólo entonces, es cuando se entrega la plaza conquistada diez años antes por Francisco Verdugo, saliendo el reducido número de soldados supervivientes con armas y redoblando las cajas; pues conocida y admirada por Mauricio de Nassau la homérica resistencia desplegada por tan heroicos y extenuados defensores, los concede el desfilar con todos los honores de la guerra, si bien imponiéndolos el juramento de no prestar servicio en Frisia hasta pasados seis meses. (4-Julio-1592).

Y arrojando el de Nassau en sus aptitudes poliercéticas pone sitio a Coeworden, e insiste en sus peticiones de «soco-

rro Verdugo, viendo la ocasión que le daa el enemigo para desfacarle parte de su exercito» ¡In desertus clamavit! Consegue, sí, meter con mucho riesgo algunos walones en la pentagonal fortaleza tan provista de grandes caballeros, contraguardias, casamatas y fosos de agua; toda una pequeña Amberes que reclama nutrido contingente e indispensables pertrechos; y pasa Verdugo a Groól a esperar y distribuir las tropas que ¡al fin! se le anuncian subirán de Brabante.

¡Qué sarcasmo! «Llegó el socorro a Grol, donde estaba Verdugo, sin un real, ni él le tenía». Un verdadero saldo de liejeses de La Capela, irlandeses de Stenley e italianos de Spínola, «que todos juntos no pasaban de ochocientos soldados y cien caballos». Eso sí, nada menos que al mando de Alfonso de Avalos, hermano del Marqués del Vasto. Y en la ausencia de Francisco Verdugo ríndese la villa de Oldenzaal «con pacto igual al de Stenwyk», y, ante la disposición y ejecución de los aproches y la acertada dirección de Mauricio de Nassau, tiene necesariamente que capitular Cocworden, «sin que Verdugo lograra socorrerla por la escasa fuerza de que disponía»; y dos regimientos de alemanes toman la vuelta del Brabante, y a esta deserción sigue la de los italianos..... y la de los walones..... que ya es mucho sacrificio continuar la defensa durante meses y meses desprovistos, no sólo de pagas y de vituallas, si que de lo más imprescindible en la guerra: de municiones. (12-Septiembre-1592).

Nada, la eterna cuestión con lo que la fatalidad se aproxima en rauda vuelo. Ha quedado expedito el acceso a Groninga. Se explican los desesperados aldabonazos de Francisco Verdugo llamando al alma de España. Entonces, Alejandro Farnesio, viendo en toda su magnitud la triste realidad y la causa que a ella contribuye, se hace subir desde Spá a Bruselas, «enojado contra los Mansfeld, padre e hijo, y el famoso Compagny, «chef» de finanzas, a quien desterró»..... Entonces también, cuando pretende el Regente imponer un cambio radical, altamente tardío, en el Consejo de Flandes, el Rey ordena a Farnesio que por tercera vez abandone aquellos Estados y se persone con toda premura en París, para interponer su influencia a fin

de que sea proclamada Reina de Francia la Infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

¡Imposible es cumplimentar la augusta orden el Duque de Parma....!

Sale de Bruselas sin poderse sostener ya sobre el caballo, y en las inmediaciones de la villa de Arras, al negarse su cuerpo a prestar al espíritu las energías que exigen la lealtad y la abnegación, el hijo de Margarita de Parma véncese al terreno tributo con la entereza y la contricción propias de un nieto de Carlos de Gante (20-October-1592).

¡Y qué previsor el Rey Felipe III! Acaba de conocer Francisco Verdugo la entrada de Pedro Enríquez de Acevedo en Bruselas, portador del nombramiento de Pedro Ernesto de Mansfeld como Gobernador General.... ínterin llegaba el Archiduque Ernesto (20-Notiembre-1592).

No; Conde de Fuentes de Val de Opero, ya no es preciso que despleguéis tanta diligencia por comunicar a Alejandro Farnesio aquesta.... designación.

Acogido a la abadía de San Vaast de Arras, en aquel Monasterio, base de la actual Catedral, desprovisto de galas marciales y a cubierto de humilde sayal franciscano, ha extinguido su vida el egregio Duque de Parma y de Placencia. Y ha muerto «tan pobre que hubieron de aguardar sus criados a que se vendiese parte de la recámara para poder salir de Flandes con sus huesos» y darlos sepultura en el atrio de la Iglesia de San Francisco de Parma (2-Diciembre-1592).

El último baluarte.

PA aspiración del Príncipe de Orange será pronto realidad. Sin que haya de temer el español, por ahora, un ataque a fondo contra el corazón de Flandes. A lo sumo irá Mauricio de Nassau sobre Grave, Bois-le-Duc o Maestricht. Pero, cuidado, no dejarse sugestionar, advierte Francisco Verdugo; los movimientos iniciados serán ardidés encubridores del verdadero objetivo orangista.

¡Guay de Geertruidenberg! grita el perspicaz Gobernador de Frisia, que desde Lieja al Dollart continúa desbaratando planes y confabulaciones del porfiado Guillermo Luis de Nassau.

¡Alerta, Conde de Mansfeld! reitera Francisco Verdugo a su suegro. De la suerte de Geertruidenberg, la más importante y sólida base de defensa del Brabante, depende también Groninga.

Mas al Regente interino de Flandes no le es dable prestar socorro a los mil hombres que en junto constituyen la dotación que tiene a su cargo la fortaleza y las obras exteriores, y, viceversa: es Mansfeld quien reclama de su yerno que se acerque a la zona amenaza y con sus arrestos y arengas, únicas disponibilidades con que puede contar en tal decisiva ocasión, que procure sostener el espíritu del sitiado; y la reducida guarnición hostiliza un mes y otro al sitiador; quien ha emplazado hasta doscientas cincuenta piezas sobre plataformas y diques. E ínterin despliega Mauricio de Nassau poliérgicas actividades en el asedio de Geertruidenberg, Mansfeld logra aproximarse con algunas fuerzas; pero se ve obligado a esperar municiones y artillería de Amberes, y es atacado por otras tropas orangistas destacadas desde Breda, e inútil es el empeño y estéril la sangre derramada. En la obstinada defensa muere el Castellano-Gobernador de Geertruidenberg; se pierden la mayoría de las obras avanzadas, se agotan las municiones y los víveres, intensifican los sitiados cruen-

tos alardes de heroismos, y la pequeña y hambrienta guarnición de la plaza sitiada, tras tantos meses de infructuosas proezas, se rinde a las nutridas huestes del Conde de Nassau; y éste, admirado de las virtudes militares de los soldados alentados por Francisco Verdugo, ordena que se permita abandonar Geertruidenberg a tan ejemplares defensores con armas, banderas y salvo conducto para que puedan incorporarse al campo del Conde de Mansfeld, nunca al de Francisco Verdugo que tan estoicamente persevera defendiendo la causa de España en «las tierras bajas». (25-Junio-1593.)

Después.... lo de siempre. Verdugo, desprovisto de auxilios, pasa «todo el año cubriendo a su infiel Groninga contra intenciones y asechanzas del tenaz Guillermo Luis de Nassau», que facilitan al Príncipe de Orange acrecentar y reorganizar sus ejércitos náutico y terrestre, cada vez mejor dotados y disciplinados, y hácese inminente la hora fatal para Francisco Verdugo y para España. Porque no ha de confiarse en que con la llegada a Flandes del nuevo Regente, el Archiduque Ernesto de Austria, mudarán de característica política y militar los Estados. No. Al sobrino del Rey Felipe II no acompañan el imprescindible bagaje de recursos pecuniarios, de habilidades diplomáticas ni de resistente salud que las circunstancias reclaman de manera imperiosísima, y las consecuencias precipítanse en arrolladora vorágine de rebeliones y defecciones, alentadas por Mauricio de Nassau e incrementadas por el secular atraso en el abono de las pagas a las tropas realistas y por los prejuicios y reservas con que los Países Bajos reciben cuantas ofertas se les brinda en nombre del Rey de España. Marcha, pues, vertiginosamente hacia el ocaso el iris de España en Flandes; se acecha el fatídico instante; el acontecimiento más deplorable: la pérdida de Groninga, llave de la Frisia, tan codiciada por Orange. (30-Enero-1594.)

En vano anuncia nuestro compatriota la iniquidad que se avecina: el imperdonable desposeimiento de aquellos mal sujetos territorios, el derrumbamiento de la portentosa obra a España confiada, dada la puesta en práctica de la decisiva y firme resolución del Príncipe de Orange de apoderarse

de Groninga y, preferentemente, de Francisco Verdugo; sin escatimar medios ni procedimientos.

Ya Francisco Verdugo no suplica, exige, con vehemencia enmarcada en justificadísimos enojos y mal contenida cólera, que por honor de España cese la demora, rayana en desidia, en reforzar con hombres y dineros las débiles tropas que en Frisia siguen las banderas del Rey Felipe II. Nada; ni su conducta, eminentemente heroica y fidelísima, ni la asombrosa serie de victorias alcanzadas sobre su perenne y poderoso enemigo Guillermo Luis de Nassau, ni el estado de las gentes de Francisco Verdugo despierta el interés que Frisia y su Capitán General merecen.

¡Al fin! Van apareciendo los refuerzos. ¡Qué decepción! Primero residuos del tercio del Príncipe de Chimay, «a cargo de un sargento mayor de poca opinión, con los soldados y oficiales que fastidiaban en Brabante y desertaban, y así lo hacían en Frisia, y en esquadras de veinte se iban al enemigo». Luego, con el Comisario general Juan Contreras Gamarra, «algunas compañías de caballos..... sin un real con que sustentarlas». Más tarde, el Conde de Heerenberg, con otro saldo de mil setecientos soldados, en su mayor número alemanes, irlandeses y walones. En el conjunto forman doscientos españoles y «algunos aventureros nobles sin un real». De aquí en adelante lo que era de esperar. Ante la carencia de recursos y la general miseria del país, hasta los mismos walones y españoles, que habituados al hambre y la desnudez por tantas pruebas de riesgos y de disciplina pasaron peleando a las inmediatas órdenes de Francisco Verdugo, se solidarizan con la caballería y arcabucería extranjera en la enervación, la desobediencia y todo género de excesos.

Todo, pues, resulta ineficaz pasados unos días; desde el punto en que el Gobernador de Frisia, francamente rebelada la caballería alemana, no puede oponer cabal resistencia, con sólo tres mil quinientos infantes, al efectivo de «17.000 hombres con excelente caballería» que presenta Mauricio de Nassau sobre quien, no obstante su decidido propósito de apoderarse de Groninga, pesa más la idea de aprisionar a Francisco Verdugo; y el de Nassau teme de

Verdugo recíprocos designios a juzgar por las incesantes escaramuzas con que, a falta de otros adecuados medios de defensa, sabe salir airoso el indomable toledano.

Se explica el cauteloso vivir de ambos adversarios. Máxime conociendo que en reciente Consejo hizose cuestión de gabinete el que Francisco Verdugo acabe con Mauricio de Nassau o a éste se le elimine, sea como sea. Sí, ya es sabido que Ernesto de Austria patrocina un complot contra el Príncipe de Orange. ¡Jacta est alea! Va en ello la vida del Conde de Nassau y la privación de mando del Gobernador de Frisia.

Mauricio de Nassau, para llamar la atención y probar fortuna, amaga previamente a Bois-le-Duc y Maestricht. Los movimientos anunciados por Francisco Verdugo. Y destaca, como señuelo, una columna sobre Delfzyl. A continuación marcha resuelta y directamente contra Groninga y éntrase en la órbita de la fatalidad.

La Historia Militar reconoce que, no obstante el grado de inferioridad material en que se encontraba Francisco Verdugo con relación a Mauricio de Nassau, éste puso en juego tanta ostentación del complejo arte bélico, para el sitio de Groninga, que dejó tamañitos a los sitiadores de Troya: «inmensas líneas de circunvalación y contravalación, y gran lujo de inundaciones, y cientos de piezas de artillería.....».

Entre tanto el grueso del ejército de Flandes camino de Francia, al mando del Conde de Mansfeld, contra Enrique IV..... y el Archiduque-Regente disipando su vida y los recursos realistas..... en Bruselas.

Sin embargo, algunos holandeses ponen en cuarentena el feliz resultado que se ansía alcanzar sobre el indefenso toledano, al imaginarse que, coincidiendo con la entrada del Archiduque Ernesto de Austria en Amberes, penetre e invada la Frisia un fuerte contingente venido de Alemania. ¡Infantilismo se llama esa figura! «Su Alteza, entre la pompa y aplauso, se entretenía con ordinarios festines y desuelos, y mostrando cuanto engaño al Rey», apartaba de sí los desagradables asuntos relacionados con Frisia y Francisco Verdugo. No ha de negarse que un día, cediendo a indicaciones del Conde de Fuentes, a éste ordenó imperiosamente

el Archiduque «que socorriese la agonizante plaza» de Groninga; mas no menos verdad es el que Azevedo «le contestó con llaneza que no podía juntar soldados veteranos porque se amotinaban, ni bisoños porque no tenía dinero». ¡Ah de los días en que al propio Archiduque se le desbandaron las tropas por no abonarlas la soldada»!

En este forcejeo, desamparado, aislado y olvidado el Gobernador de Frisia, surge la interrogante: ¿Qué podía emprender Francisco Verdugo contra el quíntuplo de ejército de Mauricio de Nassau, protegido por si acaso por las fortalezas de Bourtange, Coeworden y Ommen, separadas entre sí por inmensos pantanos, sin sendas siquiera practicable?». Lo que emprendió: una prudente retirada sobre Oldenzaal, con unos cuantos españoles, enviando a la desfilada un destacamento a Groninga.

No ha de olvidarse que «esta ciudad jamás quiso admitir guarnición» y tampoco permitía el paso a la urbe ni aun a la misma escolta oficial del Gobernador portando su armamento reglamentario. Y en Groninga llegóse a que «por casas y calles, las mujeres de los burgomaestres Balen y Leo, madre e hija, instaban al pueblo a que se rindiese; y la mujer de un capitán del Rey, que estaba en Bruselas, les ayudaba mostrando sus cartas con aviso de cómo no había socorro, y éstas movían a las demás que solicitasen sus maridos para que se ridiesen.....» En efecto, el oportuno socorro brillaba por su ausencia, un mes, y otro, y otro..... Y amaneció el día en que el Alcalde de Groninga, prisionero de la burguesía vendida al Príncipe de Orange, so pretexto de que por carecer la plaza de víveres y de municiones no podía admitir fuerzas ajenas a la milicia urbana, por él acaudillada, «cerró las puertas al socorro de Verdugo y lo dejó abandonado en el arrabal». Y ya, sin que aparezcan en escena los tan privativos rasgos de aquellas guerras: apertura de brecha, sórdido o asonado asalto, pérdida de tropas de uno y otro bando y saqueo a la ciudad..... en Groninga entra tranquilamente Mauricio de Nassau..... «el día después de las fiestas de Amberes. (22-Julio-1594).

Generosos conceptos.

En el ahondar, hasta la raigambre de los lauros toledanos, hallamos en Flandes al «soldado Alonso Vázquez, natural de Ocaña», y un su homónimo capitán nacido en Toledo. En suma, uno y otro el propio autor de los «Sucesos de Flandes y de Francia en tiempo de Alejandro Farnesse»: Alonso Vázquez de Vargas, bautizado en la Imperial Ciudad «el miércoles XXI de julio» de 1557 y, desde los primeros días de su vida, transplantado y criado en la Villa-Corte de los Grandes Maestres de Santiago ¡Toledano al fin!

Pues bien: él, años después, Sargento Mayor Alonso Vázquez, que de alférez sirvió en Frisia con Francisco Verdugo, dejó escrito «que este Capitán General y Gobernador de tan extensos territorios, conquistador de muchas villas, castillos y otros lugares fuertes, tan gran vencedor como se sabe y tan valiente como envidiado, atropelló imposibles, atemorizó los enemigos de Holanda y Zelanda, y si fuera asistido con gentes y dineros, se hubiera apoderado de estas islas. Las partes y servicios de este excelente capitán, fueron y son tan conocidas, que merecen ser escritas de ingenio y pluma más sutil que la mía», agrega Vázquez. Y al ocuparse del injusto desvío con que algunas veces fué tratado Francisco Verdugo por el Duque de Parma, no vacila en ponerse de parte del agraviado, diciendo paladinamente «que los émulos del Coronel, envidiosos de su valor y virtud, perturbaban el claro juicio y buena voluntad de Alejandro Farnesio»; confesión, como hace observar el Marqués de la Fuensanta, tanto más preciosa e importante en la pluma del historiador Alonso Vázquez, cuanto que éste jamás ocultó el respeto y afición que al de Parma profesara.....

Otro cronista toledano, nacido en Ocaña (1559), conforme a documentos de la Inquisición: Luis Cabrera de Córdoba,

que en Neus y Rheimberg peleara con tropas napolitanas del tercio de Carlos Spínola, Duque de Seminara, manifiesta en diversos capítulos de su historia «Felipe Segundo, Rey de España», que el Coronel Francisco Verdugo se proveía, para la defensa, conforme a su poco caudal y autoridad dependiente y no poco envidiada, y emulado de los ministros de la corte de Bruselas, con notable deservizio de su Majestad, y que causó la pérdida de la Frisia el no haberse dado desde Bruselas a Verdugo la asistencia necesaria, y gobernándose la guerra con diversión y prevención, ni lo uno ni lo otro hicieron, habiendo Verdugo, siempre que pudo, asistido al Duque de Parma, cuando estaba ocupado en Flandes y Brabante, divirtiendo por Frisia al enemigo; el cual, conociendo esto, le apretaba más de lo que pudiera, si fuera acudido con los avisos que daba, pidiendo los socorros con tanta insistencia y necesidad que obligaban a Verdugo a usar a veces de más libertad que fuera razón; y habiendo tenido algunos buenos sucesos, abriendo camino para muchos mayores, con muy gran costa, peligro y trabajos, y habiendo asistido a los de Groninghen para mantenerlos en la fidelidad que debían a su Rey, aventurando su vida muchas veces por ellos, padeció muchos cuidados, molestias y persecuciones causadas por ellos y por los émulos, que aun sus mejores acciones calumniaban, etc., etc.

Pero las opiniones de Alonso Vázquez de Vargas y Luis Cabrera de Córdoba, pudieran conceptuarse influencias de patria chica. Cedamos la palabra a otros militares escritores contemporáneos de Verdugo y ajenos a tierras de Toledo. Con sus asertos quedarán robustecidos los juicios de los compatriotas y compañeros de armas del Gobernador General de Frisia.

Carlos Coloma, Marqués de la Espina, Maestre de Campo y prócer de vigoroso relieve en las armas y en las letras, al tratar de «Las guerras en los Estados Baxos», exalta la figura del inclito toledano recordando que a Francisco Verdugo, «capitán de los más señalados de nuestro tiempo y de cuya integridad nadie puede dudar, lo halló el Duque de Alba en tanta opinión que le nombró por Sargento mayor de todo el

Exercito, cargo que hasta allí no se había visto en otro»; que por las cartas de Felipe II «se hecha bien de ver el gran concepto que hacia de su persona» el Rey, y que «alcanzó las señaladas victorias que no han podido ofuscar los émulos de nuestra nación», etc.; terminando sus extensas noticias respecto a Francisco Verdugo con estos párrafos: «Heme querido alargar más de lo acostumbrado en escribir la vida de este capitán excelente, lastimado del descuido que tantos autores modernos han tenido en publicar sus cosas, ocupando mucho tiempo y papel en relatar la de otros, algunos de ellos en todo punto inferiores en valor y fortuna. Tuvo este insigne caballero elocuencia natural grandísima, y todas las partes que para ser gran soldado y gran gobernador convenían; solía decir de ordinario que había procurado ser Francisco para los buenos y Verdugo para los malos».

El capitán Bernardino Barroso, también de la alcurnia de clásicos soldados-escritores, en su estudio «Cargo del Capitán General», dedica especial atención a las dotes y actividades de nuestro compatriota en los Países Bajos, condensando, en lo relativo a las Provincias Unidas, que «Francisco Verdugo estaba en una Provincia tan remota como la Frisia, donde todos los socorros y asistencias que le enviaron en tan grandes y apretadas ocasiones, más llegaban para que Verdugo los socorriese que socorrer ellos a Verdugo; a cuya causa no le estimaban más de lo que él mostraba por el valor de su persona y simulación forzosa y gran prudencia, con lo que, si juntamente fuera ayudado y socorrido, hubiera sido otro Cortés, y aquellas provincias otro Méjico; pero no tenía Verdugo el imperio y confianza que eran razón y el cargo requería, como se vió».

Cuando Crono coadyuva a sedimentar agravios y rencores, son acreditadas plumas extranjeras, cual las de Emmanuel de Meteren, J. F. le Petit, Guido de Bentivoglio, P. Fammiano Strada, etc., las que encomiásticamente citan a Francisco Verdugo en varias publicaciones de las centurias XVII.^a a la XIX.^a

Tres siglos después de la epopeya de España en Flandes, otro capitán, prez de nuestra Infantería y de la Real Acade-

mia de la Historia (Madrid), Francisco Barado Font (1906), al señalar que ninguno de los capitanes de tiempo de Alejandro Farnesio son merecedores del olvido, hace resaltar: «pero menos que ninguno aquel esforzado Francisco Verdugo que, en el extremo Norte de los Países Bajos y en las apartadas regiones de la Frisia, haciendo grandes esfuerzos para engrandecer la dominación de España, velando por las ciudades sometidas a su gobierno, vigilando a los traidores, deshaciendo las tramas de sus enemigos, dando pruebas de su valor y de su lealtad, encontrándose siempre en su dilatado gobierno sin fuerzas suficientes, sin recursos, rodeado de contrarios, verdaderamente aislado y sin que Farnesio hiciera caso de los consejos de Verdugo ni atendiera a sus súplicas..... luchó desatendido y olvidado por espacio de catorce años; catorce años de glorias y amarguras; pues hubo de luchar con capitanes de la talla de Nassau, de Norris, de Holack; contra bátavos, ingleses, gascones, holandeses, y contra sus mismos soldados, constantemente en sedición; contra la mala fe de los magistrados y de los naturales, y contra los enemigos que tenía en el cuartel del mismo Príncipe de Parma.»

Muchos más elogiables conceptos pudiéramos anotar respecto a Francisco Verdugo; pero cerremos este capítulo transcribiendo parte de lo que en su «Bibliografía Militar de España» dice el Mariscal de Campo, Secretario del Cuarto Militar del Rey Amadeo I y gloria del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de España, nombrado José Almirante Torroella:

«El coronel Francisco Verdugo brilla en la pléyade de aquellos inimitables soldados, cuyo conjunto entendemos hoy por Tercios de Flandes. Si éste fuera lugar de clasificación, haríamos reparar que su mismo título de Coronel, por oposición al de Maestre de Campo, le coloca entre aquellos españoles aclimatados, por decirlo así, en aquellas frías y lejanas tierras, que una vez entrados nunca salieron de ellas, sirviendo, sin embargo, al Rey, como entonces se decía, con una firmeza y lealtad tanto más recomendables, cuanto más cercano eran los escollos, más domésticos los peligros, más frecuentes las tentaciones.»

«Alejandro Farnesio lo tomó de Maestro de Campo General para el socorro de Zutphen, si bien no escuchó sus prudentes consejos con mucha docilidad; y asombra la perseverancia con que luego siguió manteniéndose entre mil lazos y asechanzas en su buena ciudad de Groninga, que no permitía entrar a ningún soldado español si no dejaba sus armas a la puerta, y mientras llenaba de chismes la corte de Farnesio y trataba descaradamente con los rebeldes, Verdugo, sútil y vigilante, seguía sus tramas, advertía lealmente al Gobierno, pedía con natural insistencia refuerzos y recursos, sobre todo para conservar a Zutphen y Deventer, puertas de Holanda y del país de Utrecht, que al fin perdimos; pero todo era en vano, y los rebeldes, acaudillados por Guillermo de Nassau, y animados por los facciosos de dentro, pusieron estrecho cerco a la misma Groninga, aunque sin resultado por entonces. Mientras tanto Verdugo desempeñaba arduas comisiones en Gueldes y en Maestricht; velaba asiduo sobre Steenwyk y Coevorden; anticipaba angustiado la pérdida de Geertruidenberg; reprimía o encauzaba continuados motines de sus revueltas tropas extranjeras, y luchaba a brazo partido con los traidores que ya abiertamente le amenazaban. Por fin llegó la hora, y las ciudades y esfuerzos de catorce años quedaron perdidos.»

«Groninga, capital de Frisia, cayó en poder de los holandeses, guiados por Mauricio de Nassau, en 22 de Julio de 1594, redondeando así el territorio de las siete Provincias unidas que hoy constituyen el reino de Holanda. El golpe, efectivamente, fué desastroso para el nombre y el poderío español; pero quien desde 1568 venga leyendo atentamente y penetrándose de los tortuosos giros, de las increíbles peripecias, de las pasmosas vicisitudes que embrollan nuestras guerras en los Países Bajos, no tardará en absolver al férreo soldado y a la vez flexible político, que a la sazón, por desdicha suya, gobernaba aquella inquieta y desapacible comarca, la más extrema y septentrional de Holanda, a la derecha de nuestro inmenso frente de operaciones, siempre cortada, abandonada y desatendida.»

Para juzgar los aciertos y desaciertos de España en

aquellos tiempos y en aquellos lugares, no basta la fría imparcialidad con que siempre se debe proceder a todo estudio histórico; es indispensable redoblar la atención y contraer violentamente el espíritu para que pase repetidamente de los pormenores al conjunto, y de éste a aquéllos: único y fatigoso modo de ir abriendo laborioso camino a la verdad. En este trance concreto de Verdugo, el ejemplo es patente. Al decir que Groninga era fortísima plaza de guerra, cualquiera presume, por las nociones y costumbres de hoy, que su gobernador residiría y mandaría en ella, al frente de guarnición proporcional, más o menos numerosa, en posesión de derechos militares hoy universalmente reconocidos, y, en fin, que al ser sitiada por el rebelde Mauricio, ese mismo gobernador sería el jefe y director de la defensa. Pues, nada de eso. Por una de tantas singularidades, el vecindario o burguesía de Groninga no consintió jamás, ni aun apretado ya el cerco, que entrasen tropas del ejército dentro del recinto fortificado; escasamente podía alojarse en los arrabales la pequeña escolta o comitiva del gobernador. Por este simple rasgo, común a otras ciudades de los Países Bajos, puede deducirse la verdad que encierran los amargos lamentos de Verdugo.

Gobernador de Luxemburgo.

CORROBORÓSE que a Francisco Verdugo le estaba reservada una corona asaz espinosa en Frisia. Si grande y áspera odisea hubo de soportar durante la época del Príncipe de Parma, el Archiduque su sucesor lo superó en el mal trato, porque no perdonó que a todo un Regente, más aún, a él, a Ernesto de Austria, se le amotinaran tropas desplazadas de Frisia. ¿Acaso aquéllas no eran residuos, despojos, detritus más bien de las que rebeladas en Flandes fueron materialmente lanzadas y casi confinadas a la Frisia?

Los propios rivales de Francisco Verdugo en el Consejo de Estado, e incluso los mismos adversarios con quienes contendía en campaña, noblemente evidenciaron que ya en las postrimerías de la regencia de Alejandro Farnesio tomaron carta de naturaleza el motín y la rebelión, y que si el motín de Sichem-lez-Diest, en Brabante, tuvo su «segundo origen» en Frisia, todos, dentro de la imparcial crítica histórica, subrayan que a Frisia se enviaron tropas muy maleadas y que «en Frisia era donde la guerra proseguía con mayores trabajos y miserias que en Flandes; y como la desatención por parte del gobierno en Bruselas fuese mayor, sostenía el esforzado y valeroso Maestre de Campo General Francisco Verdugo el peso de las armas con harta pena y abnegación.»

Sí, Ernesto de Austria fué más allá que su antecesor Alejandro Farnesio para con el fidelísimo Gobernador de Frisia. El Archiduque, «hombre que no era bueno ni para la guerra ni para la paz», y que lejos de ser útil a Felipe II «hirió de muerte a la dominación española en los Países Bajos», excedióse en infligir un máximo acibarado vivir al benemérito y venerable Francisco Verdugo; hasta dar cima a la degradante amenaza de desposeerle de mando de tropas.....

Este proceder no deja de causar efecto en los Estados, donde, a pesar de la lógica exasperación por la guerra, goza

de deferente reputación y aprecio el afamado Coronel, al par que Ernesto de Austria cosecha el fruto de sus simulados sentimientos para con la nobleza y burguesía flamenca.

Bien cortadas plumas extranjeras, no ya españolas, al emitir juicio acerca de uno y otro, convergen en sus apreciaciones, nada gratas para con el Regente de Flandes mientras no escatiman elogios con relación al Gobernador General de Frisia. Y en idioma italiano se lee que en Flandes «aumentó Ernesto los desórdenes destituyendo a Verdugo que era un oficial tan bravo como experimentado al confiar la dirección de sus tropas leales a D. Luis Velasco, que tampoco pudo impedir que los rebeldes o sublevados pasaran a los confederados»; frases sólida y robustamente confirmadas en lengua flamenca al decir que «el Archiduque vino a turbar más los ánimos con el nombramiento de Luis de Velasco para el mando de los tercios leales, en sustitución de Verdugo que lo ejercía con gran pericia y patriotismo, y aunque el nuevo jefe obró enérgicamente, sus medidas para sofocar el avance de los insurrectos fracasaron por completo».

¡Y en qué ocasión providencia así el Archiduque contra Francisco Verdugo! Cuando no se reduce solamente al Gobierno de los Países Bajos a lo que ha de atenderse, por ser simultánea la guerra con los Estados de Flandes, Francia e Inglaterra, y más se precisa de una política de alta atracción, opuesta a recrudescimientos y más se carece de tropas que ofrezcan amplias garantías de sobriedad y lealtad! Pero consumóse el sacrificio; y en Oldenzaal, sólo con unos cuantos soldados españoles y con ellos su aventajado discípulo e invencible capitán de lanzas Alonso Mendo de Solís, hijo de Trillo (Guadalajara) podemos encontrar al Coronel-General Francisco Verdugo; torturando su alma, más que la execrable determinación adoptada contra él por el Regente, el recuerdo de la traición de Groninga y el que como término de tantos años de estólicas desatenciones e inconmensurables luchas, siempre frente a fuerzas muy poderosas por su homogeneidad, dotaciones y bastimentos, cual las orangistas, halla logrado su quimérica ambición Guillermo Luis de Nassau; verse ¡al fin! Gobernador de la capital de Frisia.

Tampoco de sus miras cede el Príncipe de Orange. Al conocer que Francisco Verdugo baja hasta Groenlo, resuelve poner cerco a la plaza pronto a atajar toda posible retirada al indefenso toledano y cogerle prisionero; sin embargo, «pensándolo mejor, o para ayudar a Enrique IV, lo dejó para más adelante y dislocó su ejército en guarniciones». Francisco Verdugo, en cambio, nada tenía que dislocar y se retira al Condado de Lingen. Precisamente a aquel Condado que al Rey-Emperador de España Carlos I vendió en pasados años el Príncipe de Orange.

Más fácil es que remita el febricitante ánimo del Regente que el pundonoroso Francisco Verdugo dócilmente admita el valladar de la resignación en tan malhadados instantes. No sabe esperar, y es de suponer que el lapso no alcance gran volumen ya que Ernesto de Austria, dúctil juguete de galanteadoras y privados, «se ha dado con tanto exceso a gozar de la vida». La férrea voluntad de Francisco Verdugo decae ante el temor de no permitirle sus afecciones físicas disfrutar de la retractación del Archiduque o de no contar con plazo suficiente para redactar su «Comentario»: la reivindicación que en justicia merecen sus servicios de buen capitán.

Es ahora, en señalada efeméride, cuando confirma Francisco Verdugo no haber olvidado el idioma patrio y que, a fuer de soldado español, sabe usar de la pluma con tan igual destreza y autoridad que de la espada. Es en aquel entonces que su mente estimula la imagen fiel de férvidos anhelos por ganar lauros inmarcesibles para su Madre Patria España, que hasta el forzado apartamiento allegan noticiosos amigos que voluntaria y cariñosamente se sumarán a la suerte del honorable toledano. El desdichado Archiduque Ernesto de Austria, Virrey de Flandes y sobrino de su Rey, ha muerto en Bruselas (20-Febrero-1595). Acércese, pues, el momento en que Francisco Verdugo renacerá a las actividades y merecimientos a que siempre hízose acreedor. Se han vuelto las tornas.

El Conde de Mansfeld continúa «en la frontera francesa con el núcleo de los Tercios españoles». La Regencia y el

Gobierno de Flandes lo arroga el hijo del tercer Conde de Alba: Pedro Enríquez de Azevedo, Conde de Fuentes de Val de Opero, quien cuenta con la decisión y fidelidad de muy devotísimos soldados; dos de ellos los coroneles Cristóbal Mondragón y Francisco Verdugo, únicas preseas militares que sobreviven al sinnúmero de varoniles juventudes reclutadas en España para las guerras de Francia y de Flandes por los días en que el Rey Felipe II era Príncipe de Asturias.

No hay que perder tiempo. Es preciso poner en jaque a un triple enemigo y urgentísimo el impedir que Enrique IV de Francia corte la línea de comunicación que, a través de Luxemburgo, Lorena y Borgoña, enlaza a Italia con los Países Bajos. Y Pedro Enríquez de Azevedo saca a Francisco Verdugo de los linderos frisonos y al heroico toledano confía la defensa y el Gobierno de Luxemburgo. El otro benemérito coronel, Cristóbal Mondragón, continuará de Castellano en Amberes.

Con tan buenos y eficaces colaboradores, haciendo caso omiso del centralismo político de Madrid, y con su carácter severo e inflexible, el Conde Fuentes restablece la disciplina y, luego de reunir algunos subsidios, engrosa su ejército con walones, suizos, italianos y alemanes, entre cuya heterogeneidad interpola un tercio de españoles.

Ya se dispone de elementos, si bien no en el grado que imponen las circunstancias. Las tropas son distribuidas en varios cuerpos. ¿Mas será posible contener la avalancha y detener la marcha con que velozmente sigue hacia el ocaso el honor de España en Flandes?

Por lo pronto, la misión conferida a Francisco Verdugo ha alcanzado feliz y franca acogida; que en la tierra donde eligió la compañera de su hogar, la ejemplar dama que con el esposo compartió penalidades y azaroso transcurrir por la comarca frisona, goza nuestro compatriota fidelidades y amores para la Nación que era Soberana y legisladora del Orbe.

No pueden reflejar mayor opugnación las memorias referentes a la árida y pantanosa Frisia y la especial psicología

del antiguo frisón, parangonadas con las del suelo sobre que, desde la austera y frondosa Ardenne al pintoresco y ubérrimo Bon Pays y la bellísima zona de Mubenthal, enmarcando el Macizo de Ernztal, se extiende todo un encantador compendio de nueva Suiza transplantada al Gran Ducado de Luxemburgo que pueblan laboriosidades y noblezas de espíritu. No es de extrañar que nuestros hazañosos capitanes y soldados que en la magna epopeya de Flandes templaron su pecho, con la sencillez y veracidad del español que sabe ofrendar su vida en holocausto de su Patria, guardaran desagradables recuerdos del pretérito vivir en Frisia y rememoraran con singular cariño los días de su estancia en la adoptiva patria de Francisco Verdugo.

El toledano Sargento Mayor Alonso Vázquez, al historiar los «Sucesos de Flandes y Francia», dejó escrito, refiriéndose a Luxemburgo, que «su nobleza es grande y han sido sus moradores los más leales a su Príncipe que hay en todos aquellos países; que cría muy belicosos soldados y que la religión cristiana está más arraigada allí que en las demás provincias flamencas».

Pues bien, ya está Francisco Verdugo en su muy amada Patria adoptiva. ¡Qué de evocaciones se le acumulan! No es ya él el fornido y gallardo mancebo que a orillas de rientes aguas blandiera ágilmente sus aceros forjados en las márgenes del Tajo, en reñidas y caballerosas lides por su honor y por las damas..... Vuelve a su bendito lar de Luxemburgo casi al finalizar de su vida terrena, y aun esclavo de aquel apoderamiento de espíritu de haberse visto «desoído en Bruselas, combatido encubiertamente, vendido por las autoridades»..... ¡Cuán infructuoso todo su pasado de asombrosos triunfos!

Pero, ¡albricias! Amanece para Francisco Verdugo su tan anhelado día en el acogedor ducado de Luxemburgo.

Bajo el mando y guía del inclito toledano-luxemburgués, ha puesto el Conde de Fuentes 6.000 hombres y 500 caballos.

Enrique de la Torre d'Auvergne, Duque de Buillón y Gran Mariscal de Francia, que por su segundo matrimonio ha entroncado con la esclarecida estirpe del Príncipe de

Orange, con la cooperación de éste, ha salvado las fronteras de Luxemburgo resuelto a invadir y conquistar el Ducado siempre fiel a España; y Francisco Verdugo, olvidando dolores, desechando congojas, volviendo a sus férreas energías y por los fueros de su Madre Patria y su Patria adoptiva, apréstase contra el Duque de Bouillón, y le vence, y le obliga a devolver las plazas y castillos que había arrebatado, y a emprender vergonzosa huida camino de Francia, y le persigue hasta las mismas puertas de Sedan. Y con sus enardecidos walones continúa limpiando de franceses el Luxemburgo, llegando a Valenciennes y al campo de Cambray para, tras un alto en Iwuy (15-Junio-1595), volver inopinadamente con brías acometidas contra las reservas orangistas que el de Bouillón dejó desamparadas, y hacia Holanda huyen también las huestes de Nassau, y en los campos quedan imborrables huellas de terrores y del cuchillo, la pica y el hacha de los triunfadores soldados que hienden los aires con clamorosos «víctores al bravo general español-luxemburgués Francisco Verdugo».

Y con esta victoria regresa a su casa de Luxemburgo Francisco Verdugo; y esta «última gloriosa campaña del célebre español» es áureo broche que cierra el libro de la personalidad del ínclito toledano que supo esmaltar los anales de España y Luxemburgo con arrobadoras abnegaciones, acrisoladas fidelidades y culminantes sacrificios y fué postrer destello del alma de España en los Países Bajos.

En Flandes se ha puesto el sol.

A la Guerra con Francia ha de atenderla, también con preferencia, el Conde de Fuentes, dejando fiada la defensa de los Países Bajos a los esfuerzos de los aguerridos y veteranos generales Verdugo y Mondragón. Todo también irá por la borda en pocos meses.

Cuando el sitio de Chatelet, ya el capitán-ayudante de Fuentes, Francisco Pelegrín, ha encontrado casi sin vida a Francisco Verdugo en su palacio de Luxemburgo. No más de seis semanas sobrevive a tan aventajado discípulo su maestro el Coronel Cristóbal Mondragón y una orden del Rey obliga al Conde de Fuentes a personarse en España urgentemente.

La augusta llamada no implica destitución. Felipe II conoce y estima en todo su valor los méritos de Enriquez de Acevedo; tanto, que le crea Capitán General de los Ejércitos Españoles, siendo el primero que ostentará esa elevada jerarquía militar en España. Es que el soberano tiene designado sucesor del Archiduque Ernesto. Otro sobrino, el Archiduque Alberto, Cardenal-Arzobispo de Toledo, bajo cuyo pontificado ha sido colocada la primera piedra de la Capilla del Sagrario en la Catedral toledana y ha salido por primera vez a recibir el fervoroso homenaje de la fe y de la admiración del pueblo, a través de las entoldadas callejas de la Ciudad Imperial, la primorosísima Custodia de la sublime Iglesia Primada de España.

¿Qué nos quedará por ver, desaparecidos los denodados paladines de la virilidad y la lealtad españolas en los Estados de Flandes?

En el nuevo Regente han de convergir las virtudes y el valor militar con la prudencia y el acierto del hombre de Estado. A las ventajas logradas en su virreinato de Portugal enlazará triunfos sobre los campos de Francia si se le asiste

con subsidios y hábiles y diligentes generales de la calidad que culminaron Fuentes, Mondragón y Verdugo; y, de haber podido estar en Bruselas antes que el Duque de Alba, hubiera conseguido más favorables resultados por las «Tierras Baxas» en que acaba de sentar sus reales. (20-Febrero-1596.)

De seguir en pos del futuro de España en los Países Bajos, viveremos los días en que Alberto de Austria, con Ambrosio Spínola, da cima al pensamiento de hechar puentes sobre el Rhin y llevar el ejército a Frisia (16-Agosto-1605); conoceremos que el Cardenal-Archiduque cede de su estado sacerdotal por el de matrimonio con su prima Isabel Clara Eugenia, «la plus belle Princesse de l'Europe, et mieux encore: elle offrit aux peuples le spectacle d' une extraordinaire beauté morale»; veremos a los dos cónyuges, ya Soberanos propios de los Estados, entrar en Bruselas con acogedoras aclamaciones del sentir flamenco. Tardía y gravosa abdicación del previsor Monarca español, quien muere cuando la ingente labor diplomática y bélica de Alberto en Francia se ve anulada por las conquistas que durante su ausencia ha realizado Mauricio de Nassau; hasta quedar extinguido el poderío de España sobre plazas bañadas por el Rhin (13-Septiembre-1599).

No pretendamos hallar afectos fuera de las comarcas que hoy constituyen el modelo de Estado industrial y el más poblado de los de Europa: el Reino de Bélgica, y el Estado siempre fiel a España y relicario de la neutralidad bienhechora: el Gran Ducado de Luxemburgo. Ha de continuar España midiendo sus armas por tierras de Francia, de Inglaterra y Países Bajos y extender su colosal tarea de quebrantar flotas inglesas y neerlandesas incluso en aguas de España y de América.

El lapso de dos lustros que se abre en los Países Bajos por estenuación de los bandos beligerantes, que ya son verdaderos espectros los sufridos soldados realistas y orangistas, lo cierra la depresiva «Tregua de los doce años», consolidadora de la Independencia de Holanda y patentizadora de la esterilidad de los sacrificios de España en sangre y oro.

Se ha pactado con Inglaterra estando la Reina Isabel convencida de que aún en la agonía de su vida esplendorosa es grande el alma de España. Se pacta con Francia, cuando aquello de que «París bien valía una misa». ¡Cómo no firmar con el Príncipe de Orange en La Haya!

Ha retrocedido España dos siglos. Al igual que en los tiempos de «El Doliente» Enrique III se pide ahora para «El Precario» Felipe III. Queda para colofón del bochornoso tratado la tríptica formada por muy próximas fechas: fallecimiento del Rey, término de la «Tregua», muerte del Virrey. (31-Marzo-9 y 13-Julio-1621). Y no hay que desesperanzar. Adentrándonos en la Historia podremos eslabonar otros célebres convenios; que no ha sonado la hora de cesar España en el dispendio de hombres y tesoros a cambio de infructuosidades sin cuento, ni ha acabado el desfile de próceres de la causa de España en Flandes; los más de ellos enlazados al vivir de Toledo.

Mas si nada resta de las actividades desarrolladas por el Virrey Alberto de Austria en Flandes y Francia, aquí, en el corazón de nuestra amada Patria España, avalorando el Museo del Prado, podemos admirar un algo de las muchas y ponderadamente desplegadas por su viuda la magnífica Isabel Clara Eugenia, quien en tan duros días para el Gobierno de España supo merecer la gratitud del pueblo flamenco y la reverencia del contrario.

De aquellos difíciles días evócase la victoria alcanzada por España sobre Francia en la batalla de Fleurus; que en aquel triunfo inspiróse el florentino Vicente Carducci para plasmar el encantador momento de llevar Isabel Clara Eugenia «los heridos de ambos ejércitos a Bruselas, donde el ejemplo de su solicitud y caridad contagia a la nobleza femenina, que transforma los palacios en hospitales y se convierte, bajo su dirección, en una legión de ángeles y apóstoles, logrando no pocas conversiones». (29-Agosto-1622).

Y la «Rendición de Breda» (5-Junio-1626), no ordenada por el Rey Felipe IV, sino exclusiva idea de Isabel y de Spínola y causa de la pesadumbre y de la muerte de Mauricio de Nassau y gesta immortalizada por la brillante paleta

de nuestro gran Diego Velázquez, es lauro de la amplia participación de la digna homónima de Santa Isabel de España, perpetuada por los mágicos pinceles del flamenco Pedro Snayers con la llegada de la Infanta a los reales del ejército sitiador, que acude presuroso a tributarla, chambergos en mano y entre honores de trompetería, el último homenaje de gloria que le estaba reservado en la tierra a tan española y esclarecida dama, Mecenas del Arte, lazo de unión entre Rubens y Velázquez y prudente y sabia Gobernadora, grande hasta en el morir, pues «la mort a servy de miroir de sa vie, que vous scavez avoir été pleine de piété et d'autres vertus incomparables qui la redront chery et respectée par tout le monde». (1-Diciembre-1633).

Nuevo Virrey entra en Bruselas. Viene a suceder a la llorada Infanta Isabel Clara Eugenia otro egregio purpurado de Toledo, varón de belicoso genio y levantado ánimo que suma excelentes condiciones de gobernante: el Cardenal-Infante Fernando Enrique de Austria. He aquí al clérigo a favor de quien años antes interesara la experta y bondadosísima Isabel Clara Eugenia del Rey Felipe IV que le mandase a su hermano «quitar los hábitos, porque son muy embarazosas las faldas largas para la guerra y para todo». Y es por los días del Gobierno del Cardenal-Infante Fernando, quien como en Italia y en Cataluña sabe triunfar en Nördlingen, que la Iglesia Primada de España celebra con procesión, Te Deum y sermón tan asombrosa victoria de las armas españolas. (6-Septiembre-1634). En doble lucha, sostenida contra franceses y holandeses, hace esfuerzos supremos de abnegación y de valor el toledano Cardenal. Con su muerte «perdió España una de sus esperanzas y una de sus glorias en los días en que más necesitada se hallaba de caudillos expertos»; y es de sentir el no haberse respetado la cláusula testamentaria por la que Fernando encarecía que fuese su cuerpo transportado a España y sepultado en la Capilla del Sagrario de la Catedral de Toledo y no en el Panteón del Escorial cual Infante. (9-Noviembre-1641).

Ahora salgamos al paso de un historiógrafo *lapsus cálami*. Entre los cuatro caudillos, que casi haciendo el servicio por

semanas guían las huestes realistas, no podemos encontrar al heroico toledano que tanto luchara en Frisia al frente de sus walones. No ha de confundirsele con su hijo, «el Coronel Guillermo Verdugo, que al frente de sus walones pelea triunfante». Francisco Verdugo no disfrutó la longevidad alcanzada por Mondragón, Mansfeld y Azevedo. No puede hallársele al lado del historiador-poeta Gobernador de Flandes Francisco Manuel de Melo, que se pseudonimara «Clemente Libertino»; ni alternando con el inquieto genovés Ambrosio Spínola, el discutido Conde Enrique Van den Bergh, el placiente marqués de Santa Cruz, el maquiavélico Enrique de Borbón..... No, El Capitán General de Frisia, que abnegado y conocedor del psicólogo ser del holandés y el belga recomendó mil veces acertadas orientaciones y en los Países Bajos luchó desatendido y olvidado, hace ya años que al cielo elevó su espíritu y a Luxemburgo cedió aquel su corazón que tanto latiera en honor a España y a su adoptiva patria chica. La muerte, más piadosa que la ambición del poderoso, lo evitó mayores acatamientos a que en humillantes días hubo de someterse su subordinación.

A Francisco Verdugo no llega en la tierra el día de la pérdida de los estados de Flandes.

¡Cesad en vuestros cantos, épicos troveros, que España llega al temido ocaso que tan leal soldado toledano avizorara!

Hasta aquellos Estados donde gloriosas páginas escribieron millares de hombres, unos en defensa del preciado lábaro español, otros en pro de la anhelada patria independencia, aún veremos arribar paladines próceres con ansias de reverdecer pasadas edades y hacerse dignos émulos de pretéritos gobernadores. El enrarecido ambiente político de Europa impone a España la prosecución de la Historia.

Un lustro nos separa del día en que ha muerto el Cardenal-Infante y el en que la Catedral Primada de España conmemora la conquista de Toledo por Alfonso VI, y redoblar de atambores, estridencias de arcabucería, voltear de campanas y frenéticos vitores, acusan la entrada en Bruselas de nuevo Virrey, también Archiduque: Leopoldo Guillermo,

que procura acreditarse; que consigue granjearse el amor de Flandes; que hace traer prisionero al Alcázar de Toledo al Duque Carlos de Lorena (1654); pero que carece de caudillos y de recursos, teniendo sobre sí la responsabilidad del ejército de Flandes, Francia, Inglaterra, Nápoles.....

Dos años más y, seguida y obligadamente, en reemplazo del Archiduque austriaco, y repitiéndose el júbilo en Bruselas, veremos entrar a otro augusto Regente, homónimo del vencedor en Lepanto y General de bien probado valor que se precia de toledano por el sentido recuerdo que profesa a Ocaña, su para él segunda patria nativa, y a Consuegra, su sede de Gran Prior de la Orden de San Juan de Jerusalén, y a Toledo, vergel de la primavera de su vida, y por sus férvidas devociones a la Virgen del Valle, cuya ermita reedifica ejerciendo dignidad de Arcediano.

Veremos cómo con su personal prestigio álzase Juan José de Austria sobre su inmediato antecesor, inaugurando su mando con la victoria de Valenciennes; la postrera que en esta guerra culmina el majestuoso y envidiado lábaro español. (16-Julio-1656).

Después..... la triste realidad a que conduce «la política influyendo decididamente en la guerra», haciéndola «esclava de la administración interior» con supino desconocimiento, por parte del Gobierno Central, del verdadero estado de las cosas.....

Criticamos hoy la conducta de los generales y soldados....,
¡La acción de las mismas causas producen iguales efectos!

Exclamemos con el poeta: «¡EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL!»

Häuser Mansfeld à Verdugo.

LA Historia de la Alta Sajonia nos habla del condado que conserva roquero castillo de una serie de próceres que, hasta su extinción en las postrimerías del siglo XVIII, labraron brillantemente páginas al correr de siete centurias.

Sucesivos matrimonios robustecen el fructífero árbol familiar del Conde Ernesto de Mansfeld, fundador de la rama y baronía belga Heldrungen, y quien en Dorothea, Condesa de Solms, tiene al segundón Pierre Ernesto que luego hereda el título. Entra en escena el varón destinado a ser padre político del toledano-luxemburgués Francisco Verdugo.

Pedro Ernesto de Mansfeld, «ecuyer tranchant» de Carlos I de España, sabe captarse el favor del Rey-Emperador hasta verse elevado al rango de General de tropas españolas y Gobernador de Luxemburgo (1545). Gran équite. El y el Conde de Egmont son alma de los torneos en Bruselas e interpolado con la nobleza belga y engarza consorcios que enlazan la Casa de Mansfeld con las que más destacados factores representaran en los Países Bajos durante la soberanía de España. Empero sabe asimismo apartarse de la causa que sus allegados abrazan y persevera fiel a España y a su Rey. Y nimbado con la aureola de acompañar al César Español en Túnez y Landrecies, y a ruegos maternales, cede en sus escarceos de hombre mozo; y es en Bruselas donde hace un matrimonio altamente ventajoso. Carlos I lo protege y ensalza nombrando a Mansfeld Caballero del Toisón de Oro (Utrecht-1546) y «elle lui apporte en dot une grande fortune..... bientot dissipée»; hasta verse en pleno capítulo de la Orden «réprimendé, pour avoir injurié un officier du justice du grand conseil de Malines et un bourgeois de Bruxelles qui lui reclamaient le payemen de quelques dattes». (Gand-1-Agosto-1558).

A nuevos consorcios nuevas augustas mercedes. Felipe II confirma a Mansfeld en los cargos de Gobernador y Capitán General del Ducado de Luxemburgo y del Condado de Chiny. No importa. Gusta de permanecer en Bruselas, en su hotel de los Laines. De ahí la carta del Cardenal Granvela advirtiéndole que «depuis trois ans, Mansfelt n'a pas passé deux mois dans le Luxembourg» (12-October-1562). Cuando en Luxemburgo se le encuentra ya es un inválido Mansfeld; ha un año perdió el brazo derecho en Montcourt (1570).

¡Ah! El Rey Nuestro Señor Don Felipe el segundo ha creado Príncipe al Conde Pedro Ernesto de Mansfeld. Y cunden los panegíricos con asomos de escabrosidades difíciles de sortear, que retratan al suegro de Francisco Verdugo muy enamorado y prolífico prócer, y, al ritmo de un mundanal fastuoso, jalonan el pasar de fémico cortejo realizado por señorial continente: Margarita de Brederode, «beau fille der Barón Renate III»; Petronila de Nieuw, «dame de noble lignage»; María de Montmorency, «Comtesse veuve de Lalaing»; Ana de Bentzrath, «d'une petite noblesse du Luxembourg».

Siguen las firmas y son los propios biógrafos de Mansfeld-Verdugo quienes haciendo abstracción, de momento, de los varones y una de las tres damitas cuya paternidad a Mansfeld se le asigna: Polysina, mujer de Palamedes de Chalons, hijo del Príncipe de Orange Guillermo «el Taciturno», hacen flotar estas interrogantes: ¿Pedro Ernesto de Mansfeld, en honor a su madre, adopta para dos de sus hijas el nombre de Dorothea? ¿Acaso existieron, «no contemporáneas entre sí», dos nietas homónimas de la abuela paterna Condesa Dorothea de Solms?

Afirman unos, ser la esposa del toledano-luxemburgués «Dorothee, fille del Comte de Mansfelt et Petronile de Nieuw». Otros, que «François de Verdugo avait éposé Dorothee de Mansfelt, fille du Prince Pierre Ernest de Mansfelt et de Marie de Montmorency». Lo asevera la «Biographie Luxembourgeoise», señalando al consorcio Mansfeld-Montmorency hasta siete retoños; el segundo, «Dorothea Reichsgräf von Mansfelt, vermähalt 1578 au Don (sic) Francisco Verdugo». Y en tanto el historiador luxemburgués Doctor

Augusto Neyen protesta contra «les auteurs qu'ont prétendu qu'elle Dorothée, était enfant illegitime», y rompe lanzas proclamando: «nous avons en main des preuves pérentoires pour établir qu'elle était née du mariage de son père avec Marie de Montmorency», la «Biographie Nationale» de Bélgica asegura que «le Prince Pierre Ernest de Mansfelt, de Marie de Montmorency, il eut trois garçons qui, sans postérité, précédèrent leur père dans la tombe»; y el general e historiador belga Pablo Henrard, al margen de tal aserto, coloca esta piadosa apostilla: «En revanche, de ses bâtards, quelques-uns lui survécurent, entre autres Dorothée, qui épousa Francois Verdugo, un des meilleurs liutenants du Prince de Parme et qui fu gouverneur de la Frise».

La resultante es que ya nacida de Petronila de Niew, ya de María de Montmorency, al fin, con hija del Conde-Príncipe de Mansfeld consorcia Francisco Verdugo. ¿Mozo o reincidente por ese entonces? No nos interesa. Y es de aceptarse el año 1560 como de nacimiento de Dorotea de Mansfeld y no otro más anterior, que tampoco ello es de importancia, ya que en la parte inferior y al dorso de fotografías de nuestro compatriota aparecen sendas anotaciones que transcritas dicen: «Verdugo Franciscus, Gouverneur van Gelderland, Wrieslandt en Groeningen, Wegens de Koning van Spagne», y «Don Francisco de Verdugo, geb. 1531 zu Talavere (bei Toledo) in Castilien, gest 1595 (zu Luxembourg in Kloster zum heiligen Geis begraben) Kömigl, Spanischer, Admiral, Feldmarschall u Gouverneur von Harlem, Friesland, Ober-Yssel, etc. (vermählt 1578 mit Dorothea geboren Reichsgräfin von Mansfelt, geboren 1560, gest 1585 zu Leuwarden».

En sí todas las biografías relacionadas con Francisco Verdugo son de estimar en alto grado. Están propulsadas por elogiabile evocación de pretéritas grandezas patrias; mas dejan de coincidir respecto a la descendencia. Todas acusan un mayor número del que se desprende por la lectura del «Comentario». Recuérdese que en este monumento histórico-literario, al tratar Francisco Verdugo de su odisea rumbo a Frisia, expresa que al drosarte de Lingen deja en prendas

de un anticipo de pólvora a su esposa y dos hijas que le acompañan (1582). Años después queda viudo. Dorotea de Mansfeld ha fallecido en Leuwarden al dar vida a otra hija (1586). De aquí en adelante y al unísono de su anterior vivir, no hay medio fehaciente de conocer el estado civil del toledano-luxemburgués. Naufragamos en el bucear entre viejos papeles. Inclusive «les actes de mariage de Dorothee de Mansfeld et de Francois de Verdugo no se trouvent pas a Luxembourg. Aucun historieur luxembourgeoise n'a connu cet actes». No obstante defiende un cronista que «Francisco Verdugo tuvo un hijo llamado Guillermo y dos hijas que se casaron muy bien». Será preciso hallar la media aritmética al ver que la *Biographie Luxembourgeoisé* le asigna hasta siete vástagos y que otro escritor manifiesta que «Francois de Verdugo a eu quatre enfants, trois fils et une fille. L'ainé, mort en naissant, n'a pas recú nom: Guillaume, Francois et Philibert-Walburg».

La macabra circunstancia confirmanla dos lápidas en las que puede leerse: «D. O. M. T. E. V.—Que die primae lucen vidi, ablutus Baptismate ad coelestem redii originem 17 augusti 1586.—Franciscus de Verdugo et Dorothea de Mansfeld parentes posuere». A ello agrega el Dr. Neyen: «La fille Philiberta ou Walburge naquit a Leuwarden, in Frisiæ. Sa mère est morte en lui donnant le jour, comme il resulte de Pepitaphe de Philiberte, qui, a son tour, n'a atteint que l'âge de deux ans. Elle fut inhumé a coté de son frere, ainé, et a obtenu l'inscription tumulaire que nous repetons ici:

«Hoc tumulo tegitur et púdica Philiberta de Verdugo, quæ XVI Octobris, anno 1587, naturæ debitum selvit, cujus anima requiescat in pace:

D. O. M.

Frise me donne le jour, et la mort a ma mère,
De la vie je vins ici acompagner mon frère
Walbourg fue nommée a la sainte Fontaine,
Passant tu veis en nous ce que c'est la vie humaine.
L'an 1587 le 16 octobre. F. M. B.

Así la insistencia de Neyen: «Nous pensons qu'il est inutile de relever les deux erreurs; aun sujet de la legitimité

de l'épouse de Verdugo et de celle de son fils ainé. Nous avons déjà di un mot sur la premiere, et l'inscription tumulaire du second, que nous avons rapportée detruit la second».

Ahora, compulsando y engarzando notas y a la vista de la «Familietafel der Häuser Mansfelt ü Verdugo», sin deternernos en averiguar si con anterioridad o posteriormente a sus nupcias con Dorotea viviera otros hogares, y guiados por engendrar un motivo que sirva de estímulo, volvamos hacia el geneásico piólago referente a la descendencia de Francisco Verdugo, a quien se le considera patriarca de ilustres anales cuya primera página llenan sus hijos:

Guillermo de Verdugo, Conde Imperial en Bohemia y General Gobernador de Troppau, que decide al frente de aguerridos walones la victoria de Wanden-Berghe (1620) casado con Sabina-Lucrecia, Baronesa de Minchswuitz-Burg; Francisco, también Conde Imperial, Consejero de Guerra y General del Ejército Español, marido de Ana María Condesa de Vagarola; Margarita, mujer del noble caballero Antonio de Meneses Padilla; Isabel, esposa del Comendador de Santiago y Alcaide de la Casa Real de Valencia, Francisco Juan de Torres y Filiberta Walburga, nacida en Leuwarden y muerta en Luxemburgo (1586-87).

Item; adentrando en el archivo del talabricense monasterio de Religiosas Agustinas, hallamos que la Priora M. Montoya escribe este encomiástico párrafo: «Magdalena, Dorotea, Ana y Catalina Verdugo: Cuatro hijas del Coronel Verdugo, de las cuales dicen las «Memorias» que fueron cuatro rosas en un ramillete, que todas dieron olor de santidad en la Santa Casa de Dios, y con su fragancia volaron al cielo». Con la circunstancia de que a las agustinas hijas del Francisco Verdugo, concede el espléndido mecenas y Cardenal-Arzbispo de Toledo Sandoval y Roxas, dispensas que también disfrutaran Miguel de Cervantes y Félix Lope de Vega Carpio, en gracia a las trinitarias Sor Isabel de Saavedra y Sor Marcela de San Félix. No se precisaron para profesión actas de bautismo ni de confirmación.

Y encuéntrase la netezuela ramificación de Francisco

Verdugo con el hijo de su primogénito Guillermo Verdugo y Sabina Lucrecia, nombrado como su abuelo: Francisco y bravo capitán de caballería († 1630).

Y, consecuentemente, es Fernando Juan Antonio, fruto de Francisco y Ana María Vagarola y segundo y último nieto, el iniciador de biznieta generación por su matrimonio con Maximiliana von Kolovrat, al nacer Francisco Julio (1661-1712), quien con su mujer Juana Francisca Isabel, Baronesa de Paolowsky, consigue conservar el apellido en Juan Leopoldo Verdugo, padre, con Ana María von Lohenholen, de Francisco Carlos Guillermo Verdugo (1737-57); y es una de las tataranietas: María Francisca Verdugo, Condesa de Lavalette (1713-54) madre de Carlos de Claux (1748-21); y aun mediado el siglo XIX, encontramos en Breslau un descendiente del General Gobernador de Frisia, Francisco Verdugo, como tataranieta de María Francisca Verdugo y Antonio de Claux, Conde de Lavalette: al Capitán del Regimiento de Infantería núm. 61, Segismundo-Guillermo-Eduardo von Fenrentheil van Gruppemberg.

Monumentos a Verdugo.

Los Anales de la Conquista de Méjico recuerdan que durante los rudos combates librados por la parte del Chalco, donde ofreció peligro la vida de Hernán Cortés, distinguiéndose con otros capitanes Francisco Verdugo (5-Abril-1521). Pero no permiten que este capitán del Marqués del Valle de Oaxaca, proveedor de la artillería y leal auxiliar del Comendador Mayor de Alcántara, Pedro de la Cueva (1542), venido del Reino de Toledo, fuere el progenitor de su homónimo el Capitán General de Frisia.

Conocimos por Carlos Coloma que «fué el Coronel Francisco Verdugo natural de la villa de Talavera de la Reina, hijo de padres nobles, aunque tan pobre que, en llegando a diez y nueve años con las primeras caxas que se tocaron en su patria, asentó su plaza, etc.» Ello nos guía hacia la «ciudad-tesoro de la reina de las ermitas.» ¡Frustrado empeño! Tan sólo aparece lo escrito por el clásico Coloma, al decir la «Historia de Talavera de la Reina», que «Francisco Verdugo, una de las figuras más sobresalientes de nuestro pueblo, nació en Talavera de la Reina el año 1537.» Y añade: «Nada absolutamente se sabe de sus padres y ascendientes; falleció a 22 de Septiembre de 1595.»

Esta fecha de 1537 guarda relación con la citada en el «Comentario» de Francisco Verdugo, al asegurar Alfonso Velázquez de Velasco, «su familiar servidor», que el Coronel «dió fin a los trabajos de la vida, año de 1597, y de su edad 61.» Sin embargo, salen al paso de nuestra búsqueda elementos que aconsejan deshechar las datas con que se señalan el venir al mundo y el desaparecer de él Francisco Verdugo.

Las «Publications Archeologiques du Luxembourg», idénticamente que la «Familientafel der Häuser Mansfelt ü Verdugo» y retratos del Museo del Gran Ducado y de la Galería

Imperial de Viena, repiten que «Francisco Verdugo geb. 1531 zu Talavera de la Reina, bei Toledo» y «gest. 1595 zu Luxembourg.» Mas no damos solución de continuidad a las pesquisas. Quizás aparezcan en Luxemburgo actas de casamiento y de defunción que aclaren puntos relativos, también, a su ascendencia y descendencia.

¡Nueva decepción! «Les actes de mariage et de décès n'exist pas a Luxembourg.» Empero conseguimos enfrentar con un epigráfico documento: la piedra tumularia del ilustre talabicense; un gris azulado mármol, confirmador de nuestro primitivo juicio, al leer en las líneas 16 a 18 de la extensa inscripción: «.....ET INMORTALI LAVREA IN HAC AVGVSTA ANIMAN CORPORIS SVI LXIV ANNIS SOCIAM CONSIGNAVIT ANNO M. D. LXXXXV XX SEPT.»

Si esto no se aproxima más a la verdad, cúlpese de ello a Guillermo Verdugo, erector de la lápida, quien no debía ignorar las definitivas fechas del principio y fin de la vida terrena de su esclarecido padre. Quede, pues, sentado que el Capitán General de Frisia, hubo de nacer el 1531; por la época en que «de ueinte annos de edat hasta ueinte y zinco se hacian soldados.» Así pudo asistir a la batalla de San Quintín nuestro héroe, no ya de recluta y sí de «soldado hecho.»

Mal pudo morir Francisco Verdugo el año 1597, ante la circunstancia de que «estando en su casa de Luxemburgo le dió la enfermedad de la muerte y con ella le halló el Capitán Pelegrín, el cual vino por la posta a llamar al Coronel de parte del Conde de Fuentes para que fuese a hallarse en el sitio de Cambray.» Por cierto que la carta es muy regalada, declara el comentarista; «pero escribióse tarde; que a un hombre tan de veras honrado y de estimación como el Coronel, hacen impresión los desfavores y olvidos.» Item: el heroísmo español sobre la plaza, que era todo un feudo independiente del Conde de Balagni, precisamente aquella memorable gesta en donde coronóse de laureles el General de Artillería Cristóbal Lechuga, aventajado discípulo del glorioso toledano, llegaba a su apogeo el día en que Francisco Verdugo daba a la tierra su cuerpo. Más aún: en Febrero de

1596 ya estaba el Conde de Fuentes en Madrid preparando la expedición contra Portugal, ¿No?

Son detalles de histórico interés. Máxime cuando una desdibujada cifra en la «Memoria del Coronel Verdugo» que avalora la «Bibliothèque Nationale» de París, y de cuyo documento tratamos en otro capítulo, hizo vacilar sobre la exactitud de datas relativas a la pérdida de Groninga y al fallecimiento del General Gobernador de Frisia. Pero no ha lugar a dudas. Elocuentemente habla la lápida sepulcral. El incomparable soldado, tras catorce años de sufridos trabajos y ganados triunfos militando bajo las banderas del Rey de España en Frisia, y bien dispuesto «a militar para el Rey de los Reyes en el cielo, selló su alma, compañera de su cuerpo durante sesenta y cuatro años, a veinte de septiembre de 1595», según se lee en las líneas 14 a 18 de la lauda.

Con la muerte de Francisco Verdugo evócanse momentos un tanto semejantes a los que al morir Juan de Austria se ofrecieron. «El enganchado en Talavera» de la Reina posee enterramiento familiar propio, en el convento de Saint-Esprit, de la capital de Luxemburgo. A este acogedor Duca-do ofrenda su corazón encerrado en plúmbea cápsula. ¡Muy sentido testimonio de cariño para con el más fiel de los Estados de Flandes! ¿Y su cuerpo, reposará junto al de la bondadosa dama, delicada florecilla del vergel de los Mansfeld? Es que los españoles se conceptúan más directos acreedores a los restos de su compatriota. Es el alma de España en Flandes la que por boca de los famosos tercios aclama cuanto España podía enorgullecerse de que con Francisco Verdugo había dado al áureo siglo uno de los mejores hijos y al Ejército un capitán de valía. Simultáneamente álzase con virtuosa ambición el espíritu del hidalgo hombre de Luxemburgo, reclamando un mayor derecho a ser él el guardador del cuerpo de aquel español que «había sido escudo tutelar de su ciudad y de su Patria», conforme expresan las líneas 20 y 21 de la lápida. Ambas encomiásticas solicitaciones remarcan el elevado relieve con que se ha destacado Francisco Verdugo. Así los heraldos de la Fama pregonan que, encarnando todo un egregio y leal español-

luxemburgués, supo consociar acendrada devoción hacia su inmarcesible Madre Patria España y entrañable afecto para su adorada adoptiva patria, Luxemburgo. Francisco Verdugo, como su esposa Dorotea de Mansfeld y dos de sus vástagos, «il fut inhumé au coté de l'évangeli dans le choeur de l'église du vieux Saint-Esprit.»

Un cuarto de siglo después renuévase el caso. Desplazada de Luxemburgo la descendencia del Gobernador de Frisia, puede traducirse que sus hijas, las monjitas en Talavera de la Reina, anhelan para su Casa de Religión los restos de su padre. Los hijos, arraigados en Bohemia, pretendan hacer el traslado de las cenizas de sus progenitores al panteón del Condado Imperial de Trouppau. Los luxemburgueses que vivieron los días de Francisco Verdugo persisten en que el cuerpo del Coronel no debe ser sacado de su sepulcro. Y demórase la resolución hasta que juez de las partes Guillermo Verdugo, el hermano mayor, decide ceder a Luxemburgo las reliquias que Luxemburgo ya poseía en Saint-Esprit.

En este monasterio, fundación de la autora de la Carta de exenciones de Luxemburgo: Princesa Ermesinda, hace erigir Guillermo Verdugo un monumento con que la piedad filial quiere perpetuar en Luxemburgo la buena memoria de su padre. Una hermosa obra escultórica, dícenla los arqueólogos luxemburgueses, que tiene por zócalo la lápida sepulcral de Francisco Verdugo, «représentait le general armé de toutes pièces, agenouillé devant le Christ et ayant derrière lui son Saint Patron, de grandeur naturelle.» Nunca serán movidos los restos de Francisco Verdugo. Así sea. Perdura- rá el sepulcro y, con él, la paz y el recogimiento en Saint-Esprit.

¡Olvídose que nada hay eterno en el humano suelo! La invasión francesa viene a truncar el vivir español de Luxemburgo y de Saint-Esprit (1698). ¿Quién augura la suerte del monasterio de Saint-Esprit?....

Por lo pronto, va terciado el siglo XVIII y la iglesia es..... almacén.....

El segundo centenario de la muerte de Francisco Verdu-

go conmemórase con nueva incursión del ejército francés y ampliación de las fortificaciones de la capital del Gran Ducado (20-Septiembre-1795).

Y son desmontados altares y retablos, y abatidas bóvedas y galerías, y demolidos muros y pilares al ras del suelo, y desaparece el cenobio—relicario de los restos gloriosos del toledano-luxemburgués.

Entonces, «le marbre qui porte l'inscription, c'est a dir l'épitaphe de Francois de Verdugo, avait été transporté avec le reste du monument de l'ancienne abbaye du Saint-Esprit dans le nouveau monastere qui fut élevé dans la ville-basse du Pfaffenthal.»

Años más....., nada queda de la moderna abadía que emergiera en el valle de los monjes y la lápida, exclusivamente, «aujourd'hui il forme le devant de l'autel de l'église de Hamm, petite localité dans les environs du Luxembourg» (1855).

.....

Por los albores de la actual centuria, la lauda de Francisco Verdugo, que es en el altar de la inmediata villa de Hamm, viene a enriquecer el tesoro histórico-arqueológico del Museo de Pfaffenthal. En este templo de arte y de tradiciones del Gran Ducado, ocupa lugar preferente, con la víscera más preciada de Francisco Verdugo en su bivalvo y abierto joyel, «et avec un manuscrit constant que c'est le coeur de Francois Verdugo et non de Wilhelm.»

¿Pero el grupo escultórico con la orante estatua del gran toledano-luxemburgués, do se encuentra?

.....

¡Estaba escrito!

Francisco Verdugo duerme el sueño del misterioso más allá bajo la misma tierra que él destinara a su eternal morada.

No, no hay que adentrarse mucho en la capital de Luxemburgo para confirmar que, en la encantadora urbe, otro más simbólico monumento hace vivir el recuerdo hacia el español que «había sido escudo tutelar de su ciudad y de su Patria.»

Sin llegar hasta el airoso «Puente Adolfo», siguiendo la Avenida del Viaducto, ya se admiran esplendorosas perspectivas y, a la derecha, circundando acantilada eminencia que bordan las vegas que el Alzette y el Petrusse bañan, una arquitectura, añoranza de virtudes del toledano-luxemburgués, plasmada justamente cabe el recinto-tumba de Francisco Verdugo.

Es el Hogar-Escuela del patriotismo de Luxemburgo.

Es el «Cuartel de Saint-Esprit».

.....

El erudito bibliógrafo español, Nicolás Antonio (1617-1684), reproduciendo elogios del sabio jurisconsulto e historiógrafo holandés Juan Hugo de Groot (1583-1645) califica de monumento para Francisco Verdugo la obra titulada: «Trophea Verdugiana pace et bello ab Illustrissimis Verrusiani veteris et nobilissimi stemmatis Proceribus immortalitatis cedro gloriose appensa, historiis vere memorabilibus, aventibus miraculosis, rerum olim et nuperrime gestarum certissimis narrationibus elucidata a P. P. Guilielmo Stadem Agrippinate ord. B. Benedicti Monast. B. V. Mariæ Luxemburgi professo sacerdote theologo, pastore in Spanheim et Buchenau». (Colonia-1639) (4.º).

El «Comentario».

CON el día final del batallar de España en Frisia nace el en que, a impulsos de acrisolada pundonorosidad y desbordando todo el sentir de su alma noble, se alza Francisco Verdugo, relevante figura en la pléyade de las más áureas plumas hermanadas con la espada y la lanza. Y no es que, homológamente a Alonso de Ereilla y Garcí Lasso de la Vega haya dado en suavizar asperezas de la guerra con deleites de las letras, no. El libro es substancial y elara expresión de su abnegado y leal proceder en el cargo de Capitán General y Gobernador de aquella tan extensa e inhóspita comarca de los Países Bajos, al paso de catorce años exornados por inmemorables gestas y elevadas virtudes, recompensadas con crueles traiciones e inconcebibles olvidos. Es únicamente lo que se propuso Francisco Verdugo: un «Comentario», conforme declara su título, una «Memoria justificativa», redactada con dicción y fidelidad característica de hombre que sabe rendir culto al honor y a la Patria.

En nuestro seguir al siglo de ilustres militares escritores caracenses y toledanos, vemos que Francisco Verdugo, antes de ceder de su humana modestia para dar cima a su «Comentario», habíase abierto franco acceso a través del campo literario y refrendando gran dominio del idioma patrio. Con antelación al «Comentario», y hurtando horas a problemáticos descansos, dedicó la péñola al apologético manuscrito en castellano que comienza diciendo: «En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son tres personas y un solo Dios verdadero, a quienes todas las personas aflixidas deuen acudir a pedir socorro en sus aflixiones, yo, el Coronel Francisco Verdugo, Gouvernador, Capitán General destas prouincias de Frisa, por el Rey Nuestro Señor, etc.»

Consideramos asimismo, que la génesis y desenvolvimiento de su magna producción histórico-literaria la escribió Francisco Verdugo a base de la «Memoria sucinta de lo sucedido en Frisia mientras yo, el Coronel Francisco Verdugo, estaua en ella desde el año 1580 asta 1596, q. se perdió groningen»; cuyo manuscrito, procedente de la «Bibliotheca Regi» de Luis Felipe de Orleans, guarda la National de París en su «Office de documentation». Y es «memoria» que exige atención. La misma desdibujada cifra en la fecha 1596 hace descartar que se trate de documento de propia mano de su autor. Pudo ser dictado y sobre él hacer las correcciones y enmiendas que aparecen en los ciento diez y ocho folios del manuscrito, del que desaparecieron algunas páginas; las que probablemente llevaran data y firma de Francisco Verdugo. Desde luego, la caligrafía y la ortografía de dicha «Memoria sucinta» difieren por completo de otros escritos redactados y signados por Francisco Verdugo.

Ahora, lo que sí es cierto y a la par extraño, que el manuscrito del «Comentario» dióse por extraviado al caminar de dos lustros, para ser el literato italiano, Girolano Frachetta, tan favorecido de las autoridades españolas, quien lo posee y ofrenda al Conde de Benavente y Virrey de Nápoles Juan Alfonso Pimentel de Herrera, brote del que fué portestandarte Real de Carlos I. Y es entonces cuando la obra de Francisco Verdugo se ve por vez primera en letras de molde, si bien traducida del español al italiano e intitulada: «Li Comentari di Francesco Verdugo, delle cose successe in Frisia, nel tempo che agli fu Governatore e Capitan Generale in quella prouincia»—&—Nápoli—MDCV—(8.º).

Nada; un caso gemelo al del Príncipe de la épica española. Del sapientísimo caracense Cristóbal Pérez Pastor (1833-1908) atesora la Academia Española de Madrid «trescientos documentos inéditos» referentes a Alonso de Ercilla Zúñiga (1533-1594). La docta Corporación adoptó el acuerdo de publicarlos..... hace más de veinticinco años..... Entretanto..... «descubiertos y publicados fueron»..... por un chileno, en Santiago de Chile. Pues para que lo del grajo de la fábula de Esopo sea siempre verdad, el manuscrito que Francisco

Verdugo confiara a su «familiar servidor»..... queda para ser «descubierto y publicado por un italiano». Y, claro está, en italiano.....

Pero los españoles quieren el libro de su General en el idioma que él lo escribió; y las prensas de Nápoles vuelven a publicar, ya en castellano, el «Comentario del Coronel Francisco Verdugo.—De la guerra de Frisa: en xiiij. Años que fué Gobernador, y Capitan General, de aquél Estado, y Exercito, por el Rey D. Phelippe II. N. S.—Sacado a luz por D. Alfonso Velazquez de Velasco.—Dedicada A D. Francisco Ivan de Torres, Comendador de Muferos, de la Orden de San Tiago; Alcayde perpetuo de la Casa Real de Valencia; del Confejo Colateral de su Majestad en Nap. &c.—En Nápoles.—Por Iuan Domingo Roncallolo.—1610.—Con Licencia de los Superiores.» (8.º).

Sí, resulta más afortunado Francisco Verdugo que Alonso de Ercilla. Alfonso Velázquez de Velasco apresúrase a dar a España lo que Verdugo legara a la Historia y, noblemente, prodúcese en la dedicatoria de esta guisa: «Confieso haberme pesado de ver este «Comentario» traducido e impreso en lengua italiana, antes que en la natural que le escribió su autor, el cual, como a su familiar servidor, me lo dió de su mano en Bruselas; y así estimándolo por de no menos sustancia, en su tanto, que cualquiera de los de Julio César, le he traído como un breviario despues acá conmigo», etc.

En otro párrafo manifiesta: «así le comunico a mi patria y nación en su idioma, sin alterar cosa ninguna de él, ni añadir apostillas o glosas que suelen notarse en semejantes obras, por saber de cierto que la intención del Coronel no fué señalarse en la pluma (aunque podía) como en las armas, antes decir sucintamente los sucesos de Frisa, sin más afectación de la que trae la pura verdad consigo», etc. etc.

A continuación de la dedicatoria al hijo político de Francisco Verdugo, firmada «En Nápoles, a 1.º de Mayo de MDCX años», recuerda Velázquez «Al lector» la axiomática veracidad de «que siempre los que son dotados de singulares virtudes están sujetos a la emulación y calumnias, por las cuales, el que ha vivido haciendo su deber, viene muchas

veces a padecer en su reputación, antes a ser mal visto que bien galardonado; y, al contrario, recibir las mercedes y gracias los que no las han merecido sino por ser finos cortesanos, antes ecos y camaleones, que toman los colores y humores de los príncipes a quien siguen para hacer mejor lo que desean». Y cierra Velázquez su prosa para abrir cauce a sus dotes de poeta; y una octava real dedicada «A la Emblema del Coronel F. [Francisco] V. [Verdugo], cuyo emblema aparece grabado en cobre, y un soneto, también en honor a Verdugo, terminan los preliminares de aquella edición del «Comentario» de 1610.

Conforme indicamos, el propósito de Francisco Verdugo, al escribir su «Comentario», lo explica en los primeros párrafos del texto con estas palabras: «Siendo advertido de la corte de estos Estados de los malos oficios que en ella algunos me hacen contra razón, procurando por sus pasiones, o particulares intereses, escurecer mis servicios, me ha parecido convenirme cortarles el hilo de sus tramas y diseños por este medio, no pudiendo por ahora hacerlo en persona. Y así, forzado, divulgaré mi proceder en los catorce años que he tenido esta provincia y el ejército a mi cargo, narrando llanamente todos los accidentes de este tiempo, con tan manifiesta y pura verdad, que ninguno, sin apartarse della, podrá decir en contrario cosa que baste a disminuir un solo punto del nombre y reputación que Dios ha sido servido darme, que sabe la intención con que siempre he vivido, en servicio de mi Rey. Y para darme a entender mejor, diré antes el camino por donde vine a este puesto, y continuaré hasta dar fin a mi intento, el cual es de satisfacer a quien soy obligado, y confundir a mis de secreto émulos que con el favor del Cielo y este desengaño, espero hacer el efecto que deseo».

Pasa Verdugo a recordar como «Habiendo el serenísimo Duque de Parma ganada la villa de Maestricht, con tanto trabajo y efusión de sangre, y reducido al servicio del Rey nuestro señor las provincias de Artois y Haynault, por conocer ellas que la intención del Príncipe de Orange era de hacerse señor absoluto de todas las del País Bajo, olvidado

del bien público, en el concierto que se hizo con ellas, fué capitulado que todos los extranjeros, que en estos estados servían a su Majestad, saliesen de ellos, dejando los cargos que tenían a los naturales, y en cumplimiento de esto, comenzaron a caminar los tres tercios de españoles y la caballería de la mesma nación, tomando la vía de Luxemburg, haciendo yo el oficio de Maestro de Campo general», etc.

Estos párrafos del «Comentario» corroboran que la «Memoria sucinta» fué índice, guión, o esquema más bien, de cuanto se propuso escribir y escribió Francisco Verdugo. Son también los primeros de la «Memoria» que dicen:

«Para mejor dar a entender de la manera q. yo vine a este gouierno será necesario dezir que hauiendo el S^o. Principe de Parma ganado a mastriq, con tanto trauajo y derramam^{to} de sangre y hauiendo se reconciliado /^A su mag^d (estas) ^{las} prouincias de Artuas y henau. Por conozer ellas la mala yntencion del Principe de Orange, q. hera hazerse d.^{ño} absoluto de todo el pais baxo y buscar su prouecho particular oluidando el bien público en el concierto q. se hizo con (estas) /^{esas} dos prouincias fue capitulado, que todos los estranjeros que en ellos seruian a su mag.^d saliesen de los estados ^{Baxos} dexando los cargos que tenían y asi en cumplim.^{to} deste concierto començaron a caminar los tres tercios despañoles, y la caualleria de la misma nacion hacia Lucemburg», etc.

Y sucédense páginas de amena lectura hasta el «Fin» del texto del educador «Comentario», al que pone broche Francisco Verdugo con esta sentencia: «Patientia ómnia ducit». Y complétase el libro con otro soneto que dedica D. [iego] A. [ifonso] V. [elázquez] D. [e] V. [elasco] «A la felice memoria dol C. [oronel] F. [rancisco] V. [erdugo]» y la «Significación de las figuras de la Emblema del coronel F. [rancisco] V. [erdugo].

No hay que sustraerse al interés que encierra la obra histórica de nuestro compatriota. Por ello, justificadamente, anota la Literatura Militar Española de Barado que «Triste luz arrojan sobre las guerras de los Países Bajos cuantas relaciones escribieron valerosos soldados que en Flandes

lucharon animosos; pero más triste aún es la que brilla en las páginas del «Comentario» de Verdugo, retrato fiel de nuestras campañas.....»

No pueden ser más elocuentes estas frases. Sí, es de grande enseñanza el libro del benemérito toledano. E hizose patente la conveniente necesidad de tan preciada obra en toda biblioteca. ¿Pero dónde encontrar un ejemplar?

El «Comentario» de Francisco Verdugo ha adquirido proporciones de rareza bibliográfica. Difícil es el hallarlo, siquiera incompleto. Mas por fortuna dos españoles triunfan en sus pesquisas: el Marqués de Fuensanta del Valle y José Sánchez Rayón, quienes con la edición de 1610, y en elzeviriana reimpresión, forman el tomo segundo de la «Colección de libros españoles raros o curiosos» (Madrid-1872). Y hasta la página 291 amplían el libro con un «Apéndice» que integran copias de cartas, «Relación de las partes dónde y cómo está repartida la gente del ejército de Su Majestad, que se socorre en Holanda» y «Las órdenes que parece que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina que solía haber en la Infantería Española, salvo otro mejor juicio.» He aquí cómo vieron culminados sus anhelos quienes gustan vivir días de patria exaltación.

Creímos haber llegado al «Non Plus Ultra». ¿Quién iba a acordarse ya de Francisco Verdugo? Sin embargo, nos tenía reservada muy grata sorpresa su «Comentario»; que en los primeros días de nuestra labor pro «Escritores toledanos contemporáneos de Cervantes» (1915), damos con «l'ouvrage d'un glorieux général espagnol, hautement litterateur, et de beaucoup valeur historique». Tratábase nada menos que del libro titulado: «Francesco Verdugo Comentario de la guerra de Frisa en XIII años», etc. Publié par Henri Louchay. Bruxelles-1899 (8.º).

Doble acierto en verdad: la publicación del «Comentario» y el juicio hacia su autor, Francisco Verdugo, como también hace resaltar Almirante, «de que no olvidó su lengua patria, el «Comentario» es testigo, y que ejerció autoridad literaria lo prueba la aprobación lisonjera dada al notable libro «Discvrso del Capitán Cristoual Lechuga», y que ad litteram

trasladamos, con objeto, asimismo, de llevarla a término de comparación con la ortografía de la «Memoria sucinta». He aquí la aprobación: «Haviendo visto vn tratado, que el Sargento Mayor Cristoual Lechuga a hecho sobre el cargo de Maestro de Campo General. Digo no auer visto, ni oydo a ninguna persona, por graue que fuesse, de las que entendian lo que toca a este cargo (aunque he visto algunos libros, y oydo tratar a personas graues del) cosa en que tan puntualmente se aya tratado deste cargo, el qual (por cosa de que se puede sacar grande vtilidad y prouecho para todos los que profesaren la milicia) aprueuo ser digno de ser sacado a luz. Fecho en la Villa de Ibues (sic) a quince de Iunio de mill quinientos y nouenta y cinco años.—Francisco Verdugo».

¡Por bien ganado galardón está incluido el nombre de Francisco Verdugo en el Catálogo de autoridades de la Academia Española!

Adolfo Aragonés de la Encarnación,

Académico Numerario Fundador

y ex Secretario Perpetuo.

APÉNDICE

Patente de Capitán dada a Francisco Verdugo por el Duque de Alba.

Don Fernando Alvarez de Toledo, Duc Dalue, Marquis de Coria, Conte de Saluatierra, Grand maistre d'hostel et Capiteyne general du Roy es pays de pardeça. Sauoir saisons et recognoissons que nous auons donné et donnons par ces presentes charge et commision expresse a Francisco de Verdugo de leuer et retenir au seruice de sa ma.^{te} une enseigne de gens de piet naturels et subiects des dicts pays de pardeça, de deux cents testes des plus aguerriz, despostz et experimentez a la guerre, quil pourra recevoir pour avec iceulx servir sa ma.^{te} soit en garnison, aux champs au ailleurs selon que de la part dicelle leur sera ordonné, susygnant le contenu de l'article brief ou ordonnance sur ce dressée, aux meismes gaiges souldée et traittement quout ceulx de semblable retenue, a ssauoir de treize cens vingt deux liures de quarente grez, monnoie de flandres, la liure par mois, le mois le compté a trente jours, a comencer auoir cours doiz le jour de leur monstre, et deslucunauant tant et si lougement quil plaira a sa ma.^{te} ou a nous. Et a rate et aduenant du temps quilz seront en seruice acy estre payez et coutentez par les mains du tresorier de guerre Nert Molkeman et des deniers que pour ce luy seront ordonnez, et defalquant son droict de centiesme al accoustumé, au quel au nom et de la part de sa dite ma.^{te} mandons par ces dites presentes auiss le faire, et en rapportant ces

meismes presentes vidimus ou copie antentique dicelles pour vue et la premiere foiz et pour tant de foiz que mestier sera le rolle de la moustre signé et veriffié par le Commissaire de su dicte ma.^{te} commil appartiendra, auec quictance du dit Francisco de Verdugo, sur ce seruant tant seulement tout ce que le dit tresorier de guerre aura payé a la cause dite sera passé et alloué en la despence de sos comptes et rabatue des deniers de sa recepte par le President et gens des comptes a Lille, ausquelz requerons et neantmoins mandons au nom et de la part de sa ma.^{te} de ainsi lo faire sans aucune difficulté.—Fait a Bruxelles a le hiutiesme jour de decembre, l'an xv^e soixante sept.--*M. le Duc Dalua.* (Sellada.)

**Título de Coronel a favor de
Francisco Verdugo.**

Par le Roy.—A notre amé et leal Francisco de Verdugo, salut Comme bien tost apres le trespas de feu Robert de Harchies, Sr. de Molani, couronnel d'un Regiment d'infanterie vbalonne de cinc enseignes vous ayons donné la charge du dit Regiment auec deux autres enseignes vbalonnes depuis leuées pour nostre seruice, et part tant soit besoing uous en faire despescher noz lettres patentes de retenue en tel cas requises et pertinentes: Pour ce est il que se consideré et nous confyans entierement et a plain de vos prudence, vaillance, vertuz, leaulté et bonne diligence, vous auons commis et commettons par ces dites Chief et Couronnel des sept enseignes dessus mentionées, en vous donnant plain pouoir, auctorité et mandement especial de prende et auoir soingneulx regard sur leur conduyte, les tenir et faire tenir en bon ordre, discipline et justice, defendre et interdire auz Capitaines et leurs lieux tenans de donner congé a aucuns sans votre sceu, et au surplus auoir commandement sur euls et leurs gens et les conduire et employer en notre dite seruice, selon la charge que en aurez de par nous ou de notre tres cher et tres amé cousin, cheualier de notre ordre, liutenat, gouverneur et capitaine general de noz pays de pardeça le Duc Dalue, marquiz de

Coria; au traitement pour votre personne de trois cents liures; a votre lieutenant cent liures; et huit hallebardiers pour la garde de votre personne, outre la paye quilz ont au rolle, chacun demye surpaye, font vingt liures; au sergent maior ou chief du gnet outre sa paye au rolle cinq surpayes, font vingt cinq liures; au quartier maistre ou mareschal des logiz six payes, font trente liures; au pouruoyeur des viures ou prouant-maistreaussi six payes, font semblables trente liures; au fifre et tambourin outre leur paye au rolle chacun une surpaye, dix liures; au preuost outre sa paye au rolle, cinq surpayes, font vingtcinq liures; a sou lieutenant outre sa paye au rolle, cinq liures; au clercq du dit preuost outre sa paye au rolle demye surpaye, cinquante solz; a deux hallebardiers pour le dit preuost outre leur paye au rolle, chacun demye surpaye cinq liures; a deux sekenkuechts ou varletz pour apprehender chacun une paye, dix liures; au chappelain du dit preuost paye et demye, sept e mres., dix soltz; et au maistre des haultes oeuvres trois payes, quinze liures; le tout du pris de quarante groz nostre monnoye de Flandres la liure par chacun mois, le mois compté a trente jours, reuenans les dits gaiges et traitemens a la somme de cinq cens quatreuingt liures du dit premier mois a commencer auoir cours du jour de leur premiere moustre et des la en auant tant quil nous plaira ou a notre cousin le Duc Dalue a en estre payez et contentez par les mains de celuy de noz tresoriers quil appertiendra et des deniers qui pour ce luy seront ordonnez, au quel mandons ainsi lo faire sans aucune difficulté, car ainsi nous plaist il Donné en notre ville de Nyemegen soubz nostre contreseel cy mis en placcart, le premier jour de Juillet xv^e soixante treize.—Par ley Roy.—D'Oerloepe.) Assentada en los libros del sueldo del ejército de S. M. que yo tengo. Alonso de Alameda.—(Pergamino de 0,24 por 0,50, apaisado, con señales de haber tenido sello.)

**Nuevo título de Coronel conferido a
Francisco Verdugo.**

Par le Roy.—A notre amé et leal Francisco de Verdugo salut; Comme notre tres cher et tres amé bon frere Don Jehan d'Austrie, chevalier de notre ordre, lieutenant, gouverneur et capitaine general de noz pays de pardeça fait presentement leuer et retenir en notre seruice un Regiment de cinq enseignes de pietons naturelz du pays de Luzembourg, pour avec inceulx se servir a la garde, seureté et dephence de noz dit pays de pardeça selon les occurrences du temps present, et partant soit besoing commettre quelque bon personnage a nous leal et experimenté pour en auoir la charge et conduyte: Pour ce est il que nous confyans entierement et a plain de voz prudence, vaillance, vertruz, leaulté et bonne diligence vous avons commis et commettons par ces presentes, chief et couronnel des dites cinq enseignes, en vous donnant plain pouoir, auctorité et mandement
.....de notre dit bon frere;

.....
..... Donné a heuerle in louain, soubz notre contraseel ey mis en placeart, le xix^e jour de feurier xv^e soixante dix huit.—Par le Roy.—D'ouerloepe.—Asentada en los libros del sueldo del exército de S. M.—Martín Perez de Areztiçual.—Pergamino apaisado de 0,20 por 0,55.

(Los puntos suspensivos sustituyen a iguales frases, cargos y sueldos que figuran en el título anterior de 1573).

Acta de Profesión.

In Nómimi Dómini Nostri Jesu Cristi Benedicti. Amén.—Yo, D.^a Dorotea Verdugo, hija del Coronel Francisco Verdugo digo: Que cumplido el año de mi aprobación y noviciado, hago profesión y prometo obediencia a Dios Todopoderoso y a la bienaventurada Virgen Santa María y al Ilmo. Sr. D. Bernardo de Rojas y Sandoval Cardenal y Arzobispo de Toledo y a Vos la muy Religiosa Sra. D.^a María Magdalena Priora de este Monasterio de S. Ildefonso de esta

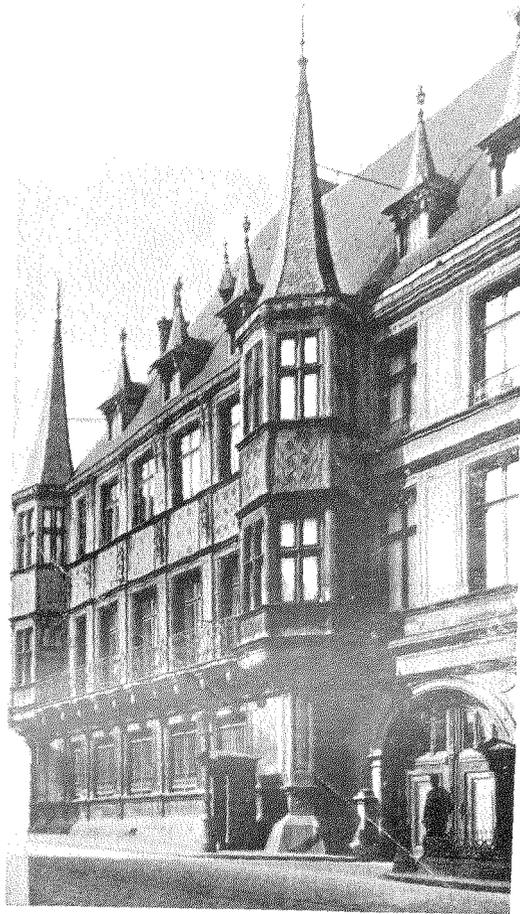
Villa de Talavera en nombre del dicho Arzobispo de Toledo y de vivir sin propio y en castidad hasta la muerte según la Regla de N. P. S. Agustín y ruego a Vos el M. Ilustre Señor D. Juan de Avellaneda Manrique Vicario de esta Villa de Talavera, acepte esta mi profesión y a Vos el presente Notario dé testimonio de ella, en fe de lo cual, firmo todo lo sobredicho de mi nombre hoy lunes a 14 de abril de 1603. = D.^a Dorotea Verdugo. = D.^a María Magdalena. =

El Acta de profesión de D.^a Catalina Verdugo, fecha 18 de diciembre de 1607, está redactada en iguales términos y son los mismos prelado, vicario y priora.





Copia del cuadro original de la colección Real e Imperial de Viena, que figura en la galería de retratos con el núm. 775.



Influencias del Renacimiento Español y esgráficas labores de sabor toledano son ornato del reedificado Palacio Gran Ducal, que rememora estancias de Francisco Verdugo en su cargo de Ayudante de Campo del Capitán General Conde Pedro Ernesto de Mansfeld.

Phot. Gouvernement du Grand-Duché

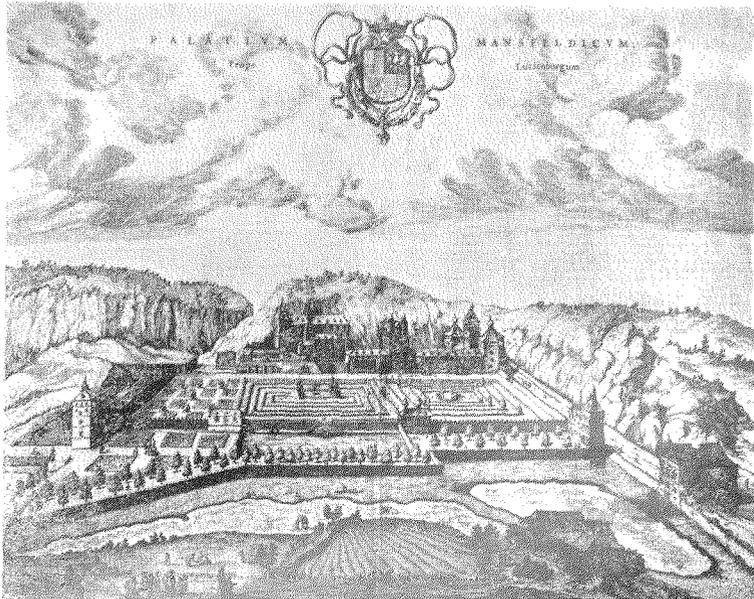
de Harlem a 22 de Febr, 1574

Vea a Vost^r más la mano
 en servicio
 Fran^{co} Verdugo

Firma autógrafa de Francisco Verdugo en carta con la que, desde Haar-
 len, hace volver a la obediencia a los soldados españoles del Tercio del
 Maestre de Campo Francisco Valdés, prisionero en la Haya.



Un Felipe Daelder. La moneda con que se abonaron los primeros
 haberes al Regimiento de Infantería de Luxemburgo mandado por el
 Coronel Francisco Verdugo.



Añoranzas de días que Francisco Verdugo viviera mansión enmarcada por límpidas corrientes que espejaron idilios, y lindos vergeles que aromaron dichas, y asentrales piedras que fueron historia y páginas de arte de Arlon y Luxemburgo; que de tanta fastuosidad acumulada por el Virrey Español Príncipe de Mansfel hablan en el barrio de Clausen vestigios de fábricas y puertas con románica escultura.

Foto. Museo de Luxemburgo.



LEMA

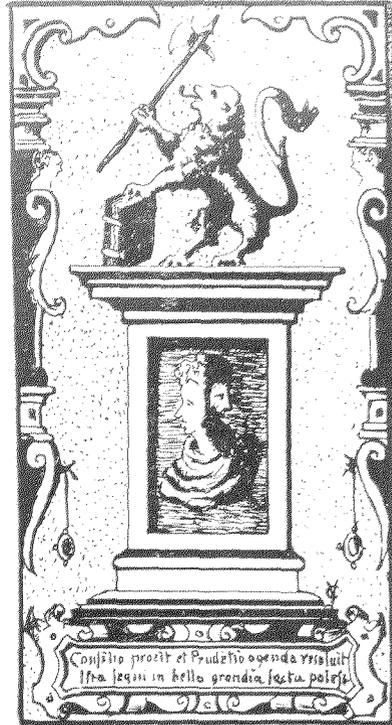
y

EMBLEMA

DEL

CORONEL

FRANCISCO VERDUGO



"Como fuerte león fué vigilante
 Contra el pueblo rebelde y su tirano;
 Ser la causa de Dios llevó adelante,
 Siempre prontas las armas en la mano;
 Con el hereje, en el error constante,
 Terrible, y para el fiel humilde, humano;
 Y en el grave accidente que ocurría,
 Con prudencia y consejo resolvía.,,

DIEGO ALFONSO VILLÉQUEZ
 DE VELASCO.



Verdugo Franciscus, Gouverneur van Gelderlandt, Vrieslandt
en Groeningen, Wegens de Koning van Spagne.

Musee Historique du Pfaffental. Luxemburgo.

COMMENTARIO
DEL CORONEL
FRANCISCO
VERDUGO,

De la guerra de Frisa: en xiiij. Años que fué
Gobernador, y Capitan general, de
aquel Estado, y Exercito, por el
Rey D. Phelippe II. N. S.

Revisado à luz por

D. Alfonso Velazquez de Velasco

Dedicada A

D. FRANCISCO IVAN
DE TORRES,

Comendador de Museros, de la Orden
de San Tiago; Alcayde perpetuo de la
Casa Real de Valencia; del Consejo
Colateral de su Magestad en Nap. &c.

etc.

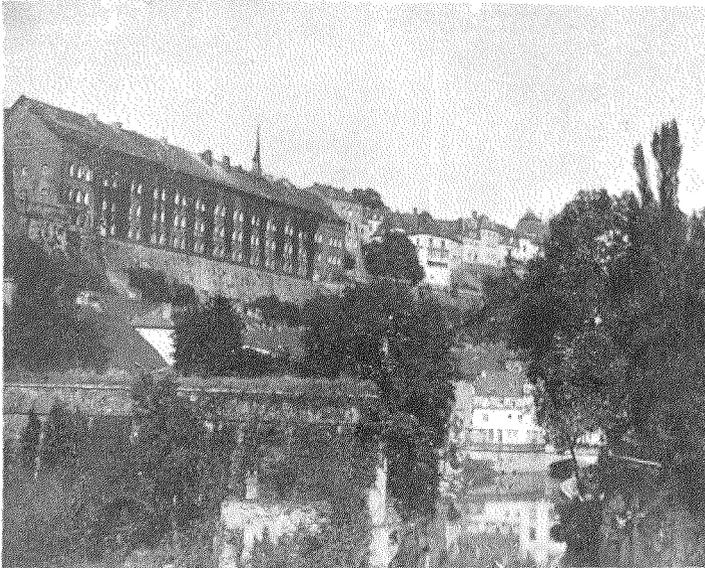
EN NAPOLES,
Por Juan Domingo Roncallo 1610.

Con Licencia de los Superiores.

Facsimil de la portada de la segunda edición dada en Nápoles, y primera publicada en castellano, por el soldado que escribió «la mejor comedia en prosa que autor español compuso a fines del siglo XVI».



Portada del libro tan elogiado por el sabio holandés Hugo de Groot.
«Rheinisches Museum» — Köln — (Bildarchiv, Platte Núm. 39923).
Reproduktion nur mit besonderer Erlaubnis gestattet.



Arriba, a la derecha, cabe el recinto-tumba del toledano-luxemburgués Francisco Verdugo, yérguese el Cuartel de Saint Esprit, el Hogar-Escuela del patriotismo que hace vivir el recuerdo hacia aquel español que fué escudo tutelar del fidelísimo y acogedor Gran Ducado de Luxemburgo.



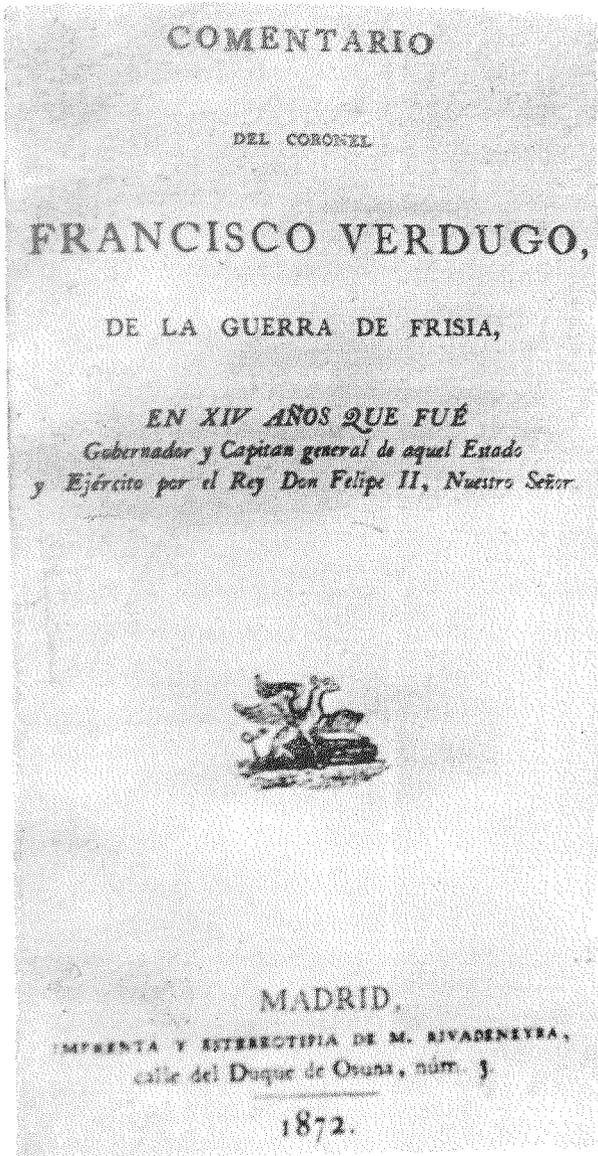
EXCELL^{ISS} D. D. GUILIELMUS VERDUGO EQ. ORD. S. IACOBI, S. C. M.^{ISS}
 CUBICULAR. ET POTEN^{TISS} REG. HISPAN. CONSIL^{IUS} BELL^I D^{OMINI} IN MA-
 SCHA, TOILPAU ET NEPKOWITZ ... CIVIT. GELD^{ENSIS} PALAT. INF. GULB.

*Illustre HIC Sidus quo non illustrius Orbi
 VERDUGO et magnus Martis et Aris Monos,
 Qui totum illustret claris Virtutibus Orbem*

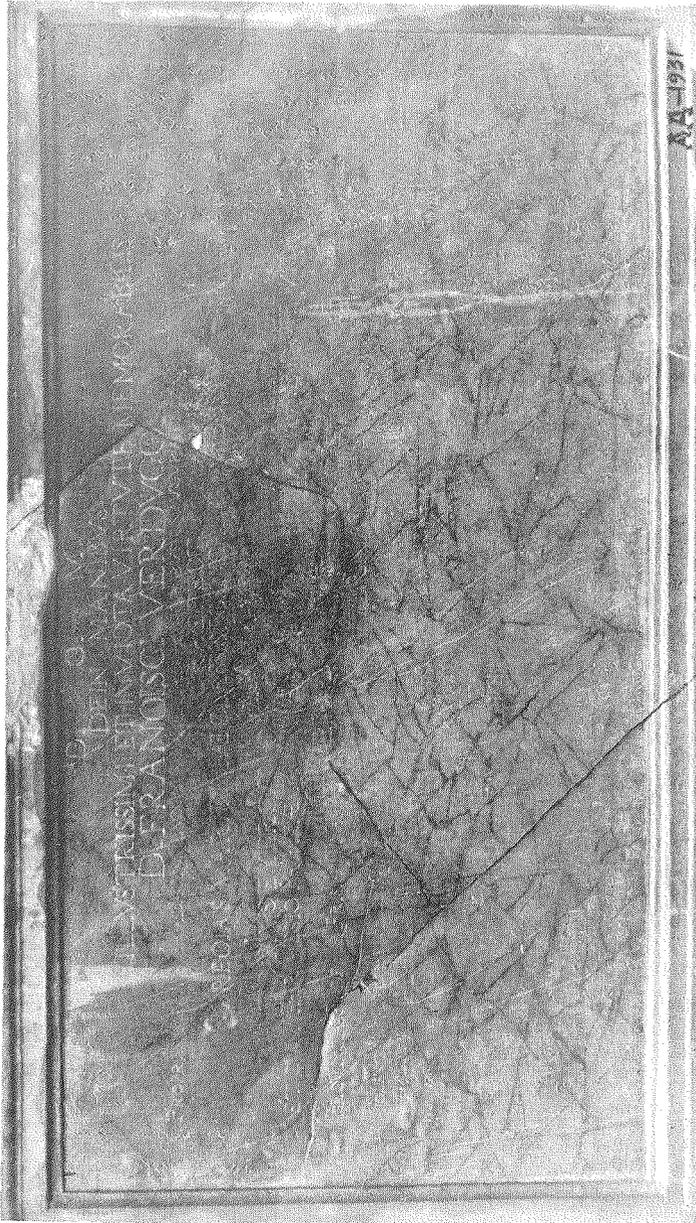
Hoc Sidus saluum seruit IOVA dñi!

Eiusdem Excellentia huius later confect et dedicat Elorb. Kisterns C. Francof. 1688

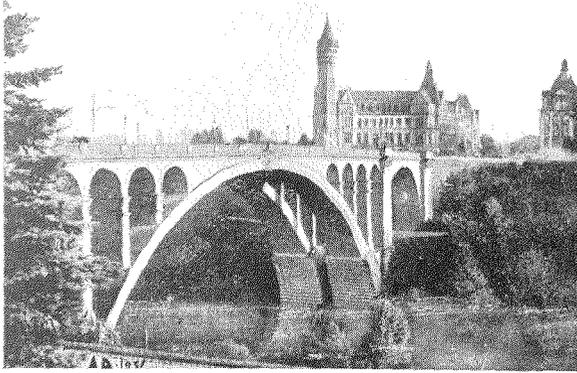
Otro de los bellos grabados del libro «Trophæ Verdvgiana»—Biblioteca
 de Colonia—Platte Núm. 39924.



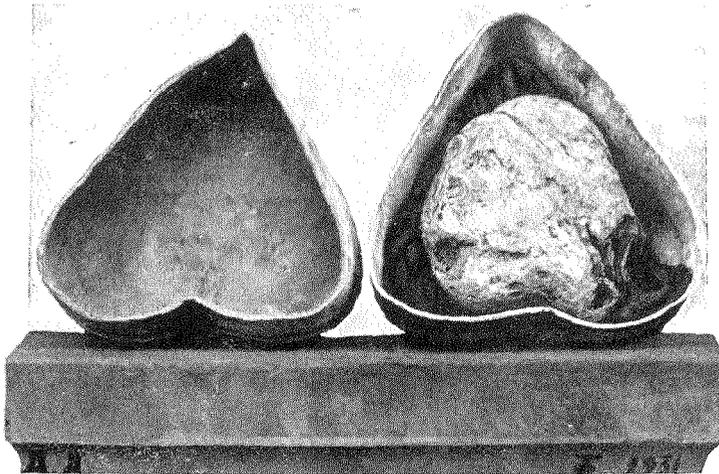
Fotocopia de la portada de la edición publicada en España,
en muy señalado año, por el Marqués de Fuensanta del Valle
y José Sánchez Rayón.



Lauda de Francisco Verdugo. Museo Histórico Arqueológico. Luxemburgo.



Y en la patria adoptiva del toledano Francisco Verdugo son abatidas las fortificaciones, y nacen parques frondosos, y refleja el Petrusse la obra evocadora del Gran Duque Adolfo, Conde de Nassau (1902).



Y en el Museo, que es «relicaire des gloires luxembourgeoises aux siècles passés, et avec un manuscrit constant que c'est le coeur de Francois Verdugo», tiene puesto de honor la noble viscera del toledado, que tantos amores culminó en holocausto a la Madre Patria España y al Gran Ducado de Luxemburgo.

Fachadas toledanas con esgrafiados.

SCASOS restos de fachadas revestidas con esgrafiados subsisten en Toledo; siendo difícil determinar si este procedimiento fué muy usado en nuestra ciudad, habiendo desaparecido con los revocos y pintura de fachadas en el pasado siglo, o si por el contrario se empleó poco aquí, donde tantos y tan interesantes retundidos de muros de mampostería han llegado hasta nosotros.

El esgrafiado consiste, como es sabido, en un dibujo recortado en una capa de estuco sobre otra capa de estuco de distinto color o sobre el muro. Los esgrafiados toledanos pertenecen al tipo de los castellanos del siglo XV, tan distintos a los esgrafiados que, originarios de Italia, alcanzaron en los siglos XVII y XVIII gran desarrollo en Barcelona, donde existen ejemplares de verdadera importancia artística.

Opina Lampérez, que el dibujo de los esgrafiados castellanos procede de las tracerías pétreas góticas y de combinaciones lineales mahometanas; y en cuanto al procedimiento practicado por albañiles especializados, a los que después proporcionarían los pintores cartones para sus dibujos, cree puede proceder de las tracerías mudéjares y aun del resalto formado por el mortero en los muros de mampostería careada.

Hasta qué punto es a mi juicio acertadísima esta opinión, lo demuestra la identidad absoluta que encuentro entre el dibujo generalmente empleado por los esgrafiadores toledanos y el de la tracería pétreo que adorna el tímpano de la portada de la Iglesia de la Trinidad, de Alcaraz (Albacete). (Lámina 1).

En nuestra ciudad, hemos conocido restos de esgrafiados en la casa núm. 6 de la calle de Juan Labrador; en la cuesta de la Portería de la Trinidad (frente al ábside de Santa

Úrsula), y en el callejón de San Salvador. Los de la calle de Juan Labrador (lámina 2), están en nuestro Museo Arqueológico, a donde se llevaron al verificarse obras en la citada casa; los de Santa Úrsula (lámina 3), subsisten en trance de perderse; y los del callejón de San Salvador (lámina 4), han quedado ocultos a la vista de los transeuntes al elevarse dos pisos a la casa núm. 2 de la plaza del mismo nombre que constaba de una sola planta.

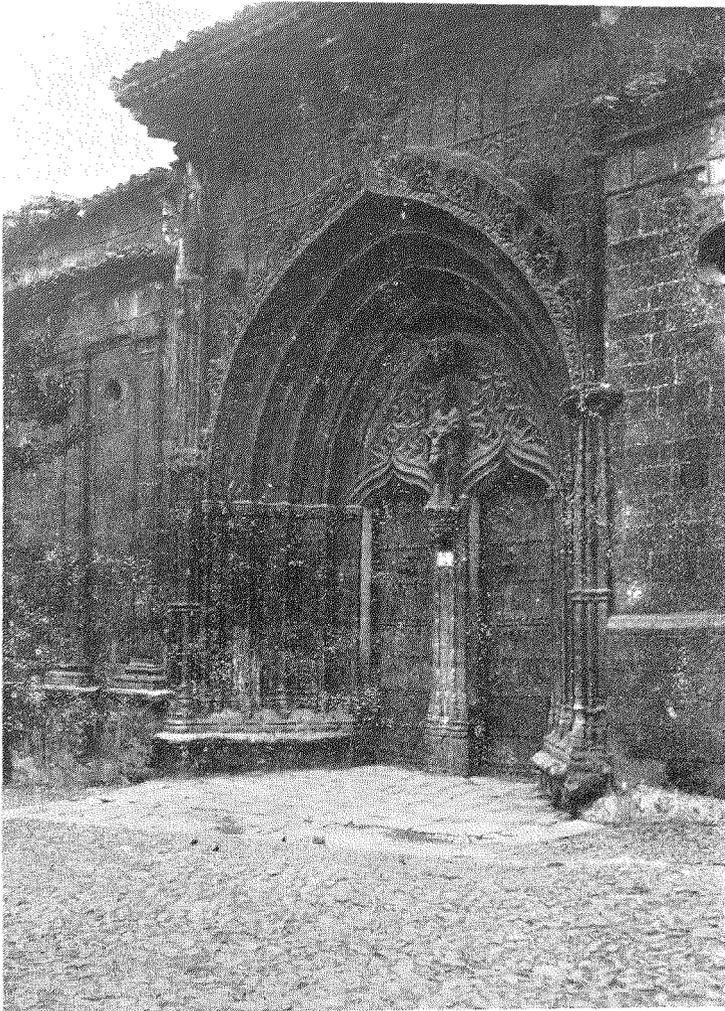
Estos restos, los más importantes y completos que existen en Toledo, decoran la fachada del piso principal de la casa, que tiene además una gran reja sobre la sencilla portada de piedra, y termina en un torreón de ladrillo con un sólo hueco de ventana de arco carpanel (lámina 5). Esta casa debió dar directamente a la plaza de San Salvador, formando el frente de un entrante o compás limitado a la derecha por el callejón del Alarife; a esta casa se fueron agregando otras pequeñas que ocultaron en parte su fachada y sólo dejaron un pequeño callejón sin salida. (Véase el gráfico adjunto).

La decoración de esta fachada consiste en tres zonas horizontales, próximamente de la misma la altura, siendo el dibujo de la central distinto y más amplio que las otras, que son iguales entre sí y semejantes a los restos de Juan Labrador y Santa Úrsula; es por tanto el más corriente en Toledo. Las tres zonas están separadas por dos grecas distintas, y sobre la fachada corre otra diferente como remate por bajo de la escocia que la separa del torreón.

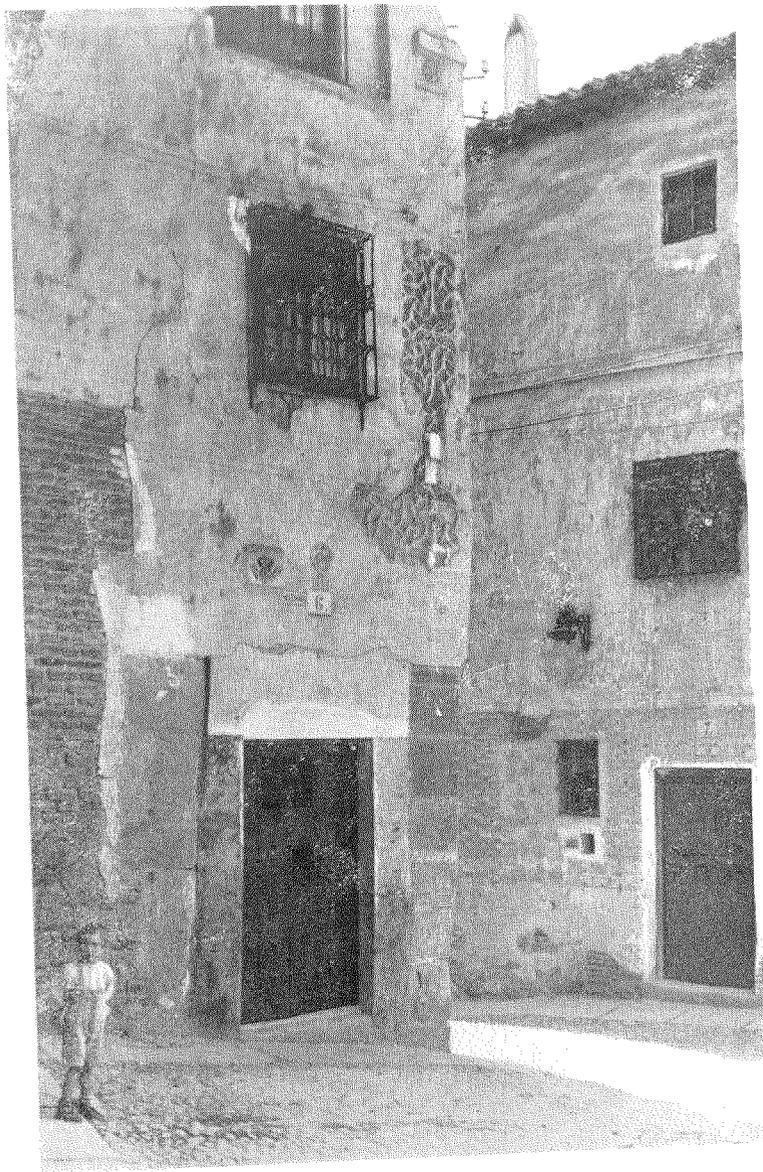
Al ser elevada la citada casa, esta bella fachada, única en Toledo, queda oculta para la generalidad de los transeuntes y turistas y dentro de poco será una curiosidad sólo conocida por contados toledanos.

Pedro Román.

Numerario.



Portada de la Iglesia parroquial de la Trinidad, de Alcaraz.



Casa con restos de esgrafiados en la calle de Juan Labrador.



Restos de esgrafiados frente a Santa Ursula.



Esgrafiados de la casa del callejon de San Salvador.



Casa con esgrafiados del callejón de San Salvador.

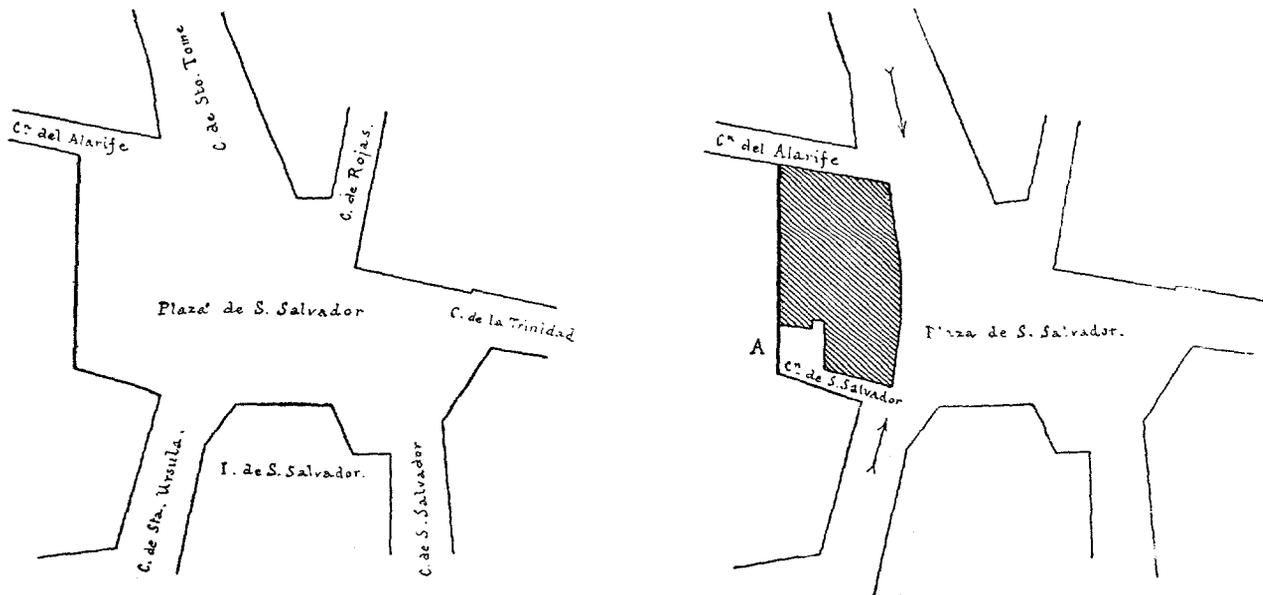


Gráfico de la Plaza del Salvador en su aspecto antiguo y en la actualidad.—A. Casa con esgrafiados. (La parte rayada representa las casas añadidas, que constituyen un obstáculo a la circulación en ambas direcciones.)

Por tierras de La Sagra.

Illescas ⁽¹⁾

No se os dé nada, capitán, pues el humo de la pólvora en la guerra, es como el del incienso en la iglesia cuando estamos celebrando.—CISNEROS.

EN el Cardenal, hombre de letras, se da el caso paradójico de que un eclesiástico fuese el impulsor verdad de la milicia, pues si bien otros prelados fueron guerreros, lo ejecutaron haciendo la guerra como la habían encontrado. Mas Cisneros, en esto como en todo, quería desechar normas antiguas y llevarlas por las corrientes que los nuevos procedimientos exigían. Así, pues, para que la instrucción militar fuese más eficaz, dispuso que las milicias se ejercitasen bajo mandos adiestrados en el manejo de las armas y no como entonces se venía haciendo, individualmente.

Los oficiales encargados de esta instrucción habrían de adoptar previamente un plan de estudios que les garantizase ser aptos para su gestión. (2). Su famosa toma de Orán no es solamente lo que acredita su carácter militar y guerrero, sino que pone aún más de manifiesto la organización

(1) Capítulo del trabajo próximo a publicarse sobre la obra que el Cardenal Cisneros realizó en la Imperial villa de Illescas, de su diócesis toledana.

(2) Estos, y algunos datos más que no deben ser insertos aquí, los encontrará el lector en la obra: «Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día.» Conde de Cleonar. 1853.

que supo dar al ejército y a la marina, creando, al efecto, primeros parques en Alcalá de Henares, Medina del Campo y Málaga, y en ellos, por sus *Ordenanzas e Milicias*, que se hicieron famosas, mejora la artillería y hace que la marina de guerra se ponga a la cabeza de todas las de su época.

Esta calidad militar de siempre e indudablemente más intensa y eficaz en las dos épocas de su regencia, fué la causa de las numerosas huellas de su paso en tantísimas partes del reino. Illescas, villa de las más importantes de su diócesis, no podía pasar desapercibida para él bajo este aspecto.

Hasta las postrimerías de la dieciséis centuria, esta antiqüísima villa de la Carpetania pregonaba a todos su importancia por la posesión de un soberbio Alcázar que se asentaba al Este de la población. Malos tiempos corrieron por entonces para esta singular edificación que, con su compañera en valor arquitectónico la iglesia de Santa María, tan en alto ponían las excelencias de esta capital espiritual de La Sagra. Aquí finó sus días, como más adelante verá el lector que paciencia tenga para ello, y si ésta no hubo de correr igual suerte, no es porque el terrible factor hombre no haya puesto sus medios para conseguirlo, pero afortunadamente hay cosas que pueden más que nuestras acciones, y si no toda, ahí ha quedado nuestra soberbia y única torre para recreo de los sentidos como girón de lo que sería completa esta original construcción del siglo XII.

El abolengo de esta villa no puede ser más remoto. De él nos habla y no lo puede hacer, en verdad, más elocuentemente, el hallazgo de importantes útiles tallados en xiles del período Paleolítico inferior—*Musteriense*.

Juzgando por la importancia del mismo, vemos que estos *Cerros del Prado* fueron lugar predilecto de alguna tribu o clan de las que en aquellos remotos tiempos se dedicaban exclusivamente a la caza. Tenemos, pues, dato fehaciente para saber que el primer ser humano conocido, que con su plante holló estas elevaciones de caliza terciaria, fué aquel ser de mediana estatura, frente huida y andar encorvado que tales útiles tallaba y usaba en aquel remotísimo período

Musteriense. En nuestra provincia, mal explorada, no se conocen hoy restos de industrias que pudiesen unir el paleolítico con el neolítico. A falta de yacimientos que por su extratigrafía nos de a conocer sus diferentes épocas, con los hallazgos de superficie habremos de contentarnos para con ellos establecer la cronología de los habitantes de este paraje. Muy íntimamente relacionado con lo que antecede, he de consignar que, al abrir la caja para el tendido del ferrocarril del Oeste que atraviesa de Norte a Sur los ya repetidos *Cerros*, fueron hallados gran cantidad de huesos fósiles. Sabedor mi abuelo materno de la importancia del descubrimiento, se dirigió al sitio referido y con sorpresa hubo de saber que los huesos habían sido partidos para repartírseles y sólo pudo recoger uno de tamaño no grande que por su aspecto y características puede ser fragmento de alguna superficie articular de animal de gran corpulencia. Se conserva en la colección Aguilar. Pudiera ser que este esqueleto fuese un fósil que correspondiera con alguna de las épocas del paleolítico representado por sus hachas talladas. El total de instrumentos de sílex encontrados asciende a más de setenta entre puntas de flecha, lascas, raspadores, raederas, etc., etc., lo que ya dice algo sobre la importancia del hallazgo.

El *Neolítico* es aún más abundante en sus ejemplares: la *fibrolita*, *diorita*, *serpentina*, etc., etc., son los elementos preferidos con los que estos remotos habitantes fabrican sus más perfectos instrumentos demostrativos de una colonia, aún tal vez más numerosa que la de los que habitaban los *Cerros del Prado*. Estos, de cuya antigüedad nos habla el estar formados de caliza terciaria, fueron cuna de parte de aquella infancia de la humanidad que en remotísimos siglos ya sentían la vida familiar y, como lógica consecuencia, la necesidad de defenderse. Si construyó algo para vivienda, el tiempo, inexcusable destructor, nada nos ha legado; únicamente las cavernas naturales o refugios nos hablan de aquel arte primitivo en sus dos aspectos principales: como defensivo y de utilidad (instrumentos tallados) o como elemento decorativo (grabados y pinturas murales). En lisis de muchos

años, este primer poblador gana en mentalidad y ello ha de traducirse en mejorar su vivienda. La caverna le repele y de hombre casi aislado, ensancha su círculo de relaciones bajo su ya indudable aspecto de ganadero; el animal en cautividad hubo de ser su compañero. Algunas construcciones, aprovechando condiciones del terreno, le ayudarían para sobrellevar la aún dura existencia. Sin que sea pretender sentar afirmación alguna, a útiles e instrumentos de tan rara perfección, no podía sólo corresponder como única vivienda la tosca cabaña vegetal.

Es de advertir, como detalle de indudable valor, que estos Cerros, lugar del yacimiento paleolítico aludido, terminan sin solución de continuidad *precisamente* en esta elevación en que se asentaba la fortaleza de que nos ocuparemos. Y ya que de estos Cerros forzosamente hablamos, no puedo pasar sin consignar que, cuando yo era pequeño y durante las vacaciones del verano, fui infinidad de veces con otros compañeros a buscar *pedernales* a estos parajes del Prado para encender la yesca con el eslabón. ¡Cuán ajeno estaba de que con aquel entretenimiento estropeaba infinidad de útiles de épocas tan lejanas! Los manes de la prehistoria no me lo tomen en cuenta.

Ilarcuris es el nombre con que ya dentro de la historia nos encontramos mencionada esta localidad. Su origen más probable es del griego *Ili-Curis* o *Ili-Kouros*, que significarían ciudad de Curetes o ciudad joven, pues a los griegos Curetes es a los que con más probabilidades se cree debida su fundación, los que la harían como fortaleza de la colonia para refugio de la ciudad sacerdotal. Al principio, la diseminación de los habitantes invasores tenía que ser forzosamente cuestión de tiempo y confianza. De momento, la seguridad sólo podía existir en la formación de núcleos fuertes al amparo de fortalezas naturales o campamentos emplazados en sitios estratégicos. Cabe suponer que si Ilarcuris fué lo que con razón se supone una ciudad sacerdotal, al principio habría de ser protegida contra las reacciones de los desposeídos u otros nuevos, y para ello construirían en el sitio más elevado alguna defensa o campamento, bajo cuya

protección todos se podrían guarecer. Teniendo, pues, como primer punto de partida para el origen de esta fortaleza el dato ya mencionado por el cual los Curetes se establecen en aquellos tan remotos tiempos. Pasan luengos años sin haber mención de ello. Se suceden los Cerritanos, o como otros los denominan, los Almunides, que parece son expulsados por Nabucodonosor en unión de las demás gentes extrañas, y así sucesivamente llegamos a la dominación romana, durante la cual ya tiene la suficiente preponderancia—indudablemente nunca la perdió—para que Ptolomeo, en el año 162, en su segunda tabla de Europa, cite y describa a Harcuris en la Carpetania y señale exacta y concretamente su situación geográfica en grados respecto a Toledo. No es, por tanto, aventurado seguir achacándola suma importancia en aquellas centurias anteriores a ello, cuando en estos años tiene la suficiente para un señalamiento tan especial. Podemos, pues, deducir que su crédito no decae en aquellos poco conocidos años, y no es lógico suponer que durante ellos fuese menor su importancia guerrera. Sería época tal vez de su mayor apogeo y así probablemente continuaría hasta la entrada de los bárbaros. De su vitalidad en aquellos días de dominación romana nos hablan no sólo los cimientos y monedas encontrados, sino su proximidad a la vía o calzada romana que venía de Andalucía y la cual tenía una desviación por la que se comunicaba en el mismo Harcuris precisamente con la no menos importante que salía de Toledo y por la Sagra se dirigía hacia Mantua (Madrid). La primera de las dos principales calzadas, no ha faltado historiador que la ha creído ser el verdadero camino de Madrid a Toledo, y ello es completamente equivocado. Es el antiguo camino Real que ponía en comunicación el Sur con el centro de la Península y por ello la prolongación o desviación que he mencionado, se ha conocido siempre con el nombre terminante de *camino de los andaluces*. Hasta hace muy poco tiempo, de esta vía se han retirado grandes piedras análogas a las encontradas en términos de Torrejón de la Calzada, Yeles y Esquivias.

Estos datos de la época romana son un eslabón en su

cadena histórica, y con ellos llegamos sin gran esfuerzo a la Monarquía visigoda, punto de suma importancia en la cronología de su desenvolvimiento. No es presumible que estos que fijaron su capital en Toledo, desaprovechasen o desconociesen la importancia de esta plaza para la defensa de la ciudad. A no dudarlo, elevarían más en regla el primer recinto y en esta forma ya le encontraron los árabes, quienes menos seguros que sus antecesores, reconcentran su vida principalmente en la capital, y años después, algo tranquilos, la aprovecharían principalmente como lugar de recreo, aunque sin dejarlo desprovisto, lógicamente, de algunas condiciones de defensa. Mejorada o más adaptada como mansión, el nombre de Alcázar que desde entonces adoptó (El Palacio) les sirve para designar aquello que, consecuentes con su modo de ser, habían dispuesto para que la vida se deslizara para ellos más amena según su forma de entenderla.

A partir de esta época, ya no son sólo conjeturas en lo que podemos basarnos. Aunque pocos, algunos documentos hacen mención de tan singular fortaleza. Ya las lagunas que puedan existir, por lógica deducción, podremos salvarlas. De su antigüedad nos habla y atestigua el hecho de que el sexto Alfonso, al tomar la provincia a los moros, amuralló y fortaleció a Illescas. Fué una de las plazas que principalmente defendía la capital, y así lo comprendió. En aquellos primeros y azarosos años todo se consideraba inseguro, y no es de presumir, por tanto, que el rey se determinase a levantar allí una construcción que no sabía si las contingencias de la guerra se lo dejarían disfrutar. Lo lógico es, pues, que la amurallase y aprovechara y mejorase lo existente, y entre esto ya estaría nuestro Alcázar, cuando vemos que poco más de siglo y medio después, Alfonso X «concede privilegio a los vecinos de Illescas para que no obedezcan al Arzobispo, deán, ni cabildo de Toledo, y puedan *derribar* (?) el Alcázar que estaban reparando». Afortunadamente el pueblo no usó de ello, pero este documento es lo suficiente claro para decirnos de su antigüedad, cuando en aquellos días ya necesitaba de gran reparación. Y si ésta

era precisa después de la ejecutada por el rey conquistador, es de presumir su gran anterioridad a los árabes, pues éstos, dada su organización militar, no levantaban semejantes fortalezas. Lo lógico es que fuese una construcción importante de los últimos tiempos visigóticos; aprovechada y adaptada ya como mansión de recreo por los árabes y convertida por Alfonso VI en Alcázar mudéjar, ya más en armonía con el ambiente bélico de la época. Es raro el privilegio aludido. En aquellos días Illescas pertenecía al Arzobispado de Toledo, desde que así la ordenó el Rey Sancho en 1158, si bien esto no fué cumplido hasta 1176 por Alfonso VIII.

Aun a pesar de la gran restauración que se ejecutara por orden de Alfonso VI, aquella irregular edificación no podía constituir una verdadera fortaleza. Hubo que amurallarla concienzudamente. Antes no debió estarlo. Al verificarlo, aprovecharon como fosos los dos profundos barrancos que le flanqueaban al Éste y Oeste y sólo tendrían que hacer los dos restantes mucho más cortos, para así dejarle rodeado en su totalidad con aquel medio de defensa. Si aprovecharon, como lógicamente hemos supuesto, lo ya construído, no pudo adoptar la forma corriente cuadrangular y su patio sería irregular y más bien pequeño con dependencias sin ordenar y probablemente con dos pisos. Su torre del homenaje estaría en el patio de armas y en su lado más próximo a la muralla de la villa. No dudo suponerla la parte más importante de todo aquel poco armónico conjunto que constaría de tres o cuatro habitaciones superpuestas y comunicadas entre sí por estrecha escalera, empotrada probablemente en el fuerte espesor del muro. En este conjunto defensivo no dudo que, dado su falta de un plan uniforme, darían gran importancia a la extensa muralla que por todas partes la circundaba, y estudiando hoy el terreno sobre que el conjunto se extendía, fácilmente se comprueba este extremo. En el lienzo Norte se abría la puerta defendida por el puente levadizo tendido sobre el foso y, por tanto, este acceso que sería único para el Alcázar, se encontraba muy cercano a la puerta del Sol, una de las cinco que en la muralla daban acceso a la villa. En la parte baja del recinto murado, esto es, lo que en la

actualidad es el camino de Azaña y en aquellos tiempos foso Sur abierto artificialmente, debióse conservar hasta época algo cercana parte de los dos torreones que por aquel lado la defendían, pues en cierta ocasión oí decir a un anciano del pueblo que él había conocido algo de las *atalayas*.

Vestigios de habitaciones subterráneas se han encontrado hace pocos años al hacer la ampliación del cementerio. Al trazar la nueva pared de la derecha de la puerta y al profundizar sus cimientos, por poca consistencia del terreno, fueron encontradas grandes hoquedades que la vista no alcanzaba a determinar, ni los operarios tampoco se decidieron a inquirir. Muy cercano a este sitio, al ahondar el terreno para coger de fábrica varias fosas, también fueron descubiertas algunas de estas habitaciones sin que tampoco fuesen objeto de la más pequeña investigación. Adosada a la parte Sur de este cementerio, hay un tejár que ocupa parte de los terrenos que yo deduzco sirvieron como huerta o jardín dentro del recinto murado; pues bien, mis noticias son de que hace muchos años fueron encontrados restos de muy recias mamposterías de piedra y cal, y adosado al lienzo de pared que hoy los limita, se descubrió un espacio a modo de habitación circular que el dueño utilizó como horno y que bien pudiera haber sido restos de algún aljibe, silo u otra dependencia del subsuelo del Alcázar. También en esta parte Sur del recinto que no estuvo edificado y a mi entender fué la parte de recreo con huerta o jardín, se han encontrado infinitos vestigios de cerámica al remover las tierras con los arados.

Corren los años y este Alcázar sirve de vivienda o de alojamiento accidental a los reyes en sus continuos viajes. Produjo discordias por su posesión entre el Arzobispo y la villa. Una de ellas en tiempo de Tenorio, que lo restauró a sus expensas, al mismo tiempo que este Prelado ejecutaba la gran reconstrucción del Castillo de San Servando, de Toledo. Igualmente lo hace un siglo después Cisneros, quien no desconociendo el valor militar de aquellas plazas en los inciertos años de la unidad nacional y primeros del advenimiento del Emperador Carlos, repara la muralla y la forta-

leza, dotándola de los elementos necesarios de defensa (1) y en virtud de esto, el Alcázar pudo resistir el fuerte asedio a que le sometieron cuando el alzamiento de las Comunidades de Castilla (2).

Consolidado el trono de aquel rey que tan mal conocía sus dominios hispanos, con la derrota de Villalar, puede decirse que termina la historia activa de esta singular fortaleza. La calma y la paz se imponen en el territorio y ello es el comienzo del pasivo abandono a que se le somete. Ya hacía muchos años que no se utilizaba como vivienda real. Desde el reinado de Enrique III o Juan II, que se levantó el palacio mudéjar de la calle Real de la villa, sólo su condición militar le justificaba. Pasan los años de su fatal siglo XVI. Sus mismos añadidos, unos sobre otros, y la gran longevidad de los primitivos, harían que algunas dependencias fuesen más pronto abandonadas. Unas tras otras, a tenor de los tiempos, finan las obras y le dan por cumplida su misión. Sólo un Alcaide y su familia le habitan y, ya faltas sus paredes y pisos de la protección de tapices y alfombras, el tiempo con su cortejo de destructores elementos, que desde la al parecer inofensiva araña que teje su primer tela y la paciente y destructora carcoma que abre la primer galería en la madera, hasta el más vandálico de todos, el hombre, todo se conjura para que estas antiguas mansiones no lleguen a nosotros, y las que lo consiguen sean sólo en la triste condición de venerables ruinas, no siempre lo respetadas que fuese menester. Estas tampoco lo fueron y llegamos a la fuerza donde no quisiésemos llegar, a su demolición. En

(1) Este importantísimo dato ha sido tomado por mí en un documento existente en el Archivo Histórico Nacional. Fué hace varios años y el no precisar entonces su procedencia en mis notas o porque alguna se haya extraviado, hace que ahora me sea imposible ejecutarlo. Mas su existencia sí puedo garantizarla.

(2) Todavía figuraba como principal plaza fuerte cuando ocurrieron estos acontecimientos. Illescas fué una de las primeras villas en seguir a los Comuneros, pero no así el alcaide de su Alcázar, D. Juan de Arias, que le defendió con tesón, por lo cual, más adelante, el Emperador le recompensó con el Condado de Puñonrostro.

1575, por un breve del Papa Gregorio VIII, pasa Illescas a poder Real por desmembración del Arzobispado de Toledo, y cuando ello debiera haber supuesto una mayor protección, surge la catástrofe en forma de permiso de demolición (1588) para con ello ahorrarse en la construcción de un edificio en la villa—iglesia del Hospital—el transporte de materiales de las canteras de Esquivias, poco lejanas. Al lector encomiendo el comentario.

Anotado así todo lo mejor posible lo concerniente a este Alcázar, creo, para terminar, no sería atrevido suponer las sorpresas que nos tendría reservada una metódica escavación en estos lugares, mudos testigos del azaroso tránsito de tantas y tan variadas civilizaciones.

*
* *

Después de escrito lo que antecede, como ligera reseña prehistórica e histórica de la Ilarcuris griega, me encuentro con que mi sabio amigo el profesor Fuidio, en un soberbio trabajo sobre *Carpetania Romana*, insiste en juzgar sus exploraciones y descubrimientos como datos fidedignos para colocar la citada Ilarcuris en el lugar por él señalado en la finca de Hontalba, a 6 kilómetros de distancia de la actual Illescas. Ante tal insistencia, ya no puedo dejar consignado lo sólo escrito como correspondía a esta ligera relación histórica y sin perjuicio de que en algún tiempo lo desarrolle con la atención y minuciosidad que su importancia requiere, entraré a exponer algunos datos y pormenores que completen e ilustren el buen juicio del lector a quien sus aficiones le presten paciencia para ello.

Veamos primero lo encontrado por el profesor Fuidio, para sobre ello basar su hipótesis. Detallemos a continuación lo recogido y estudiado en Illescas y tal vez el nivel documental de ambos hallazgos sea más claro y explícito que lo que yo deficientemente podré explicar.

PALEOLÍTICO.—Seis ejemplares, dos tallados en sílex y cuatro en cuarcita. Son lascas y raspadores que su autor

coloca en el *Musteriense* las de sílex y las cuarcitas en el *Acheuliense*. Estas, por ser cuarcitas, pongo en duda su procedencia tan remota. Muchas que se tienen por instrumentos auténticos, sólo deben pasar a la categoría de cantos rodados.

NEOLÍTICO.—Veintinueve ejemplares entre fragmentos y piezas completas de *fibrolita* y dos trozos de *diorita*.

CERÁMICA.—Dos fragmentos con decoración incisa, estilo Ciempozuelos-Eneolítico.

IBERO-ROMANA.—Unos trozos de barro fino con rayas en rojo.

ROMANA.—La cerámica es fina y ya de torno. Las hay con rayas toscas paralelas o cruzadas, esto es, traza ibérica en época romana.

SAGUNTINA.—Son algo numerosos y de barro rojo característico, con decoración de círculos, líneas onduladas, medias lunas, conchas, etc., etc.

VIDRIOS.—Algunos con irisaciones.

MONEDAS.—Dos bronces; uno borrado y otro de Septimo Severo.

ARQUITECTURA.—Un pilón calizo y unos restos de argamasa de cal, llamados en aquel sitio «los paredones».

Sin quitar nada de la importancia arqueológica que estos hallazgos han de tener, yo no puedo concederles aquélla que su descubridor les asigna. Los útiles de cerámica y los restos más o menos extensos de argamasa romana, no implican la existencia de una ciudad; en este caso particular, cuando más, la memoria de un edificio, esto es, una quinta de no excesiva extensión.

Anotemos lo encontrado en Illescas.

PALEOLÍTICO.—Unas setenta piezas recogidas por Fernández Navarro en los años 1908 y 1917, correspondientes al *musteriense* y *magdaleniense*.

Hace cuatro años ha sido encontrada por mí en una tierra de labor sita dentro de lo que fué terreno amurallado del Alcázar, una pequeña pieza de sílex con todas las características de punta de flecha, y por aquellas cercanías y siempre *dentro* de dicho recinto, varios trozos, también de sílex, con gran pátina, bastante oscuros, en algunos de los

cuales se observan huellas de percusión. Yo hoy no me atrevo a clasificarlos definitivamente.

NEOLÍTICO.—Esta época de la piedra pulimentada tiene en Illescas un firme representante. Esparcidos por todo su término municipal, pero muy especialmente en los alrededores de estos *Cerros del Prado*, ha sido y sigue siendo cada día la importancia y número de sus hallazgos que no dudo en conceptuarlo de los más numerosos hasta el día, constituyendo la colección Aguilar tal vez la más importante de las conocidas. El elemento predominante es la *fibrolita*, siguiéndole en frecuencia la *diorita*, *diabasa*, *serpentina*, etcétera, etc. A tenor de su número corresponden las más variadas formas; desde la enorme hacha de terribles efectos manejada por aquellos forzudos seres, hasta algunas tan diminutas que excluyen toda idea de defensa. Serían adornos o amuletos. Las últimas por mí encontradas han sido dos hachas de *fibrolita* una y de *diorita* otra, ambas en muy perfecta conservación y recogidas en el cementerio, que como ya he indicado, ocupa parte del emplazamiento del Alcázar.

IBÉRICA.—En este mismo cementerio, al abrir un operario una de las fosas del ensanche, esto es, en sitio no utilizado modernamente, encontró restos como de vasijas que al llamarle la atención apartó a un lado y luego me las entregó. Son diversos trozos de cerámica negra muy tosca, alguno más claro, de superficie mate, encontrándose en uno sólo de ellos estampillado geométrico muy característico de la decoración primitiva de la forma prerromana de «La Téne». Son trozos que, sin gran esfuerzo, nos recuerdan la tradición ibérica.

ROMANA.—Sólo dos ejemplares poseo de barro rojo, pero no de *terra sigillata*, sin barniz y ya, al parecer, de factura de torno. Son toscos. Este verano me ha sido entregado un ejemplar de cerámica amarilla, casi blanca, que a más de un grabado de rayas cruzadas presenta muy perfectas modulaciones, lo que le haría ser vasija de alguna belleza. Le creo encajable en avanzada época romana.

ARQUITECTURA.—Al pie del recinto murado de la fortaleza, en lo que hoy son huertas y en tiempos pasados arra-

bales de la villa, se han encontrado grandes piedras de cimiento. Entre éstas hube de ver yo restos de argamasa de cal y piedra pequeña, y al inquirir sobre ello, me dijo el que a flor de tierra las había sacado, que no eran las primeras, sino que en otras parcelas, otros también las habían hallado. Eran restos de cimentación en todo iguales a los que en Toledo existen del Circo Romano. Indudablemente, de construcción romana fué la hoquedad con bóveda que a poca distancia de lo anterior se encontró en lo que es hoy tejár y que también he dejado consignado.

MONEDAS.—Han debido encontrarse en cantidad bastante abundante. Muchas fueron a engrosar el monetario que mi padre poseía. Que se tenga seguridad de haber sido en este sitio encontradas, en mi poder hay en la actualidad una en bronce de Cartagonova, otra también de Celsa, otra de igual metal borrada casi, una en cobre de la emperatriz Julia Mamaea y otra, también en cobre, del emperador Antonino Pío. En poder de mis hermanos, y con igual procedencia, pudieran ser bastantes más de las que hiciera reseña.

Analicemos la parte histórica. Esta nos dice que en el año 162 gozaba de prestigio Ilarcuris en la Carpetania, y Ptolomeo, en su segunda tabla de Europa, la señala con exactitud en gradas entre Toledo y Madrid. El jesuíta Padre Gaspar afirma, basándose en textos de escritores antiguos, que gran parte de la Carpetania, y sobre todo las dos poblaciones aludidas, hubieron de perder casi el total de sus habitantes por el hambre y la epidemia desarrollada hacia el año 433, motivo por el cual ya no se conoce mención de la citada Ilarcuria hasta el año 636, en que San Julián, al narrar la vida de San Ildefonso, afirma fundó en ella su célebre Monasterio Deiviense. Es muy de hacer notar que este padre jesuíta, que para escribir su obra del siglo XVIII se basó exclusivamente en autores antiguos, en ningún momento se aparta de considerar como lógico ser Illescas la sucesora de la griega Ilarcuris. Los mismos árabes, que según el parecer de Fuidio, arrasarian el emplazamiento por él ideado, en la obra aludida, relata la vida y mejoras en Illescas introducidas por ellos, sin hacer mención para nada de

otra población que, aunque en decadencia, fuese lo suficiente importante para merecer los honores de la destrucción. Téngase a más en cuenta que los árabes, muy lejos de derribar, aprovechaban y reconstruían lo que conquistaban, adaptándolo, como es lógico, a su especial modo de ver la vida. La predilección que siempre mereció Illescas, es prueba más que concluyente, de su gran antigüedad. A una simple agrupación de casas, Alfonso VI no la habría concedido los honores de la fortificación, y en el orden moral, su sobrino y sucesor no la hubiese galardonado entre todas dándole el raro título de *Villa Imperial*. Solamente conozco dos historiadores, los Sres. Cean Bermúdez y Chao, que discrepen de los demás en cuanto al emplazamiento, y aun así lo hacen de manera bien modesta: dicen, estuvo asentada en las cercanías de Illescas, y el concepto cercanía indica proximidad, y ésta mal la podría haber mediando una distancia de seis kilómetros.

TOPOGRAFÍA.—Si efectivamente la antigua Ilarcuris fuese la señalada por el profesor Fuidio, habría que reconocer que en el emplazamiento no estuvieron muy acertados los griegos. Discurre el arroyo Guadaten en dirección Norte a Sur, y su pequeño valle está flanqueado por lomas en bastante extensión de su recorrido. La pretendida Ilarcuris, según los restos en que esta hipótesis se basa, estaría emplazada en la umbría de este valle, esto es, mirando al saliente con bastantes grados de inclinación Norte. Más natural hubiese sido buscar la contraria orientación, no sólo en atención al sol, sino que aquellas lomas, más largas y de más elevación, hubiesen defendido a la ciudad de los fríos vientos del Este, o sea de la sierra de Cuenca, donde el dicho vulgar asegura *que se ahorcó la cabra*. Tenemos, por tanto, una ciudad a la sombra, de frente al helado *solano* invernal, y por añadidura sus muros besando las aguas de un arroyo hasta en la actualidad pantanoso y que surte de paludismo a los que en su larga vega trabajan. ¿No cuesta esfuerzo aceptar ello como cierto, conociendo lo muy en cuenta que tenían el sitio, en todos sus aspectos, aquellos remotos pobladores? Veamos ahora el otro emplazamiento.

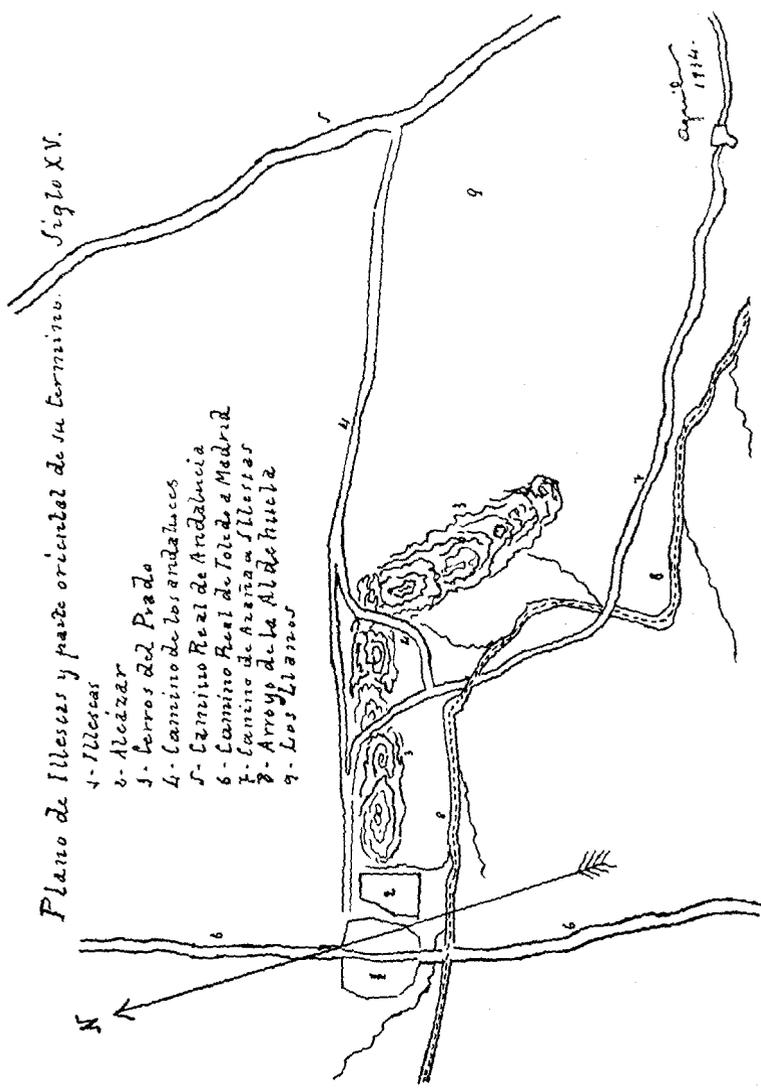
Aquí, el arroyo de la Aldehuela, baja en dirección Oeste a Este y su ribera izquierda está protegida por suaves lomas de los vientos del Norte o Guadarrama. Estaría, pues, en *solana*, como lo está la villa, teniendo por escenario la feraz llanura de la *Sagra* y como fondo los montes de Toledo. El arroyo, que en aquellas centurias sería más caudaloso, *no proporciona paludismo*.

Analicemos ahora los medios de comunicación. Por demás privilegiada en cuanto a caminos debió estar siempre esta región. De gran importancia es el que el Sr. Fuidio menciona en su obra y que le denomina *Camino Real* de Toledo a Madrid. Estoy conforme en cuanto a lo de Camino Real, pero no así en lo de Toledo a Madrid. El aludido camino, es la antigua cañada de cuarenta y cinco varas de ancha que ponía en directa comunicación Andalucía con Castilla. De Toledo salía un camino real que iba a Aranjuez. De aquí seguía vega arriba hasta Alcalá de Henares, y si su primer trozo se utilizaba alguna vez para llegar a Madrid, era porque se unía al que estos dos puntos enlazaba. El verdadero camino directo de Toledo a Madrid, es el que aún hoy fácilmente puede apreciarse desde la carretera. Que en sus mocedades pudiera haber sido calzada romana, no me extrañaría, pues razones hay para así creerlo. No es, pues, aquel camino el directo de Toledo a Madrid. Atravesaba la parte oriental de los montes de Toledo una vez dentro de la provincia, por el sitio que en término de Los Yébenes se llama la *Boca del Congosto*; cruzaba de Sur a Norte la extensa vega del río Algodor para ganar un puertecillo que separa la sierra de dicho pueblo de las Serrezuelas; siempre en dirección Norte cruzaba los términos de Manzaneque, Mascaraque y Almonacid, y bajando la rápida pendiente que hay entre el castillo de este pueblo y el río Tajo, vadeaba éste por el sitio de los *batanes de Ateca*—hoy fábrica de Aceca—, y ya en la llanada de la *Sagra*, por Cobeja, Pantoja, Llanos de Hontalba, Yeles y Torrejón de Velasco se unía en las cercanías de Parla con la vía que ponía en directa comunicación a Toledo con Madrid. De este *Camino Real*, *cañada* o *calzada* que he descrito, partía al llegar a los Llanos de

Hontalba un ramal con dirección a Illescas, el cual, cruzando los *Cerros del Prado* por su parte más próxima a la villa, se le conocía y así sigue designándosele con el nombre de *camino de los andaluces*. En el pequeño pueblo de Cobeja, aún se pueden ver restos, aunque muy transformados, de los antiguos paradores o casas de postas. A diez kilómetros de esta vía, sube casi paralela a ella, a la altura de Illescas, otro no menos importante *Camino Real* o *cañada*. Esta viene de Extremadura a Castilla, y a la altura de Leganés se desvía a la izquierda para atravesar Guadarrama por alguno de sus puertos. Queda ya sólo por mencionar una tercera vía, a mi ver la más característica y definitiva en el asunto que estamos ventilando, y es el verdadero *Camino Real* entre Madrid y Toledo. Partía de la puerta Norte de la imperial ciudad, traspuestos los cerros en que se levanta Olías del Rey; atravesaba la ubérrima *Sagra*; cruzaba la también *imperial villa* de Illescas, dió su nombre a Torrejón de *la Calzada*—no hay que confundirle con su casi omónimo el de Velasco, del que sólo dista dos kilómetros—; pasaba al pie de los *Cerros de la Cantuesa* o *Alcantoña*—sitio de importante yacimiento *paleolítico*—y cruzando su vega y después Getafe, llegaba a Madrid. Este importante Camino Real, fué casi en su totalidad aprovechado como caja de la actual carretera, pero se conservan bastantes trozos de su trazado primitivo que se les conoce con el nombre de *camino viejo*. Pues bien, en uno de éstos, muy próximo a la tercer alcantarilla, según se sale de Illescas y precisamente a la terminación de una pequeña cuesta, cuyo nombre, por demasiado gráfico, no me es posible indicar, yo he conocido unas grandes piedras, algunas casi planas a medio enterrar entre junqueras, y cuya procedencia yo entonces no podía calcular. Hoy ya han desaparecido y no será aventurado achacarlas como pertenecientes a la calzada, como asimismo obra romana sería un pequeño puente que salvaba el arroyo de Boadilla, y el cual se tuvo que destruir para en su sitio levantar el de la actual carretera. Este antiguo camino era el utilizado para hacer el viaje entre Toledo y Madrid, y no sería tampoco aventurado suponer que sin grandes variaciones sea la calzada que saliendo

Plano de Ilescas y parte oriental de su termino. Siglo XV.

- 1. Ilescas
- 2. Alcazar
- 3. Terros del Prado
- 4. Cammino de los andaluces
- 5. Cammino Real de Andaluca
- 6. Cammino Real de Toledo a Madrid
- 7. Cammino de Azeña a Ilescas
- 8. Arroyo de la Aldehuela
- 9. Los Llanos



de la *Tolaitula* que conquistó Marco Fulvio el año 192 antes de J. C. encontraba a la mitad de su camino a la griega *Ilarcuris* y finaba en la orilla derecha del Manzanares en la pretendida *Miacum* romana.

De todo lo consignado, nada abona en favor de localizar tan importante centro histórico en el mencionado sitio de Hontalba. La misma hipótesis de que sus restos fuesen destruidos por los árabes invasores es tan débil, que ella sola casi se rebate. Si las ruinas no tenían importancia, no había razón para borrarlas, y si las tenían para merecer tamaña predilección, no es lo natural que algún escrito de los primeros años de la reconquista hiciese mención de ellas. Desde estos años, Illescas aparece en un primer plano al merecer el honor de ser amurallada, si no es que ya lo estuviese y el sexto Alfonso sólo la mejorara.

Hay otro detalle que no puedo dejar de consignar. En el archivo familiar de casa, existen documentos de mediados del siglo XIV en los que consta que, *todos los Llanos de Hontalba*, y, por tanto, parte de la actual dehesa, pertenecían a mi familia con muchos años de antelación. Pues bien, en ninguno de ellos hace mención para nada a dicha ciudad, ni a restos de poblado, ni edificación y sólo habla de Illescas. Otro dato de no menos importancia. En el libro de las Constituciones del Hospital de la Caridad, de la villa, dice así en su parte histórica: «Illescas fué (aunque villa no grande al presente) Ciudad no pequeña..... su vecindad aunque con certeza no se podrá averiguar, lo qe. mas se comoció fué de dos mil vecinos en tiempos de los señores Reyes de Castilla, era cual otro Aranjuez..... por las muchas arboledas q. la hermosteaban.....» «Que tuvo varios nombres Illescas desde su fundacion, siendo el primero el de Ilarcuris de sus primeros fundadores los griegos Almunides denominando la ciudad de Ilarcuris. Que decaió esta antigua ciudad con la variacion de tiempo (según el Hispalense) cuando fenecieron las Ciudades de la Carpetania por los años cuatrocientos treinta y tres a causa de ambre y peste que padecieron quedando campo desierto.....»

Esta falta total de noticias escritas es, tal vez, un factor

decisivo más en la cuestión, y como ello no es posible que haya escapado a la observación de mi querido amigo el Sr. Fuidio, me hacen confiar en que así lo reconocerá, por más que tengo la esperanza de que, a pesar de así haberlo consignado en su maravilloso trabajo, no sea muy firme su creencia. Siempre nos es grato ampliar con la imaginación aquello que la observación nos sugiere. Pero la fantasía, que siempre es peligrosa para la ciencia, lo es aún mucho más en este terreno tan abonado de la historia. No debe de extrañar la falta de datos de Ilarcuris. El mismo Toledo, con ser el centro principal de la Carpetania, carece de ellos durante el período de la dominación cartaginesa y no son nada completos aún en los primeros tiempos de la romana. No es pues de maliciar que a Ilarcuris la pasara igual.

Alberto de Aguilar.

Correspondiente.



Proyecto de monumento al poeta toledano Garcilaso de la Vega, ejecutado en 1866,
por Eugenio Duque.

Garcilaso de la Vega y su época.

Discurso de ingreso leído por el Académico
Ilmo. Sr. D. Alfredo Martínez Leal. = =

SEÑORES ACADÉMICOS:

RESPETABLE AUDITORIO:

JAMÁS entró en mis cálculos que por derecho propio pudiera subir las gradas de esta mansión señorial y ocupar la tribuna con el carácter de Académico de Número, pues por mis escasos méritos, si tuviera alguno, me consideraba harto pagado con el título de Correspondiente que venía ostentando.

Tengo la evidencia, que únicamente vuestra magnanimidad y el sentido afecto que me dispensáis, habrán sido los argumentos fundamentales que os hayan impelido para otorgarme tan preciada distinción, a cuya inestimable deferencia responde mi eterna gratitud, prometiéndooos hacerme digno del inmerecido puesto de honor que me confiáis en la docta Corporación.

He de significaros, que una nota triste invade mi espíritu en este memorable día, al recordar la irreparable pérdida de nuestro ilustre Director D. Teodoro de San Román y Maldonado (q. s. g. h.). El fué siempre para mí el dilecto maestro por quien sentía intensa veneración y admiraba con acendrado cariño, pues estoy persuadido de que una de sus más grandes alegrías era verse rodeado de sus antiguos discípulos.

Todavía tengo grabadas en mi memoria sus afectuosas frases por mi nombramiento de Académico electo, así como

sus deseos de contestarme al discurso de recepción, donde él pondría de manifiesto el recuerdo de su juventud y mi vida escolar. Mas la realidad se ha impuesto, y aquella venerable figura, maestro de maestros, caballeroso y culto, de recio espíritu, gran patriota y buen cristiano, ha rendido su tributo a la madre tierra. La inexorable Parca cortó el hilo de su existencia, dejando a sus familiares y amigos llenos de dolor y tristeza.

Permitidme, pues, Sres. Académicos, que guarde un minuto de silencio para musitar una fervorosa plegaria, a fin de que el Señor, con su bondad infinita, le conceda a su alma el eterno descanso.

* * *

Terminado este deber de afecto íntimo, como caballero y creyente, quiero dedicar un sentido recuerdo al virtuoso y culto sacerdote Dr. D. Eduardo Estella Zalaya, cuya vacante os habéis dignado otorgarme. Por fortuna, en la presente ocasión no ha sido la implacable muerte quien lo separó de vuestro lado, fué su destino como canónigo de la Catedral de Zaragoza, obteniendo dicho puesto en virtud de oposición.

Su ausencia de esta Academia es muy sentida por las brillantes prendas y eualidades que le distinguen, y también por su vasta y sólida cultura, tanto en su campo profesional como en las distintas actividades de la vida intelectual, habiendo logrado justa admiración y respeto por su intenso culto al estudio.

El Dr. Estella, durante su permanencia en esta ciudad de los Concilios, donde desempeñó también por oposición el merecido cargo de Canónigo Archivero-Bibliotecario de la Catedral Primada, exteriorizó su claro talento y profundos conocimientos históricos, acrecentando su valía como organizador del Archivo y singularmente como investigador concienzudo en esa difícil tarea de desentrañar el pretérito lejano.

Como pruebas palmarias y fehacientes pueden citarse:

su excelente y bien documentado trabajo de carácter bibliográfico, relativo a los valiosos «Manuscritos de Santo Tomás de Aquino» que se guardan en la Biblioteca Capitular y cuya obra fué hecha en ocasión del centenario de este insigne teólogo. También es digno de admirar su elocuente discurso dado a conocer en la apertura de la Universidad Pontificia en el curso 1922-1923, referente a «Datos y documentos acerca de la Primacía toledana».

Mas donde se manifiesta verdaderamente gran cultivador de los estudios históricos descollando como un investigador infatigable, es en su notable libro intitulado «El fundador de la Catedral de Toledo.» En esta admirable obra se hace una completa divulgación de los documentos originales conservados en el espléndido y grandioso Archivo Capitular, sobre el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada. En ella se pondera con riqueza de datos y afortunados juicios críticos a esta egregia figura del episcopologio toledano, reflejando con claridad meridiana y la mayor exactitud posible su extraordinaria y patriótica actuación como Prelado y estadista, poniéndose de relieve con supremo acierto, que entre todas las obras ejecutadas en su arzobispado, la que ha inmortalizado su nombre en los fastos de la historia patria, es la erección de la famosa Catedral Primada. Esta interesante y meritísima monografía del Arzobispo Jiménez de Rada resulta una verdadera obra de consulta.

Indudablemente, el Dr. Estella ha dejado un vacío en esta Corporación muy difícil de llenar, y como la designación que habéis hecho ha recaído en mi modesta persona, entiendo, y así lo hago constar sinceramente, que la silla a la cual me habéis elevado y habré de sentarme, es preciso, señores Académicos, yo os lo suplico, que la coloquéis en el último lugar, desde cuyo sitio podré escuchar ávidamente vuestras sabias enseñanzas y sanos consejos, que me harán aprender y sobrellevar discretamente el cargo.

*
*
*

Y ahora voy a cumplir el precepto reglamentario de este solemne acto. He de hablaros de uno de los más ilustres

hijos de esta inmortal Toledo, que el mundo conoció como el Príncipe de los poetas líricos castellanos, llamado Garcilaso de la Vega. Para ello considero preciso trasladarnos mentalmente a los comienzos de la Edad Moderna, y examinar, aunque de un modo breve, la primera mitad del siglo XVI, por ser la época en que vivió tan eminente vate y heroico soldado.

Mas, antes de hacerlo, os confesaré ingenuamente lo ocurrido con este sencillo trabajo, esperando de vuestra inagotable bondad el ansiado perdón por haber empleado un procedimiento distinto al corriente en tales solemnidades.

Hace algún tiempo estuve enfermo, y cuando ya me consideraba restablecido, traté de iniciar esta labor, mas con profundo asombro y desconsuelo pude observar que de mi pobre intelecto no brotaban ideas completas, ni conceptos armoniosos, ni descripciones claras, y, por lo tanto, mi pluma no obedecía al impulso de una voluntad firme y decisiva.

Ante esa lamentable perspectiva tuve momentos de verdadera indecisión, pero al fin encontré el medio de salvar este compromiso de honor y acudí a la célebre Biblioteca-Museo regida por Minerva, a quien expuse con sinceridad mi angustiada situación, y comprendiendo el alcance del triste relato, me miró compasivamente, y con aire pleno de bondad y protección me indicó que abriese la vitrina 58 de la estantería 8.^a y sacara de ella el maravilloso aparato llamado CLIO, donde hallaría una breve y sumaria exposición de cuanto deseaba.

Este ingenioso aparato era en realidad el famoso *Fotoelectrófono español perfeccionado*, pues llevaba en su mecanismo interior un magnífico compilador, donde estaban colocadas ordenadamente multitud de películas ya impresionadas por este novísimo procedimiento, resultando, como es lógico una interesante enciclopedia, porque se hallaban agrupadas sabiamente por colecciones de tratados de ciencias, artes y letras, estando además distribuidas con admirable método entre los numerosos aparatos CLIO allí existentes.

Autorizado por Minerva para que pusiera en marcha

aquella maravilla del ingenio humano, con sólo oprimir el botón central exterior, así lo hice si bien coloqué antes sobre una mesa el preciado CLIO, sentéme frente a él y oprimiendo el botón indicado comenzó a funcionar.

¡Qué admiración más intensa me produjo la primera película! ¡Qué cadenciosa sonoridad y qué impresión tan excelente! Lleno de arrobamiento escuché dos películas más, y creyendo que eran suficientes para mi cometido las tres audiciones, intenté parar el aparato ¡nunca lo hubiera hecho! pues en lugar de comprimir el botón central, apreté el de la izquierda, oyéndose inmediatamente un ruido extraño.

Minerva, que se encontraba a mi lado, observando el funcionamiento del CLIO, me dijo entonces. —Habéis obrado de un modo inconsciente, por cuyo motivo se ha roto el aparato, y como en el reglamento de este Centro cultural se prohíbe, a la persona que cometa faltas de esta índole, su acceso nuevamente al mismo, os lo manifiesto a fin de que lo tengáis en cuenta para lo sucesivo.

Ante esta advertencia cortés, pero firme en su expresión, quedé anonadado. Me levanté automáticamente. Quise balbucir algunas disculpas, pero no supe excusarme. Traté de significarle mi gratitud, más no pude hacerlo. Y entonces, abatido por mis torpezas, con paso lento, tardo y pesado abandoné para siempre aquel fastuoso salón destinado a Biblioteca-Museo.

Afortunadamente había recogido las cuartillas taquigráficas que escribí mientras funcionaba el aparato CLIO, y como no he podido mejorarlas, a pesar de mis buenos deseos, las transcribiré en forma de películas, tal y como las escuché de aquel mágico y extraordinario *Fotoelectrófono español perfeccionado*.

PRIMERA PELÍCULA

La Edad Moderna.

(Durante la primera mitad del siglo XVI.)

Carácter de Europa.

Los encontramos en los albores de la Edad Moderna y en el período de formación de las monarquías absolutas, como necesidad histórica.

Los pueblos de Europa, desde los últimos años del siglo XV hasta mediados del siglo XVI, estuvieron casi en continua lucha, a causa de sus aspiraciones de conquista o por la ansiada independencia. Las pasiones, los odios y las ambiciones, mantenían en constante zozobra a los grandes y pequeños Estados, dando lugar a la formación de ligas y alianzas. La diplomacia se hallaba siempre más atenta al ardor bélico que a la paz venturosa, pues practicaba constantemente una política de intrigas, repleta de perfidia y soborno, todo menos la lealtad y la honradez. Las alianzas que se concertaban como poderoso equilibrio internacional, quebrábanse de un modo fácil cuando así convenía a la parte más fuerte, y únicamente se cumplían los tratados por el más débil.

Los países Occidentales, entre ellos Inglaterra, Francia y España, cuyos monarcas tenían el dominio absoluto del poder y también poseían cuantiosos recursos, tanto económicos como militares, dirigían cada uno sus principales esfuerzos a la consecución de la supremacía en Europa, y por consiguiente practicaban con denuedo la política que en todo momento beneficiaba a sus dinastías, pudiendo aseve-

rar que la finalidad buscada era siempre la política de expansión y conquista.

A su vez, en la Europa Central, el imperio Austro-Alemán, constituido de pequeñas soberanías, extendía considerablemente por sus guerras el territorio. También los países del Norte y Orientales guerreaban entre ellos para engrandecer sus Estados.

Por otra parte, los turcos, que se habían establecido en el Continente europeo, tan pronto como conquistaron los Balcanes, teniendo en cuenta su poderoso ejército y formidable marina, procuraron extender sus dominios a través de la Europa Central y el Mediterráneo, con preferencia por el Norte de Africa.

Todavía en esta época hallábase Italia dividida en muchos Estados grandes y pequeños, siendo los de mayor importancia el reino de Nápoles, las repúblicas de Venecia, Génova y Florencia, los estados Pontificios y el ducado de Milán. Todos ellos se encontraban en perpetua agitación, porque eran codiciados por los países más poderosos; así es, que fueron el teatro principal de las campañas efectuadas, y se vieron obligados a combatir.

Sin embargo, las naciones que lucharon constantemente fueron España y Francia. Ambos pueblos, mejor dicho, sus monarcas, era rivales y pretendían dominar en Europa. Sus contiendas tuvieron como causas principales la posesión del reino de Nápoles, el Milanésado y la Borgoña.

Estas campañas llegaron a ser largas, oncosadas y costosas. Su primer ciclo realizóse bajo los reinados de los Reyes Católicos en España y de Carlos VIII y Luis XII en Francia. La ejecución del segundo ciclo pertenece en España al reinado del emperador Carlos V, y en Francia al del rey Francisco I. En estas cruentas luchas, tanto los franceses, como los españoles, procuraban aumentar el efectivo de sus ejércitos con ligas y alianzas, especialmente con Estados secundarios. También tomaron parte en esas disputas, Enrique VIII de Inglaterra y el sultán Solimán el *Magnífico*, quienes esperaban obtener siempre las mayores ventajas para sus territorios.

La determinación de dichas acciones bélicas fué un éxito decisivo y de evidente transcendencia para España, que con legítimo orgullo pudo ostentar la supremacía política en Europa. A partir de este instante, el nombre de nuestra amada Patria se pronunciaba en todas partes con respeto, con admiración y hasta con envidia.

Ciertamente, España podía hacer gala de grandeza, lucimiento y boato, pues saboreó el indiscutible triunfo de la victoria, gustó las mieles de la fama y supo imponer dignamente leyes al mundo.

* * *

A pesar del espíritu guerrero que existe en esta época, los pueblos europeos desean instruirse, y con el desarrollo adquirido por la imprenta se multiplican rápidamente las producciones intelectuales, facilitándose con los libros publicados el estudio y la cultura general, encontrando, por tanto, las personas doctas, un medio excelente para darse a conocer y al mismo tiempo trasmitir sus ideas.

El renacimiento se halla en completo apogeo y aunque se extiende con celeridad de Italia a los demás países europeos, en cada uno presenta su fisonomía propia por ser fruto de una evolución nacional. Para aprender el movimiento literario, artístico y científico, es necesario acudir a los autores clásicos griegos y latinos, y con verdadero interés se traducen, estudian, comentan e imitan las obras de Homero, Tito Livio, Horacio, César, Virgilio, Cicerón, Séneca, Ovidio, Aristóteles, Euclides, Arquímedes, etc.... La instrucción general avanza prodigiosamente hasta alcanzar un nivel más elevado.

Con el descubrimiento del Nuevo Mundo y el de la ruta hacia el Continente asiático, por el cabo de Buena Esperanza, aumentan extraordinariamente las vías de comunicaciones, crece el desenvolvimiento de la agricultura, industria y comercio y se despierta con intensidad la afición al estudio de la náutica y de la geografía, así como a las ciencias físicas, naturales, filosóficas e históricas.

En el aspecto militar, se echan los fundamentos para la

organización de los ejércitos permanentes, cambiándose el arte de la guerra tanto en el orden estratégico como en el táctico, empezando a conocerse la acción combinada de las tres distintas armas, infantería, caballería y artillería, para obtener el mayor efecto útil en el objetivo designado.

También el derecho internacional comienza su iniciación comprendiendo las naciones su necesidad lo mismo en paz que en guerra. Igualmente, la ciencia económica apunta sus primeros destellos para lograr una buena administración.

Y por último, en el orden religioso nace y se propaga con todo vigor la Reforma Alemana, apareciendo al poco tiempo la Contrarreforma, es decir, la nueva organización de la Iglesia Católica establecida en el Concilio de Trento.

Examinado, aunque sintóticamente el carácter de Europa en este período, vamos a describir a continuación y también de un modo sucinto el de nuestra dilecta Patria.

Hispanomía de España.

Los Reyes Católicos.

En los comienzos de la mencionada centuria (siglo XVI), gobernaban todavía, aunque ya muy avanzado su reinado, los gloriosos Reyes Católicos D.^a Isabel y D. Fernando, quienes por sus excelsas cualidades hicieron surgir pletórica de esplendor y ávida de fama a la potente nación española, puesto que realizaron la unidad política, religiosa y territorial en el interior y obtuvieron maravillosos resultados en el exterior, abatiendo a los franceses y aumentando nuestros dominios en Italia y Africa. Al propio tiempo descubrieron un Nuevo Mundo, cuya obra parece inspirada por la Providencia, reservando a nuestra querida España el singular privilegio de su alumbramiento.

Estos insignes monarcas robustecieron el poder real sometiendo la nobleza al trono y reformando las costumbres; también lograron reorganizar la hacienda y modificar las leyes; a mayor abundamiento, fomentaron la cultura, el arte

y la riqueza nacional, creando el ejército moderno y permanente, llegando a transformar la marina mercante para que pudiera prestar sus servicios en caso de guerra.

Seguramente, España era, como dice muy bien el distinguido escritor Macías Picavea, «La primera nación de aquella época gloriosa en general cultura, en productos agrícolas, en industrias, en el arte político y militar, en poderío naval y marítimo, en organización civil, en disciplina social y a la vez sociales libertades; grande por sus virtudes, grande por su inteligencia y trabajo, grande por su poder» (1).

Antes de finalizar la segunda década del siglo XVI, se extinguió el reinado de los grandiosos Reyes Católicos (1516), recogiendo la magnífica herencia de la corona de España, su nieto D. Carlos, hijo primogénito de D.^a Juana la *Loca* y del archiduque D. Felipe el *Hermoso*.

La Casa de Austria.

Carlos I de España y V de Alemania.

El reinado de Carlos I de España y V de Alemania, tuvo indiscutible preponderancia en el curso de nuestra historia, llegando a ser tal vez el más espléndido de todos ellos; pues este monarca, por su poderoso intelecto, supo elegir los más hábiles políticos para la gobernación de los Estados y los más grandes capitanes para el mando de los ejércitos. Aunque España sufrió durante este reinado fuertes convulsiones, sin embargo, su política produjo admirables consecuencias y fué de gran duración. Contuvo en lo posible el avance de la doctrina protestante en Alemania; humilló a los franceses en sus pretensiones sobre Italia; limitó el poderío de los turcos y aumentó los dominios en América y Oceanía, llegando a dictar leyes al mundo sin que el sol se ocultara jamás en los extensos territorios. Si muchos fueron sus desaciertos por su espíritu ambicioso, tuvo también una

(1) El «Problema Nacional».

compensación moral, pues intensificó el cristianismo en aquellos lejanos confines de la tierra donde hoy existen veinte naciones que con orgullo y gentileza proclaman su esclarecida estirpe y cantan las glorias de la raza en el sonoro idioma cervantino.

El emperador, con su preclaro talento, continuó en cuanto pudo la política económica y las costumbres sociales establecidas por los Reyes Católicos, procurando mantener el prestigio del ejército y de la marina.

Sobre la cultura puede decirse que las letras españolas llegaron a irradiar sus primeros y mágicos destellos, con tan prodigioso resplandor, que Europa quedó asombrada al ver la aurora brillante y majestuosa del Siglo de Oro. También la armoniosa lengua de Castilla alcanzó notable difusión, sobresaliendo de los otros romances patrios y dando lugar a que se iniciase la poesía catellana. Respecto al arte, comenzó a florecer en sus múltiples manifestaciones, afluyendo a España selecta pléyade de eximios artistas extranjeros, los cuales admiraban a nuestra Patria por su extraordinario y fecundo progreso.

En este período de tanta grandeza y ostentación, que las armas, las ciencias, las artes y las letras, ocuparon lugar preferente en el mundo, es donde pasó su existencia el genial poeta y heroico soldado Garcilaso de la Vega.

Descrito, pues, aunque de un modo breve el tiempo en que vivió el famoso toledano, recordemos una vez más su honorable figura colocándola en el cuadro cuyo marco acabamos de bosquejar a fin de obtener una idea aproximada de cuanto significó su nombre en aquella grandiosa época y lo que representa actualmente transcurridas cuatro centurias desde que pasó a mejor vida.

SEGUNDA PELÍCULA

Garcilaso de la Vega y Guzmán.

Es muy cierto, Sres. Académicos, que la historia española, en el período del Renacimiento, fué pródiga en presentar grandes figuras humanas que llegaron a la cumbre de la gloria, y entre los genios que hicieron su aparición en este mundo, encontramos al Príncipe de los poetas líricos castellanos, Garcilaso de la Vega y Guzmán.

No es mi intención hacer un juicio crítico de este gentil poeta-soldado, porque péñolas mejor cortadas han laborado ya largo y tendido en estos delicados menesteres, y nada podría manifestar ni descubrir mi pobre inteligencia sobre este sublime vate del Parnaso español, que sigue ostentando el glorioso título que tan justa y merecidamente le fué otorgado por los más insignes escritores de todos los tiempos. Así es, que mi disertación se limitará a rememorar con deleite al ínclito toledano, rindiéndole además un sentido homenaje de intensa admiración por considerarle el más excelso vate que atravesó el quimérico pensil de nuestra poesía y el más arrogante capitán que desafió a la muerte en el asalto de una muralla enemiga.

Este ilustre poeta, de noble y claro linaje, nació en Toledo en 1503. Era hijo segundo de D. García, Comendador mayor de León, de la Orden de Santiago, que desempeñó elevados cargos al servicio de los Reyes Católicos, y de doña Sancha de Guzmán, señora de Batres.

Quedó huérfano de padre a los nueve años, mas recibió educación esmeradísima conforme a su rango, y tal vez tuviera por maestro al célebre humanista Pedro Mártir de Anglería, como lo fué de su hermano mayor D. Pedro Laso.

Dada su precoz inteligencia, estudió con asombrosa facilidad y gran aprovechamiento las buenas letras, las artes liberales y las lenguas griega, latina, italiana y francesa, que más tarde llegó a dominar con rara perfección.

Cuando cumplió diecisiete años entró a formar parte de la casa del Emperador Carlos V, y en esta opulenta Corte puso de manifiesto nuestro poeta las elevadas cualidades de que se hallaba dotado moral y materialmente. Sus biógrafos convienen todos que «era un gallardo mancebo, de estatura más bien aventajada que mediana, de justa proporción en sus miembros, teniendo aspecto simpático y varonil, frente ancha y despejada, ojos grandes y de dulce atracción, así como aire noble y distinguido».

Su cerebro privilegiado le hizo conquistar de igual manera la inspiración de las Musas en el monte Helicón, que los laureles en el campo de Marte; también su corazón ardiente y bravo en las batallas, era tierno y amoroso en los madrigales; su mano fuerte y segura que blandía la espada toledana, era sensible y delicada al tañer la vihuela o el arpa, debiendo significar que con la misma gentileza ceñíase el jubón de seda en las fiestas, que se aseguraba el pesado arnés de combate. Indudablemente, era un cumplido caballero en paz y en guerra; un discreto cortesano por su exquisito miramiento en las acciones; un buen patriota porque enaltecía las letras y las armas españolas, y un paladín esforzado de la realeza por su ferviente e inconcusa adhesión. Como era muy amante de los ejercicios físicos, resultaba consumado jinete, formidable esgrimidor, excelente gimnasta y gran cazador.

Es innegable, que fué honrado del Emperador por su singular talento y respetuosa cortesía; favorecido de las damas, por su galante seducción y elocuencia insuperable; estimado de sus amigos, por su trato cariñoso y cortés sin afectación alguna, sabiendo captarse de los magnates y altos personajes su benevolencia, amistad y protección, sirviéndole para alcanzar otras preciadas relaciones, a la vez que para estrechar el nexo entre sus parientes, que eran de elevada alcurnia, como la familia de los Toledo.

Desde los primeros pasos de su juventud en la suntuosa Corte de Carlos V, la fortuna le deparó amigos íntimos, entre otros, el afamado poeta Juan Boscán, que por su raro talento y especiales condiciones, llegó a ser ayo del futuro gran Duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo. Esta amistad le fué muy valiosa, pues ambos amaban con delirante entusiasmo la literatura y estudiaban juntos las mejores obras latinas, griegas e italianas. A esta fraternal amistad supo unir también la del Marqués de Lombay, D. Francisco de Borja, pues tenían afinidad de caracteres e igual propensión a los estudios científicos e históricos, incluyendo los ejercicios, sin olvidar su idéntica afición a la música, donde encontraban el sumo placer, sobre todo, cuando Garcilaso, con portentosa maestría, desgranaba del arpa o de la vihuela, las melodiosas notas de un bello motivo, cantando además con depurado gusto algunas de sus rimas.

Garcilaso de la Vega: soldado.

No puede dudarse que Garcilaso, al mismo tiempo que alimentaba su espíritu con el estudio, se formaba militarmente, pues muy pronto y en plena adolescencia tuvo que medir sus armas y hasta derramar su sangre en el campo de batalla, con motivo de la sublevación de las Comunidades.

Es notorio que, cuando el Monarca D. Carlos, vino a España en 1517, para tomar posesión del trono, llegó rodeado de numeroso séquito de flamencos, de condición ambiciosa y dispuestos a gozar de los mayores beneficios, haciendo caso omiso de las instituciones nacionales, cuyo proceder causó dolorosa impresión en los españoles. Este profundo sentimiento se exteriorizó en las primeras Cortes celebradas en Valladolid, pues protestaron de cuanto sucedía muchos procuradores e impetraron del Rey pusiera remedio a tales desafueros, suplicándole también que se dignara perfeccionar el idioma castellano para comunicarse directamente con el pueblo y pudiera comprender sus justos anhelos.

En estos graves acontecimientos, tomó parte activa don Pedro Laso, quien representaba a la ciudad de Toledo, lle-

gando a ser presidente de la famosa Junta Santa celebrada en Avila. Contrario a este modo de pensar era Garcilaso, que permanecía fiel a la causa del Emperador a quien pagaba con gratitud el afecto y la omnimoda protección que éste le dispensaba en todo momento. Como es consiguiente, entre ambos hermanos hubo grandes diferencias, y viendo Garcilaso el peligro inminente en que se hallaba D. Pedro, es muy posible que a su requerimiento el Soberano ordenase su destierro a la fortaleza de Gibraltar, de la cual era alcaide desde el fallecimiento de su padre, en la seguridad que a esta providencia logró salvarse del fatal desenlace que tuvieron los otros caudillos comuneros.

A la muerte del Monarca Maximiliano I, abuelo paterno de D. Carlos, fué elegido éste Emperador de Alemania, cuyo nombramiento colmó sus aspiraciones; mas el sufrido pueblo español sintió honda pesadumbre, pues comprendió que se ausentaría por tal circunstancia y tendrían que sufragarle los gastos consiguientes a su nueva coronación. En efecto, Carlos V decidió emprender el viaje a Alemania, y para llevarlo a cabo convocó Cortes en Santiago de Galicia, pidiendo un subsidio de 400.000 ducados, que con grandes protestas le negaron los representantes de las ciudades. Ante esta rotunda negativa, ordenó el Rey fueran trasladadas para su continuación a La Coruña, donde se le otorgó este auxilio extraordinario.

Antes de embarcar, el Emperador quiso dar una prueba de su real aprecio a Garcilaso, que siempre le acompañaba, y en 26 de abril de 1520, le nombró *Contino* de su casa con ración y quitación en cada año de 45.000 maravedises.

Tan pronto como D. Carlos salió de España, abandonó La Coruña el ilustre Garcilaso, regresando a Castilla, donde estuvo combatiendo ardientemente contra los comuneros, pues las ciudades castellanas se habían sublevado. En estas luchas peleó siempre como un esforzado caballero y fiel vasallo del Emperador, recibiendo el bautismo de sangre en Olías, donde fué herido. Por su conducta ejemplar y bravura significada, recibió plácemes y fué propuesto para mercedes, como lo testimonia el certificado que en 12 de mayo

de 1522 expidió a su favor D. Juan de Rivera, Capitán General de Toledo, en el que se hace constar que Garcilaso, durante la ausencia del Monarca en Flandes, «ha servido muy bien y muy continuamente hasta el día de hoy, y en todas las cosas pasadas se ha hallado y ha peleado, y lo ha fecho como muy buen caballero y servidor de sus Magestades, y en la de Olias salió herido de una herida en el rostro, y en todo lo pasado y presente lo ha fecho tan bien y con tanta voluntad y trabajo de su persona, que demás de se le librar y pagar sus quitaciones tiene muy bien merecido y servido que sus Magestades le hagan mercedes».

El desastre final de las Comunidades en Villalar puso en condiciones al partido del Emperador para oponerse a la invasión de los franceses que pretendían, mientras estaba ausente Carlos V, apoderarse de Navarra con el pretexto de restituir a Enrique de Albrit en el trono. Es evidente que el ejército enemigo, al mando de Andrés de Foix, invadió España, haciéndose dueño de Navarra, y queriendo conquistar también a Castilla, llegó hasta Logroño, donde se detuvo su marcha triunfal por la resistencia heroica de la plaza. A partir de esta situación, los bravos castellanos, olvidando sus contiendas y dando pruebas de patriotismo y lealtad al Monarca, se unieron a las tropas reales y combatieron con valor y gallardía, derrotando completamente a los franceses que tuvieron que repasar los Pirineos.

Con motivo de esta guerra, Garcilaso estuvo en Burgos, Valladolid, Logroño, Pamplona y Fuenterrabía, donde pudo distinguirse, pues se batió con heroísmo, consolidando su fama de valiente paladín, cuyos excelentes servicios tuvo muy en cuenta el Emperador, toda vez que, a su regreso a España, le nombró Gentil-hombre de la casa de Flandes, cesando en el cargo de Contino de la de Castilla, y concediéndole una renta anual de 60.000 maravedises.

Además de tan honrosa distinción, el Rey le hizo merced del hábito de Santiago, según cédula expedida en la ciudad de Burgos el 16 de septiembre de 1525. Y en el Monasterio de San Agustín, en Pamplona, el Marqués de Villafranca, le armó caballero, brindándole su amistad y protección, de

cuyo generoso ofrecimiento recibió grandes beneficios, singularmente cuando el citado Marqués fué nombrado Virrey de Nápoles, y el inspirado poeta-soldado estuvo directamente a sus órdenes.

A los veintitrés años de edad, Garcilaso que tantas veces, salió victorioso de los combates, tuvo que rendir caballerosamente sus armas al amor, que cauteloso se había apoderado de su alma. Una noble y bella joven supo inspirarle la emoción más sublime de la vida y sin duda alguna debieron ser tan deliciosos sus coloquios, que sus corazones latiendo al unísono llegaron a construir un hogar feliz y encantador. Garcilaso de la Vega, en el año 1526, contrajo matrimonio con D.^a Elena de Zúñiga, dama de la hermana de Carlos V D.^a Leonor de Austria, Reina viuda de Portugal y futura Reina de los franceses.

No duraron mucho tiempo las delicias en el nido del amor, pues Garcilaso, por las exigencias que le imponía su importante cargo en la Corte, vióse obligado a seguir las vicisitudes del Emperador, que se hallaba sometido a una actividad constante, teniendo en cuenta la lejanía de sus vastos territorios y las envidias de sus enemigos por el predominio alcanzado en Europa.

Deseando el Monarca recibir la corona imperial de manos del Pontífice, le acompañó en esta excursión Garcilaso. Partieron de Barcelona para Italia, y en Bolonia el 24 de febrero de 1530, Carlos V, cuando cumplía treinta años de edad, fué coronado por el Papa Clemente VII. Las fiestas que se organizaron fueron espléndidas, suntuosas, dignas de la grandeza del Emperador más poderoso de la cristiandad. Tan fastuosas y brillantes, que los cronistas y escritores las ponderan en tal forma que parece no se habían celebrado jamás otras con igual majestad y pompa. En cuanto al lujo y ostentación, fueron los españoles quienes se distinguieron de todos los demás, como así lo acredita el Obispo Sandoval en su relato de la *Historia del reinado de Carlos V*, cuando dice: «..... bien de mañana acudieron al palacio del Papa y Emperador todos los Cardenales y los otros Prelados con el mayor y mejor acompañamiento que pudieron y asimismo

todos los Príncipes y caballeros seculares de todas naciones, los más ricamente vestidos de brocados de oro y plata y telas finas y recamados de oro y piedras y perlas, que jamás se vió riqueza semejante, galanas y costosas las libreas a sus criados y servidores, en lo cual, a juicio de todos, los caballeros españoles se señalaron y aventajaron más.» Como en dichas fiestas hubo magníficos torneos, acudió solícito Garcilaso, con su gesto de hidalguía, mostrando cuánto era su valer y destreza en las justas.

Terminada la coronación, Carlos V marchó a Alemania para detener el impetuoso avance de los turcos, que habían penetrado en Austria, sitiando a Viena; mas Solimán el *Magnífico* tuvo que abandonar este propósito porque sus tropas fueron derrotadas. No obstante esta victoria, don Carlos continuó en aquel país a fin de impedir, en lo posible, los rápidos progresos que alcanzaban las continuas predicaciones de la doctrina luterana, la que causaba hondas perturbaciones, puesto que esta secta religiosa tomaba carácter político, sumándose a ella los Príncipes alemanes, quienes pretendían sacudir el poder del Emperador.

Mientras tanto, Garcilaso permaneció en Italia para prestar sus servicios en la reconquista de la soberanía de Florencia, pues así lo dispuso el Emperador, a fin de restituir en el gobierno a los Médicis, según acuerdo establecido con el Pontífice. Mas a estas pretensiones se opusieron los Florentinos y lucharon desesperadamente, siendo inútil su empeño, porque las tropas imperiales fueron arrebatándoles las ciudades hasta llegar al cerco de Florencia, y allí pelearon con heroísmo ambos contendientes, pero al cabo rindióse la plaza. Carlos V tuvo conocimiento del resultado de esta campaña en Augusta, donde se encontraba, sabiendo al mismo tiempo la infausta nueva de la muerte de Juan de Urbina, uno de los más bravos capitanes del ejército español.

Tan sobresalientes fueron los méritos contraídos por Garcilaso en esta jornada de Italia, que en remuneración a ellos, por real cédula de 17 de abril de 1530, se le otorgó «en lugar de los gajes que tenía por Gentil-hombre, 80.000 maravedises anuales de por vida, librándosele de tres en

tres años, con la ventaja de disfrutar esta pensión pudiendo estar en su casa sin obligación de servir ni residir en la Corte.» Como es consiguiente, al término de esta campaña, Garcilaso regresó a su hogar.

A pesar de hallarse disfrutando de un merecido descanso en la mansión toledana, estuvo por muy limitado tiempo pues en la Corte su nombre era inolvidable y se comentaba con entusiasmo el heroico comportamiento y hazañas que realizó en la guerra contra los florentinos y también los legítimos triunfos que obtenía como poeta, siendo leídas con agrado sus bellas composiciones. Si a este honroso concepto que de Garcilaso habíase formado, se añade que las damas le consideraban como el más gentil caballero de la Corte, no es aventurado suponer que al reunir tan excelentes cualidades, la Emperatriz Isabel influyera cerca de su marido Carlos V a fin de que fuese designado para una embajada en Francia.

Con motivo del casamiento del Rey Francisco I con doña Leonor de Austria, esta reina escribió a su cuñada la Emperatriz Isabel diciendo lo dichosa que era en su nuevo matrimonio y lo bien recibida que había sido por los franceses. La grata expresión de estos sentimientos hizo concebir a la Emperatriz la esperanza de que pudiera ser causa para mantener sinceras relaciones y sustentar una paz duradera; así es, que se lo comunicó en carta a su esposo, haciéndole ver la conveniencia de nombrar un embajador extraordinario con la finalidad de cumplimentarla, indicándole para este importante cargo a Garcilaso, cuyo nombre aceptó Carlos V sin objeción alguna.

El ilustre Fernández Navarrete describe de una manera admirable este cometido, diciendo: «La elección no podía ser más acertada y manifiesta el singular tino que la imaginación femenil suele tener para este género de asuntos. No sólo debía causar placer a la Reina Leonor la visita de un antiguo amigo casado con una de las damas que le habían servido antes de su matrimonio, sino que éste, en una Corte tan galante y caballerosa y con un Rey que obtuvo el título de Padre de las letras, favoreciendo a los poetas de Italia y animando a los que despuntaban en Francia, tenía que captarse

el respeto y admiración como el más gallardo mancebo y elegante poeta de España dando a los franceses una idea muy ventajosa de la cultura española y de la Corte del Emperador y preparando los ánimos a la benevolencia para asegurar el efecto del viaje. Llevaba además prevención secreta de averiguar, por medio de los Embajadores lo que en París se pensaba y de examinar lo que se hacía en las fronteras, aunque por entonces no había bullicio ni apariencias de guerra.»

En la Corte de Francisco I pudo Garcilaso ofrecer sus respetos a la hermana del Rey, la Princesa Margarita, espléndida protectora de las letras; también conoció a muchos sabios y consejeros del soberano y a los grandes poetas Saluste y Marot, visitando la imprenta del célebre griego Juan Lascaris, que era un gran coleccionador de interesantes manuscritos.

Por los gastos que tuvo que hacer en esta comisión recibió Garcilaso 500 ducados oro.

Al terminar la embajada nuestro poeta-soldado, marchó a Italia en virtud del llamamiento que el Marqués del Vasto, Capitán general de las tropas españolas en aquel país, hizo a cuantos hubiesen estado en la campaña de Florencia para que nuevamente tomasen las armas y se aprestasen a la lucha. Después de permanecer algún tiempo a las órdenes del citado Marqués, pensó volver al solar patrio, pues se hallaba fatigado de una guerra tan cruenta y destructora y además sentía la nostalgia del hogar y el deseo acuciador de entregarse a sus aficiones de la poesía. Para el logro de estos pensamientos, pidió se le destinase a un regimiento de Toledo, pero le fué denegada la petición porque el Emperador lo consideraba, sin duda, más necesario frente al enemigo por su ejemplo de caballeridad y aptitud para el mando que en el desempeño de un cargo, por muy importante que fuera, en una guarnición de Castilla. Al terminar la guerra regresó a España; mas no fué para atender al descanso de las fatigas pasadas, sino con el fin de prepararse otra vez a realizar un nuevo viaje a Alemania, en compañía del joven Duque de Alba, D. Fernando, su amigo y pariente.

Esta determinación estaba justificada, puesto que hallándose Carlos V en Ratisbona, donde se celebraba la Dieta entendiéndose en el grave conflicto planteado por la secta protestante, llegó a su conocimiento que el sultán de Turquía, Solimán, enviaba un poderoso ejército para atacar nuevamente a Viena, y como los Reyes de Inglaterra y Francia, por envidias y celos del glorioso encumbramiento del Emperador, no sólo dejaron de prestarle su apoyo, sino que favorecían en lo posible a los turcos, para que pudieran abatirle más fácilmente y cesara su hegemonía en Europa, dió lugar a que D. Carlos comprendiera su apurada situación e invocase con apremio a la nobleza española para que acudiera en socorro de aquella hermosa ciudad imperial y pudiera contenerse el ímpetu arrollador del formidable ejército turco.

Esta fué la causa de que Garcilaso se pusiera en camino y acompañase al Duque de Alba, que hacía poco tiempo había contraído nupcias con la noble dama D.^a María Enriquez, lo cual da una idea sublime del espíritu que animaba a los caballeros del siglo XVI.

Cuando llegaron a Tolosa ocurrió un lamentable contratiempo, pues fué detenido Garcilaso por el Corregidor de Guipúzcoa, de orden de la Emperatriz, con motivo de haber intervenido como testigo en el casamiento de un sobrino suyo, llamado como él, hijo de su hermano mayor D. Pedro Laso, con D.^a Isabel de la Cueva, sobrina del Duque de Alburquerque y heredera de cuantiosos bienes.

A esta boda se oponían sus Majestades, y para el cumplimiento de la soberana voluntad, el Emperador desde Flandes expidió cédulas reales con objeto de que tuvieran conocimiento los interesados y se impidiera tal enlace, pero cuando llegaron a España estos despachos, ya se había celebrado el desposorio en Avila (1531). Por esta intervención de Garcilaso, la Emperatriz le condenaba al destierro del reino y prohibición de entrar en la Corte del Emperador sin su licencia.

Mientras se tramitaba esta información por el juez, el Duque de Alba permaneció impassible; mas cuando se enteró

de la sanción impuesta, dió una prueba de íntimo afecto y de recio temple de espíritu, difícil de superar en aquella época que era de rígida disciplina y ciega obediencia al mandato de los Reyes absolutos, pues elevó un respetuoso, pero enérgico escrito, a la Emperatriz, suplicándole pusiera a Garcilaso en libertad, porque de no hacerlo, él no acudiría al llamamiento que le había hecho el Soberano.

La Emperatriz dió cuenta detallada de este asunto a su esposo D. Carlos, en carta que le escribió desde Medina del Campo, fechada en 19 de febrero de 1532, y al mismo tiempo le decía: *escribióme el Duque (de Alba), que porque no pasaría adelante sin Garcilaso le mandase dar libertad.*

Es indudable, que la Emperatriz accedió a esta petición, pues ambos continuaron juntos el viaje hasta que se presentaron en la Corte del Emperador. El Duque de Alba fué recibido por Carlos V con agrado y le informó del curso de la guerra, y a Garcilaso le notificó su destierro a la isla de Schut, la cual está formada por el río Danubio que se divide en dos brazos, que empiezan más abajo de la ciudad de Presburgo y terminan en la de Komorn. En esta isla de vegetación exhuberante y en plena primavera pasó su destierro Garcilaso, y si bien la espada toledana estuvo ociosa, la áurea pluma supo escribir con presteza y galanura los armónicos versos de su *Canción tercera*, celebrando con peregrino ingenio las bellezas de esta encantadora isla danubiana.

Mientras tanto, el Soberano con el respetable y temido ejército que llegó a formar compuesto de españoles, italianos y alemanes, obligó a retroceder hasta Constantinopla a las tropas turcas, alejando el temor que sentía la cristiandad con semejante guerra. En esta memorable campaña dibujó vigorosamente la silueta de caudillo el Duque de Alba, pues causó gran admiración en todos su heroico valor y excepcional disposición para el mando.

Apenas si llevaría tres meses en el destierro Garcilaso, cuando ya el Duque quiso impetrar del Monarca el ansiado perdón. En 25 de junio de 1532, cumplimentó al Soberano en una aldea próxima a Ratisbona, donde se hallaba tomando

baños, y entre otras consultas, peticiones y súplicas, le presentó la que a continuación se detalla: «En lo de Garcilaso parece que pues confiesa la culpa que tovo, y pide a V. M. perdón della, que V. M. le podrá enviar por el tiempo que fuese servido a un convento, o a alguna de las fronteras de Africa, o en el armada que se hace, o a Nápoles para la defensión del reino, o mandarle servir a V. M. en esta jornada, guardando la carcelería que tiene, hasta que V. M. salga para ir al campo.—Suplícalo el Duque de Alba con tanta instancia cuanta V. M. sabe.»

El Emperador, teniendo en cuenta el prestigioso nombre del peticionario y el cariño que le profesaba, leyó detenidamente este memorial, resolviendo conforme al ruego que se le hacía y ordenando al Secretario Cobos que al margen del documento presentado escribiese lo siguiente: «*Que vaya a Nápoles a servir allí por el tiempo que fuere la voluntad de su Majestad, o al convento que más él quisiere.*»

Habiendo Carlos V designado por entonces Virrey de Nápoles al Marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo, tío del Duque de Alba, nuestro poeta-soldado no podía vacilar en la elección de su destino y se acogió a la paternal protección del Virrey, partiendo con él desde Alemania para Nápoles, a donde llegaron el 4 de septiembre de 1532.

Durante este viaje visitaron Roma, siendo recibidos por el Pontífice y Cardenales con toda suntuosidad y grandeza. En la ciudad eterna, siempre misteriosa y opulenta, pudo extasiarse Garcilaso en la contemplación de las venerables ruinas de la antigüedad y las bellísimas obras artísticas del Renacimiento, encontrando grandiosa magnificencia en los maravillosos trabajos realizados por Miguel Angel y Rafael Sanzio.

Mientras estuvo en Nápoles vivió los años más dichosos de su vida; pues gozó del encanto seductor de esta ciudad de espléndido cielo, radiante sol y templado clima. Con la omnímoda protección del Virrey, del que era confidente, llegó a disfrutar con toda plenitud de los placeres de una fastuosa Corte en la que se prodigaban las fiestas, torneos y reuniones de la más elevada sociedad, pletórica de bellas y

elegantes damas, haciendo de esta gran población un vergel frondoso para el amor.

Las distinguidas cualidades de Garcilaso, fueron también motivo para que lograrse rápidamente conocimientos y relaciones muy estimadas y tuviera amigos que le querían con toda sinceridad y le admiraban por su esclarecido ingenio, pudiendo citar, entre ellos, a Julio César Caraciolo, Fabio Belprato, Mario Galeota y Marqués del Vasto, a quienes dedicó varios sonetos. Entre las damas de la nobleza, puede contarse especialmente a D.^a María de Cardona, Marquesa de la Pádula, inspirada poetisa, en la que resplandecía, más que la hermosura, su inteligencia, simpatía y donaire, por cuyas excelsas dotes le consagró otro soneto.

Es innegable, que a su alma llegaba con intensidad el delicioso y sugestivo influjo del ambiente que le rodeaba, y como era de espíritu selecto y juicio singular, sirvióle quizá esta hermosa percepción de poderoso acicate a su claro talento para concebir sus preciadas obras literarias, siendo muy cierto que en la residencia napolitana, próximo al sepulcro del exquisito Virgilio, y deleitándose a menudo en la lectura de los famosos libros de Horacio, Dante y el Petrarca, escribió sus mejores composiciones, que le proporcionaron indiscutible éxito en aquella época y la fama imperecedera que le aureola actualmente.

De los amoríos y galanteos de Garcilaso tuvieron conocimiento algunos de sus amigos, sobre todo Juan Boscán, pues en sus bellos sonetos y canciones expresaba dulces enamoramientos, tristes desengaños y hasta la amargura por la pérdida de la mujer amada.

La generosidad de este vate toledano fué magnánima, porque llegó, no sólo a emplear los elegantes y suaves acordes de la lira en sus poemas amorosos, sino que puso a merced de los amigos la inspiración que poseía, como lo testimonia la brillante canción horaciana titulada: *A la Flor de Gnido*, que galantemente escribió para que la dama doña Catalina San Severino, depusiera su aptitud esquiva y correspondiese al amor que Mario Galeota le profesaba.

También cultivó la amistad de distinguidos poetas, entre

otros, Bernardo Tasso y Luis Tansillo, cuyo trato era muy agradable al Virrey, que protegía a tan excelentes vates, debiendo significar que este noble prócer alentaba con patriotismo a Garcilaso para que procurase con su privilegiada inteligencia elevar la literatura española al rango que le pertenecía y pudiera tomar carácter propio dejando de ser tributaria de la italiana.

A los halagos y favores recibidos del Marqués de Villafranca, correspondió en la medida de sus fuerzas, dedicándole la *Egloga primera*, que escribió a la muerte de la bellísima y noble dama portuguesa D.^a Isabel de Freyre, esposa de D. Antonio de Fonseca, y que según parece fué su Musa predilecta. Además, puso de relieve la gratitud que sentía por la familia de los Toledo en la *Egloga segunda*, donde describe y enaltece a la casa de Alba, de la cual formaba parte su protector.

Garcilaso no se hallaba en Nápoles exclusivamente dedicado a la vida placentera de la Corte, sino que tomaba parte activa en los asuntos políticos por ser muy versado en ellos, resultando un auxiliar inteligente, discreto y eficaz del Virrey, que estimaba en mucho sus valiosos servicios, empleándole siempre en los negocios más arduos de gobierno, como lo acredita el siguiente hecho. Cuando el Emperador creyó asegurada la paz por la retirada que de Hungría hizo Solimán, decidió regresar a España, pasando por Italia y embarcándose en la flota del almirante Andrea Doria, arribó a Barcelona en el mes de abril de 1533. A esta ciudad llegó en 26 del mismo mes Garcilaso, siendo portador de varias cartas del Marqués de Villafranca para su Majestad, dándole cuenta de los graves sucesos que ocurrían en su virreinato.

Terminada satisfactoriamente esta misión, pudo Garcilaso abrazar a su íntimo amigo Juan Boscán y cumplimentar a su esposa D.^a Ana Girón de Rebolledo, distinguida dama de noble familia valenciana. Con gran alegría se enteró que era un matrimonio feliz y que Boscán se había establecido ya de un modo definitivo en Barcelona, dedicándose a sus trabajos literarios. Por esta razón, tan pronto volvió a Italia le mandó un ejemplar del famoso libro *El Cortesano*, del Conde

Baltasar de Castiglione. Leído que fué por Boscán, y pareciéndole muy interesante, lo tradujo al castellano, escribiendo Garcilaso un delicado proemio en esmerada y elegante prosa, que es una maravilla de dicción.

Nuestro poeta, antes de su retorno a Nápoles, vino de la ciudad condal a Toledo, descansando unos días en su hogar al lado de su esposa D.^a Elena y de sus hijos Garcilaso, Pedro y D.^a Sancha, a quienes amaba tiernamente.

Toma de Túnez.

El acto de presencia que en la primavera de 1534 hicieron en las costas de Italia las galeras del pirata Barbarroja, que había sido nombrado Almirante del Sultán de Turquía Solimán, causó asombro en Europa y puso en guardia a Carlos V, que procuraba mantener el poderío naval en el Mediterráneo. Las audacias del mencionado corsario fueron inauditas, pues incendió bajeles, cometió saqueos horribles en muchas ciudades y se llevó numerosos cautivos. Gaeta, Citrario, San Lúcido, Prócida, Spelunca y Fundi, sufrieron cruelmente los estragos del desembarque turco. También Roma temió su furor, porque sabía la derrota en Cerdelo del Almirante Doria. Y Nápoles, a su vez, pasó días muy amargos, considerando las escasas fuerzas que tenía para la defensa, siendo superiores las del enemigo, y es probable que de haber sido atacada hubiera conocido su derrota.

Ante esta situación angustiosa y llena de peligros, el virrey comprendió la necesidad de poner en antecedentes a Carlos V y de nuevo envió como emisario a Garcilaso que llegó a Barcelona en el mes de septiembre de 1534 y cumplió fielmente su difícil cometido. Una de las cartas que el Marqués de Villafranca escribía al emperador, era recomendando a nuestro poeta para la castellanía de Rijoles que había quedado vacante por fallecimiento del que la ocupaba y cuya misiva decía lo siguiente: «La persona que se me ofresce acá en quien me parece estaria bien empleada es Garcilaso, que es quien V. M. sabe, y aunque ha dado algunos enojos a V. M., en el tiempo que era razón servir con su persona y

lo poco que tenía lo hizo como caballero y como era obligación al servicio de V. M.—Dicho Garcilaso es persona para servir en todo lo que se le encomendare, y con hacerle V. M. esta merced yo haré que traya a su mujer y se arraigue acá, porque sin falta él sabrá servir también como todos cuantos acá están y teniendo Garcilaso dicho castillo, pues vuestra Majestad ama tanto aquella cibdad, será mucha parte para que esté en toda fortificación y buena orden, porque no hará lo que otros castellanos han hecho.—Esto suplicamos a V. M. dicho Garcilaso y yo tan humildemente y con tanta instancia cuanto podría encarecer que lo estimaré por tan propia merced, como lo es haciendo merced de ella V. M.»

A pesar de las razones expuestas por el Marqués de Villafraña y del sumo interés demostrado porque a Garcilaso se le concediera ese puesto de confianza, el Emperador se negó en absoluto a favorecerle, aun conociendo sus buenas cualidades y los magníficos servicios que venía prestando.

No solamente dió el Monarca su negativa en esta ocasión, sino que también lo hizo más tarde a otra carta escrita en 20 de enero de 1535 por el Virrey en favor de nuestro poeta-soldado, en la cual suplicaba a su Majestad que mientras Garcilaso estuviera en Italia, suspendiera el pleito que tenía en España con la Mesta, que no le pagaba el servicio y montazgo de la ciudad de Badajoz, que era suyo por haberlo heredado de su padre.

Aun cuando el Emperador sostenía esta actitud, jamás se lamentó de ella el poeta, pues como buen caballero, dábase cuenta de su situación y disculpaba el enojo del Monarca, si bien pensaba que transcurrido algún tiempo volvería a su favor porque él estaba dispuesto a excederse en el cumplimiento de sus deberes, siendo capaz de derramar una vez más su sangre por la Patria y por el Rey.

Algunos meses después de su regreso a Nápoles, donde se hallaba haciendo la vida ordinaria que le imponía su cargo honorífico cerca del Virrey, llegó la noticia de que la escuadra de Barbarroja se había apoderado del reino de Túnez, cuyo suceso produjo enorme pánico en la cristiandad. Carlos V comprendió inmediatamente que esta privilegiada

posición de la armada turca constituía una grave amenaza para los territorios españoles y creyó llegado el momento de atacar a este temible enemigo y destruirlo.

Para realizar semejante empresa, reunió una poderosa escuadra compuesta de flotas italianas, españolas y alemanas que llevaban a los mejores capitanes y aguerridos soldados del ejército. En Barcelona embarcó el Emperador y dió el mando de las flotas a los almirantes Doria y Alvaro de Bazán. De esta memorable y victoriosa expedición formaba parte Garcilaso, pues el monarca accedió gustoso a su requerimiento de asistir a la campaña.

En el mes de junio de 1535, la formidable armada imperial abordó a las costas tunecinas. Muchas y verdaderas pruebas de gran valor, entereza y sufrimientos tuvieron que mostrar las fuerzas cristianas en sus continuos y encarnizados combates con los musulmanes. Mas asaltada la fortaleza de la Goleta y completamente derrotadas las tropas que al mando de Barbarroja defendían la entrada de la ciudad, ésta fué tomada inmediatamente por las armas imperiales, y antes de tres meses quedó conquistado el reino de Túnez. Carlos V restableció en el trono a su Rey Muley Hassen, vasallo de España, y devolvió la libertad a muchos cristianos.

En esta breve pero brillante campaña, que produjo admiración a Europa, fué donde Garcilaso peleó con denuedo, dando a conocer el empuje de sus armas en las sangrientas escaramuzas y reencuentros que tuvo con el feroz enemigo, hasta que hallándose combatiendo próximo a Túnez, contra una multitud de moros, fué herido de dos lanzadas, una en la boca y otra en la mano derecha, siendo socorrido prontamente por el caballero napolitano Federico Carraffa, con su valiente tropa, librándole quizá de una muerte segura al ilustre poeta toledano. El Emperador también tomó parte en este combate y batióse con intrepidez durante mucho tiempo, estando dispuesto a evitar que tan esforzado paladín quedase en poder del enemigo.

Mientras estuvo en la Goleta atendiendo a la curación de sus heridas, supone el distinguido escritor Cienfuegos, que tuvo una aventura galante a pesar de hallarse maltrecho y

algún tanto desfigurado, si bien él sabía disimular las cicatrices del rostro con la pulcra y espesa barba que ostentaba orgulloso.

Cuando el Emperador embarcó para Sicilia le acompañó nuestro poeta; desde Trápana le escribió a su amigo Boscán la *Elegía II*, contándole sus amores y también las fatigas y tristezas porque atravesaba, envidiando la vida que él hacía en España, rodeado de los suyos y dedicado a sus trabajos literarios.

Después de una corta estancia en Trápana, dirigióse Carlos V a Palermo, siendo recibido con entusiasmo por el éxito de su empresa. En esta capital sufrió Garcilaso un gran pesar, pues murió su amigo y pariente el joven D. Bernardino Alvarez de Toledo, hermano del Duque de Alba, y como le quería entrañablemente escribió a su memoria una *Elegía* para mitigar el intenso dolor que al Duque le había causado tan irreparable pérdida.

De Palermo dispuso el Monarca su viaje a Nápoles, yendo Garcilaso con el séquito imperial, pues ya se encontraba restablecido de sus heridas. La seductora ciudad napolitana recibió solemnemente y con extraordinario regocijo a Carlos V, celebrando en su honor fiestas jamás conocidas por su esplendor y boato.

Durante este tiempo, Garcilaso alternaba las distracciones de la Corte con las obras poéticas, que eran el encanto de las damas y la admiración de los brillantes literatos italianos. Su exquisita delicadeza, trato esmerado y agudo ingenio, le habían colocado en lugar preeminente de la alta sociedad, que le estimaba y distinguía como uno de los más excelsos poetas. Tan favorable concepto queda corroborado por el Cardenal Bembo, pues habiéndole dirigido Garcilaso unos versos, este insigne escritor, al mismo tiempo que le expresaba su más sentida gratitud, hacía calurosos elogios de las excepcionales aptitudes que tenía para manejar el plectro de su armoniosa lira, creyendo que si continuaba con igual entusiasmo cultivando las bellas rimas, le pronosticaba que llegaría a la cumbre del Parnaso español.

La trágica fortaleza de Mury.

Con motivo de haber fallecido sin sucesión Francisco Sforza, Duque de Milán, debía pasar este ducado a formar parte del imperio, mas el Rey de Francia invadió la Saboya con la pretensión de lograr la ocupación del mismo.

En vista del proceder de los franceses, el Emperador se trasladó de Nápoles a Florencia, acompañado de Garcilaso, y deseando realizar un extenso plan de campaña, dió una comisión diplomática a nuestro poeta, ya meritísimo Capitán, el cual marchó a Génova para comunicar con el Almirante Doria y el Embajador Suárez de Figueroa sobre estos proyectos; luego pasó a Mántua participándoselo al General de la artillería D. Pedro de la Cueva, y también estuvo en Milán conferenciando con el General Leiva, quien aconsejó que se invadiese Francia.

El Emperador, satisfecho de los relevantes servicios prestados por Garcilaso, le nombró Maestre de Campo del Tercio de Infantería española, compuesto de 3.000 hombres, que debían venir de España para pelear en aquella jornada. El 19 de mayo de 1536, llegaron a Saona procedentes de Málaga, las veinticinco galeras que conducían a las citadas tropas, y con ellas el Marqués de Lombay, que deseaba asistir a la guerra, como buen caballero y patriota. Terminado el desembarco del tercio, Garcilaso tomó el mando del mismo.

Una vez concentradas las fuerzas imperiales, Carlos V al frente del ejército invadió la Provenza y puso sitio a Marsella. Mas para llegar a esta plaza, tuvo que vencer grandes dificultades, porque Francisco I había ordenado que los pueblos por donde pasaran las tropas del Emperador, fuesen abandonados sin dejar provisiones. Además, el Monarca francés, que estaba en Aviñón, no quería presentar batalla hasta recibir los refuerzos que esperaba. La situación, por lo tanto, de Carlos V era muy apurada, pues Marsella tampoco se rendía y el ejército diezmábase constantemente, no sólo por las enfermedades adquiridas, efecto del mucho calor que hacía, sino también a causa de la mala alimentación producida por la escasez de víveres. En atención a estas conside-

raciones, el Emperador dispuso la retirada de tan deplorable jornada, en la cual ya había sucumbido el General en Jefe, D. Antonio de Leiva, a consecuencia de una dolorosa enfermedad.

El día 23 de septiembre de 1536, cuando el ejército imperial retornaba con dirección a Niza, se vió sorprendido al atravesar Muey, del fuego que se le hacía desde una pequeña fortaleza defendida por unos cincuenta arcabuceros franceses, los cuales, con sus frecuentes disparos, causaban bajas a los españoles. Al enterarse el Emperador de semejante atrevimiento, ordenó batir la torre con dos piezas de artillería, y aunque fué abierta enorme brecha, los defensores no se rindieron. Entonces Garcilaso, queriendo dar ejemplo, una vez más, de su arrojo y bravura, se destaca de las fuerzas que manda, dirigiéndose solo a la fortaleza. La gente del tercio queda asombrada ante la decisión, arrogancia y gallardía de su Maestre de Campo. Algunos oficiales que conocen la entereza del jefe y adivinan sus intenciones, le siguen a distancia. Los franceses desde su atalaya lo creen un loco, le insultan por su temeridad, se mofan de sus propósitos y rompen el fuego contra él. Garcilaso, sin casco ni armadura, únicamente con espada y rodela, cual si fuera un héroe mitológico y además invulnerable, avanza impávido desafiando a la muerte. En el campo español se observa un profundo silencio, todas las miradas convergen en esta excelsa figura del valor, y las tropas, visiblemente emocionadas y arma al brazo, esperan la orden de asalto. Los oficiales que van en pos de Garcilaso, cuando éste llega al pie de la muralla, le dan alcance y procuran disuadirle de su empeño, más él, con gesto altanero, rechaza sus deseos y se lanza por una escala que había colgada, seguido de dos oficiales. Cuando llega al último peldaño, una gran piedra arrojada por los defensores, choca contra la rodela hiriéndole en la cabeza y le hace descender al foso, arrastrando en su caída a los que valerosamente le seguían. Un grito de angustia se escapa de los pechos españoles. Los soldados del tercio, como impulsados por una fuerza misteriosa, asaltan la torre. El Emperador indignado manda ahorcar a los ocupantes y que la

fortaleza sea demolida. Mientras tanto, recogen del foso a nuestro poeta gravemente herido. Entre los caballeros que le prestan auxilio, está el Marqués de Lombay, quien se halla afectado dolorosamente, pues le quiere como a un hermano. Con todo cariño se hace cargo del herido y lo traslada al palacio de los Duques de Saboya en Niza, donde continúa prodigándole sus consuelos, con gran celo y cuidado, tratando de calmar los dolores físicos que padece. Al saber que la ciencia es inútil, porque las heridas son mortales, le hace comprender la verdadera situación en que se encuentra, y con piadoso altruismo y abnegación sin límites, derrama en su alma el bálsamo consolador de la religión, que Garcilaso acepta tranquilo y con fervoroso anhelo. En la madrugada del 14 de octubre de 1536, el heroico soldado exhala su postrer suspiro en los brazos del Marqués de Lombay, justo y virtuoso varón que al correr del tiempo llega a ser venerado en los altares de la Iglesia católica, con el nombre de San Francisco de Borja. El inanimado cuerpo de Garcilaso fué depositado en el templo de Santo Domingo de Niza, y más tarde, su viuda D.^a Elena de Zúñiga, consiguió lo trasladasen a esta Imperial Toledo, para ser inhumado en el monasterio dominicano de San Pedro Mártir, en el sepulcro de los señores de Batres, en el cual siguen reposando actualmente sus cenizas.

No puede negarse que con la muerte de Garcilaso, ocurrida a los treinta y tres años, en plena juventud, España perdió un gran patriota, el Emperador un bravo capitán y las letras un genio singular.

Garcilaso de la Vega: Poeta.

La esclarecida inteligencia del ilustre Garcilaso elevó su nombre al pináculo de la inmortalidad. La grandeza de su infatigable y melodioso estro revolucionó la métrica castellana para pulirla y perfeccionarla. Todas las composiciones reflejan con exactitud su vida de emoción, y en todas ellas se acusa claridad, delicadeza, iniciativa, armonía y sublime inspiración para versificar con fluidez e impecable dicción.

Además, sus obras poéticas están impregnadas del perfume delicioso del amor, con plétora de primorosas ternuras, ritmos cadenciosos, seductoras ilusiones y admirable dulzura, exteriorizándose en varias canciones una suave y tierna melancolía, que al mismo tiempo que embriaga el alma, despierta viva y loable simpatía por el vate que las inspiró.

No puede negarse que la forma de sus poesías es de elegante estilo y cálida expresión. Las imágenes surgen de una manera espontánea y acertada, y en cuanto al verso, es verdaderamente castellano, de espléndida brillantez y de gran pureza, estando siempre ajustado a una métrica de grandiosa sonoridad.

Este insigne poeta, a través de sus obras, nos muestra su recia y activa personalidad española, pues no obstante su accidentada peregrinación por Europa, con espíritu aventurero, sintió a cada instante latir su corazón por la Patria, testimoniándolo su bella lira, en la cual vibraban todos sus cantos con la mágica luz de su paisaje y los delicados sentimientos de su alma.

Su amor por la naturaleza campestre era tan intenso, que en sus narraciones amenas y sencillas nos describe con depurado lenguaje la belleza de los campos, la fragancia de las flores, el murmurar de los ríos, la frondosidad de los árboles y los melífluos trinos de las canoras aves que deleitaban a las Ninfas, que en el caudaloso Tajo tenían su morada.

Como Garcilaso era un gran filólogo, escribía con igual facilidad y éxito versos españoles, italianos o latinos, y durante su residencia en Nápoles llegó a competir con sus ingeniosos vates, porque estaba familiarizado con aquella poética, lo que indica claramente que teniendo tan elevadas cualidades pudo introducir en nuestro idioma la elegante versificación y distintas combinaciones métricas italianas. Aun cuando se cuenta que el Embajador veneciano Andrés Navajero, aconsejó al poeta Juan Boscán acometiera semejantes trabajos literarios, y éste así lo verificó, no hay duda alguna que encontraría serias dificultades, pues sus composiciones fueron de escaso valor, mientras que las rimas de Garcilaso estaban admirablemente versificadas al modo itálico.

co, y con tal fluidez y tersura, que sirvieron de modelo insuperable, fijando la armonía y riqueza de la lengua castellana, cual privilegio singular de los genios. Con toda seguridad, Garcilaso merece los honores del triunfo y el nombre de creador de nuestra escuela poética.

La superior cultura de Garcilaso y el dominio que tenía de las obras clásicas, pudo llevarle conscientemente a la imitación de eximios poetas, entre ellos Virgilio y Horacio, pero esta reminiscencia en nada perjudica a su merecida reputación, puesto que los grandes escritores latinos e italianos, formaron y enriquecieron su literatura bebiendo las aguas puras y cristalinas de las fuentes griegas. Virgilio fué imitador del famoso vate griego Teócrito, en sus *Bucólicas* y *Geórgicas*. También Horacio, autor de notables *Odas*, imitó al célebre poeta lírico griego Píndaro. Y sin embargo, tanto Virgilio como Horacio, siguen siendo grandes figuras del Parnaso latino.

Aunque todas las composiciones de nuestro poeta llevaban su sello personal y patriótico, algunos de sus comentaristas, como Francisco Sánchez de las Brozas y Fernando de Herrera, grandes literatos y representantes de las escuelas salmantina y sevillana, respectivamente, estuvieron más atentos de exhibir erudición propia que a los méritos de Garcilaso, al que consideraban falto de originalidad, cuando es innegable que por su conocimiento de la poética italiana, supo asimilarse sus formas y moldearlas a la métrica castellana, en la cual derramó todo el acervo de su inspiración fecunda.

La extraordinaria posesión que tenía Garcilaso de nuestra lengua le permitió adaptar fácilmente a ella el endecasílabo, pudiendo asegurar que su genial numen le hizo escribir magníficos sonetos, admirables odas, delicadas canciones, maravillosos tercetos y otras bellas rimas que fueron modelos de inestimable valor en la nueva poética española.

Tan grande es su figura en nuestras letras, que rememora a los magnánimos escritores Homero, Cicerón y el Petrarca, que con sus meritorias obras pulieron y fijaron los bellos y respectivos idiomas griego, latino e italiano. Misión idéntica

es la que cumplió Garcilaso en la lengua castellana, dándole a sus poesías la pureza, elegancia y perfección que necesitaban para emanciparse y adquirir personalidad propia.

A pesar de los defectos que puedan tener sus obras, fué considerado como un clásico, pues recibió el honor del comentario y de la anotación. En su corta vida escribió páginas gloriosas,

«tomando ora la espada, ora la pluma»,

lo que da una idea palmaria, que si en los albores de su juventud y en medio de sus andanzas y vicisitudes por el mundo, se le otorgó el título de Príncipe de los poetas líricos castellanos, hay que confesar sin rebozo que era un genio, y sus poesías tienen el encanto característico de lo inmortal.

El mérito de las obras de Garcilaso, llegó a ser reconocido por los más ilustres escritores nacionales y extranjeros de su época, y fueron traducidas a varios idiomas. También puede afirmarse que sus bellas composiciones han servido de consulta a los más grandes poetas españoles, debiendo significar además, que en el transcurso del tiempo sus poesías son más apreciadas y se las considera como verdaderas joyas de la literatura española.

¿Admiradores de Garcilaso? Herrera, Tamayo de Vargas, Fray Luis de León, Cervantes, Lope Félix de Vega Carpio, Luis de Góngora, Marchena, Saavedra Fajardo y, ¿a qué citar más?

Es lamentable que no hayan llegado hasta nosotros todas sus obras y las que conocemos hay que agradecerse a la benevolencia de su íntimo amigo Boscán, que deseando publicar las suyas unió a ellas cuantas conservaba de nuestro poeta. Mas habiéndole sorprendido la muerte antes de ver realizados sus deseos, tuvo que hacerlo su viuda D.^a Ana Girón de Rebolledo, y en 1543 se publicaron con el título de «*Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega, repartidas en quatro libros*». Durante mucho tiempo aparecieron juntas las rimas de estos poetas, si bien más tarde comenzaron a publicarse separadamente.

Las obras que poseemos de Garcilaso son: tres Églogas, dos Elegías, una Epístola, cinco Canciones y treinta y siete Sonetos. De todas las poesías, la primera égloga es la mejor. La vida de este gran poeta, se halla fielmente retratada en todas sus bellísimas composiciones, puesto que nos habla en ellas de sus intensos amores y sufrimientos, de la gratitud y afecto que sentía por sus protectores y amigos, a quienes enaltece, de las tristezas y amarguras pasadas en su destierro, de los sucesos y aventuras acaecidas durante sus viajes, de los horrores y fatigas que producen las guerras y de sus anhelos por engrandecer la Patria.

Las églogas expresan admirablemente las tres deliciosas épocas de su corazón; infancia, adolescencia y juventud, brillando, al mismo tiempo, con radiantes fulgores la singular belleza de las Musas y Ninfas que intervienen. Para el poeta, es la mujer el maravilloso e inagotable manantial de donde emana su inspiración, fluyendo ésta unas veces halagadora y emotiva, otras incrédula y triste, mas en todo momento sonora y expresiva. Así es, que en sus tres églogas, cuando habla de amores, su alma experimenta múltiples sensaciones, que nos trasmite con trazo vigoroso. Por eso, vemos tan prodigiosamente descritos los sufrimientos que padece el pastor Nemoroso con la muerte de su amada y con llanto en los ojos exclama:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
 cuando en aqueste valle al fresco viento
 andábamos cogiendo tiernas flores,
 que había de ver con largo apartamiento
 venir el triste y solitario día
 que diese amargo fin a mis amores?
 El cielo en mis dolores
 cargó la mano tanto,
 que a sempiterno llanto
 y a triste soledad me ha condenado;
 y lo que siento más es verme atado
 a la pesada vida y enojosa,
 sólo, desamparado,
 ciego, sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Como las pasiones de sus personajes son profundamente humanas, comprendemos los terribles celos que siente el pastor Salicio por la bella Galetea, cuando desesperado lanza al viento sus penas diciendo:

¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aún la vida temo,
témola con razón, pues tú me dejas;
que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de tí desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
dellà salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

También nos pinta con tristes tonalidades el amargo desconsuelo que sufre otro pastor llamado Albanio, cuando es abandonado por Camila, la mujer a quien adora, y con arrebatada expresión declama:

Y sin mirarme, desdeñosa y fiera
no se qué allá entre dientes murmurando,
me dejó aquí, y aquí quiere que muera.

El intenso dolor que siente el pastor Nemoroso por la muerte de Elisa, hace que una de las bellas Ninfas, condolida del funesto y triste caso, escriba en la corteza de un álamo el siguiente epitafio:

«Elisa soy, en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mí se aflige Nemoroso,
y llama Elisa, Elisa a boca llena
responde el Tajo, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío
donde será escuchado, yo lo fio.»

Además, nuestro corazón se llena de ternura al sentir el amoroso canto del pastor Tirreno, por la seductora Flérida, la mujer de sus ensueños, cuando interpreta con voz sonora:

Flérida, para mí dulce y sabrosa
 más que la fruta del cercado ajeno,
 más blanca que la leche, y más hermosa
 que el prado por abril de flores lleno:
 si tú respondes pura y amorosa
 al verdadero amor de tu Tirreno,
 a mi majada arribarás primero,
 que el cielo nos amuestre su lucero.

Siendo Garcilaso un filósofo profundo conocía perfectamente a los hombres, sus yerros, sus ambiciones y los estragos que por sus culpas ocasionaban las continuas guerras, cuyo pensamiento lo exterioriza con acritud y firmeza al lamentar la muerte de D. Bernardino Alvarez de Toledo, hermano del duque de Alba. Escuchemos sus palabras:

¿A quién ya de nosotros el exceso
 de guerras, de peligros y destierro
 no toca, y no ha cansado el gran proceso?
 ¿Quién no vió desparcir su sangre al hierro
 del enemigo? ¿Quién no vió su vida
 perder mil veces, y escapar por yerro?
 ¿De cuántos queda y quedará perdida
 la casa, y la mujer, y la memoria,
 y de otros la hacienda despedida?
 ¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
 ¿Algunos premios o agradecimientos?
 Sabrálo quien leyere nuestra historia.
 Veráse allí que como polvo al viento,
 así se deshará nuestra fatiga
 ante quien se endereza nuestro intento.

Con naturalidad y donaire nos refiere, en carta dirigida a su amigo Boscán, las molestias sufridas y la pobreza que padecía, al retornar de Barcelona a Nápoles por tierra, atravesando la Provenza. Oigamos su relato;

¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
con razón me tendréis; arrepentido
de haber perdido tiempo en alabaros,
cosa tan dina ya de vituperio;
donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
varletes codiciosos, malas postas,
gran paga, poco argen, largo camino;
llegar al fin a Nápoles no habiendo
dejado allá enterrado algún tesoro,
salvo si no decís que es enterrado
lo que nunca se halla ni se tiene.

El destierro que sufrió nuestro poeta en la isla de Schut del Danubio, llena su alma de tristeza y amargura, que nos conmueve sensiblemente, cuando refiere:

Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso, forzado y solo en tierra ajena;
bien puede hacer esto
en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sólo una pena,
sí muero desterrado
y en tanta desventura,
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado:
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.

Si nos fijamos en la canción *A la flor de Gnido*, que es una bella oda erótica, admiramos el alma pródiga de Garcilaso, al escribirla en favor de su amigo Mario Galeota, para suplicar a la desdeñosa Catalina San Severino corresponda a su amor. Dice así:

Hablo de aquel cativo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Y donde nos comunica verdaderamente la ternura de su corazón, embriagado por un amor puro y sincero, es cuando expresa a la mujer soñada:

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

Finalmente, el alma del poeta llora desconsolada lo que antes había enaltecido, según se desprende del magnífico soneto, que dice:

¡Oh dulces prendas, por mí mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíais de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.
Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

A este vate genial, que escaló gloriosamente la cima inmortal del Parnaso español, mereciendo el título de Príncipe de la poesía lírica, y siendo el primer poeta del Siglo de Oro, todavía no se le ha erigido un monumento en esta ciudad donde nació. Sin embargo, hace años que la imperial Toledo tuvo el propósito de llevarlo a cabo, mas no llegó a realizarse por circunstancias especiales dignas de mención.

TERCERA PELÍCULA

La estatua de Garcilaso de la Vega.

TORRÍA el año de 1866. La Diputación Provincial de Toledo, queriendo honrar la memoria de cuatro de los más ilustres hijos de esta ciudad y su provincia, acordó en la sesión de 4 de febrero (1), se construyesen los monumentos del Padre Juan de Mariana, Alfonso X el Sabio, Juan de Padilla y Garcilaso de la Vega, y también un obelisco y un panteón. Para llevar a la realidad tan noble y patriótico pensamiento, se sacó a «concurso, exigiendo planos y presupuestos detallados, y señalando como estímulo y premio la cantidad de 1.500 reales para cada uno de los proyectos de las cuatro figuras, y 1.000 para el obelisco y panteón respectivamente que en la Academia de Bellas Artes de San Fernando obtuvieran mejor censura, y la mitad de estas cantidades como premio para los de accésit, cuya suma total de 12.000 reales se cargaría al capítulo de imprevisos del presupuesto corriente». Al propio tiempo, el Gobierno autorizó que en el *Boletín Oficial* de la provincia se abriese una suscripción para contribuir a este loable propósito.

Entre los concursantes debió hallarse el escultor toledano D. Eugenio Duque, a quien la Diputación tenía en aquella época pensionado en Roma, puesto que en la primera Exposición artística e industrial de la provincia de Toledo que se celebró en el Hospital de Tavera, de esta capital, en el mes de agosto del mismo año, figuró el Sr. Duque en la sección correspondiente de escultura, con tres estatuas en yeso, la

(1) Libros de actas de la Diputación Provincial, años de 1866-67.

primera, del Rey Alfonso X el Sabio; la segunda, del historiador Padre Mariana, y la tercera, del poeta Garcilaso de la Vega, exhibiéndose además un álbum con las fotografías de estos monumentos y también las del obelisco y panteón a que se refiere el concurso.

Como la Academia de San Fernando emitió informe desfavorable sobre los proyectos presentados, la Diputación provincial acordó, en la sesión de 9 de julio de 1867, aceptar ese dictamen, devolviendo a los artistas que concursaron sus respectivos trabajos, haciendo nuevo ingreso en Depositaria de las cantidades designadas para dichos monumentos, así como entregar a las Corporaciones, Entidades y particulares, las sumas con que habían contribuido a tal objeto.

.....

.....

.....

Han transcurrido sesenta y nueve años de estos sucesos, sin que se le haya erigido un monumento a Garcilaso de la Vega. No obstante, la capital toledana ha dado su nombre a la calle donde se hallaba la mansión en que vino al mundo el genial poeta-soldado, prez de Toledo y gloria de España, dedicándole una lápida evocadora que dice:

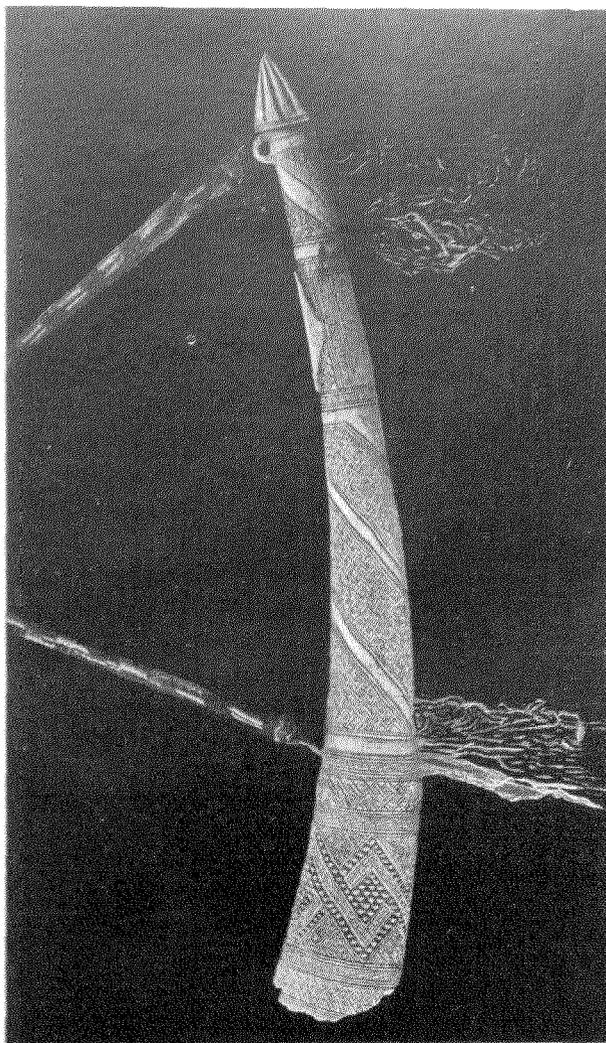
«AQUÍ ESTUVO LA CASA SOLARIEGA DONDE NACIÓ EN 1503 EL INSIGNE VATE—PRÍNCIPE DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS—Y VARÓN ESFORZADO EN EMPRESAS MILITARES, GARCILASO DE LA VEGA.

LA IMPERIAL CIUDAD DEDICA ESTE HUMILDE RECUERDO A LA PERDURABLE MEMORIA DE TAN ESCLARECIDO HIJO.

17 DE AGOSTO DE 1900».

HE DICHO.





Bohina de marfil esculpido, usada por Garibaso de la Vega. (Donación del Conde de Paredes de Nava al Museo de la Infantería.)

DISCURSO CONTESTACION

por el Académico Numerario

Ilmo. Sr. D. Adolfo Aragonés de la Encarnación.

SEÑORES:

ENTRAMOS en la fase eminentemente protocolaria. Comienza, pues, el violento instante para el recipiendario, quien me pide soslayar la parte panegírica.

En principio, lo conceptué un tanto asequible. No se me ofrecía ocasión de llevar a cabo ningún descubrimiento. Todos conocemos al nuevo Académico.

Aquí mismo, en este mismo salón, encuéntranse condiscípulos suyos del Instituto en que se graduó bachiller, y de la Academia en que alcanzó Despacho de Oficial de Infantería; y así también véanse aquí quiénes fueron sus alumnos en aquel Centro Militar y otros que lo fueron y otros que hoy lo son del Colegio para Huérfanos del Arma sucesora de los gloriosos Tercios Españoles.

Nada, repito, había que descubrir. Podía ser atendido el ruego. Empero en el primer párrafo de la introducción a su discurso, dice mi apadrinado, que no se cree, por derecho propio y menos por sus escasos méritos, acreedor a ocupar plaza de Académico Numerario, y tal afirmación me obliga a salir al paso decididamente. He de disentir de lo que expresa. De otra suerte, silenciando yo ese extremo, sería darme a mí mismo un rotundo mentís, ya que me honré hace diecisiete años proponiendo al entonces capitán-profesor Martínez Leal para Académico Correspondiente, propuesta elogiada y aclamada en 1918.

No, mi querido Alfredo. Fuera modestia o modestia aparte.

En el actual vivir, esa virtud moderadora de las acciones humanas, que contiene a la persona en los límites de su estado y condición, es hasta perniciosa; cuando no escabel

que sirve para erguirse sobre esa honestidad ajena, ensoberbecidos, ingratos, audaces y medianías.

Sabes que lo conozco por propia experiencia. Lograda ya en edad muy madura, pero que pude aún servirte de ejemplo.

Olvida, por tanto, ese recato en el porte y en la estimación de sí mismo.

A más, que ahora hablo yo en nombre de la Academia y no es cosa de poner en tela de juicio el que tan acertadamente tiene formado de tí y tampoco puedes contradecir el laudable acuerdo de esta Corporación que hoy se viste de gala para darte el bien ganado espaldarazo.

He de disentir, reitero, de lo que expresa el nuevo Académico. Reune méritos dignos de mayor cuantía. Y como cuantos elogios haga yo acerca de mi apadrinado pudieran considerarse, de momento, influencias de la fraterna y añeja amistad que nos une, sea un documento oficial, siquiera extracto de su «Hoja de Méritos y Servicios del Académico» el índice que suministre más fidedignos datos.

El Ilmo. Sr. D. Alfredo Martínez Leal, es un jefe del Ejército procedente de la Infantería Española, que durante su situación activa supo cumplir honrosamente sus deberes militares como caballero disciplinado y amante de su Patria.

Su afición al estudio le trazó el itinerario de la enseñanza y llegó a ser designado Profesor de la Academia de su Arma, donde desempeñó brillantemente el cargo, y, dadas sus dotes especiales, escribió dos interesantes obras didácticas tituladas: «Método Morris-Alfred» y «Método Alfred», para el estudio del inglés y del francés respectivamente; obras que fueron declaradas de texto en la Academia de Infantería y otros Centros docentes; premiadas por diversos Ministerios y la primera laureada también con Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Valencia (1910).

En funciones periodísticas colaboró en los diarios madrileños *Unión Militar* y *Ejército y Armada*, y durante su permanencia en Africa en *El Defensor de Ceuta* y en la revista *Conchas y Flores*, con trabajos repletos de amenidad, ingenio y patriotismo.

Más tarde, publicó libros y folletos, merecedores de justos plácemes, cual los titulados «Recuerdo del homenaje a Villamartín», «Amores Patrios», La fiesta del Libro Español», «Madrid en 1808» y «Amor y gratitud». Este último, dedicado a los Huérfanos de la Infantería, de cuyo Colegio es hoy Profesor.

Pertenece como Correspondiente, a esta Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo; a la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba; Declamación y Bellas Letras de Málaga e Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz.

Está en posesión del distintivo del Profesorado y de las condecoraciones siguientes: Medallas de Alfonso XIII, de Marruecos y de Plata y de Oro de la Cruz Roja Española; Gran Placa de Honor y Mérito de tan benéfica Institución; Cruces de Caballero de las Ordenes del Mérito Militar y Naval, Cruz y Placa de la de San Hermenegildo; y es Caballero de la Legión de Honor de Francia, y Caballero, Comendador Ordinario y de Número de la Orden Civil de Alfonso XII, y Jefe Superior Honorario de Administración Civil.

He aquí, sucintamente, la biografía de mi apadrinado.

¡Y cuán encantador y patriótico tema ha elegido para su discurso!

Porque evocar la memoria de Garcilaso de la Vega es reverdecer lauros patrios y rendir, a la par, un tributo de admiración hacia el soldado y un cariñoso homenaje a la Toledo de mis amores y a la fecundante y armónica cooperación que en todas las edades de nuestra Historia ha prestado la pluma y la espada en pro de la Literatura Española; y es vivir y sentir el alma de España en aquellas efemérides que en más felices años hube de rememorar y eslabonar.

Garcí Lasso de la Vega, al igual que otros preeminentes valores de nuestra amada Patria, ha dado lugar a adverbios dubitativos en relación con la data de nacimiento y autenticidad de veras efigies.

Unos biógrafos, con el gran español Eduardo Fernández de Navarrete, marcan el 1503 como año de venir al mundo el vate. Otros, siguiendo al notable hispanófilo norteameri-

cano Ralph Hayward Keniston, señalan el 1501; por el tiempo en que ya los Embajadores de Felipe I de Austria cerca del Rey de Francia, proponían a éste el matrimonio de su hermana Claudia con el Príncipe Carlos, Duque de Luxemburgo, a la sazón, por cierto, más afanoso en habérselas con su lozana nutriz Bárbara wan Serwels que de preocuparse por aquellos exponsales flor de un día que hilvanaban razones de Estado.

Estériles han sido los propósitos puestos en práctica para, con fehaciente documento, dar un mentís a quienes al observar que Garcí Lasso no cita con claridad rotunda el nombre de la ciudad de Toledo en sus sentidas églogas, tímidamente aceptan que la milenaria urbe escuchase los primeros vagidos de «el tan descriptivo cantor del Tormes sobre el Tajo».

Cada cual es dueño de su guitarra y puede sonarla cual le venga en ganas. Las notas de la mía cantan que fué en la Imperial Toledo donde asomó a la vida terrena Garcí Lasso, y en la edad de las flores del mismo año en que nació la encantadora Reina-Emperatriz Isabel de Portugal.

Quédense dudas y conjeturas para la gama de violáceos eruditos que a la postre hacen gala de virtuosos del «dulce poeta toledano»; pero que silencian o ignoran cómo el Príncipe de la lírica española nace, se desarrolla y muere aureolado por una caballerosidad sin límites, pues que Garcí Lasso, poeta antes que soldado y soldado antes que nada y galán y enamorado siempre, siempre y en toda ocasión y momento mostróse rendido caballero.

Por ello, y no es de ahora cuando lo aprendí, «considerando las singulares condiciones de su persona y las fases de la novelesca vida de nuestro Garcí Lasso, vacila el ánimo entre enaltecer con preferencia al noble caballero, al soldado y al hombre de mundo o bien al altísimo poeta».

De esa faceta de hombre de sociedad, muy peculiar característica del vate, quiere Alfredo Martínez Leal que trate yo hoy, ya que en pasados años ¡y tan pasados! hube de exhumar instantes del galante español.

¡Ahí es nada! Que al revolver de viejos papeles haga ver

«como en Garcí Lasso, con brillar el hombre tanto, el poeta obscurece al hombre». ¡Es extremo tan propicio a penetrar en íntimas escabrosidades....!

Al menos, y esto ya es otro cantar, que en el día de hoy, en torno al IV Centenario de la muerte de Garcí Lasso y siguiéndole a éste a guisa de su testamentario, glose un algo de las trasnochadas crónicas que, ha más de seis lustros, perjeñé en ocasión del IV Centenario del nacimiento de tan preclaro compatriota.

¿Cómo negarme a la invitación del recipiendario? ¡Hágase su voluntad!

Pláticas de familia.

Si quien en el humano vivir puede pasar desdibujado, con lo que se libra de caer en las garras de ese pesar del bien ajeno que siente el envidioso y de la aversión del hombre que es solamente digno del odio más profundo, ¡guay! del prójimo que en el lapso de esta mezquina vida adquiera un algo que le haga merecedor de eterna loa. Entonces queda de la pertenencia de «autorizadas autoridades críticas», palabras de un ratoncillo de archivo, y ya no hay medio de traer a colación al sujeto sin bordar su previo cañamazo genealógico con las más brillantes tonalidades sociales; como si de otro modo no resultase acreedor el interfecto o como si él, contrariamente a lo que todo mortal está vedado, disfrutase el privilegio de señalar, por anticipado, su ascendencia y progenitores.

La gloria culminada por Garcí Lasso de la Vega Guzmán, hízolo objeto de verdaderas arquitecturas genealógicas que en sí vienen a confirmar el que, de no existir en pasadas centurias tan amplia liberalidad en la adopción de apellidos, no tenía por qué así nombrarse nuestro caballero-soldado-poeta.

Al paio de geneásicas boráginas, tan propicias a naufragios, críticos y biógrafos, remóntanse hasta el «Solar de Santa Ilana», fundado por Pedro Lasso de la Vega, ricohome y almirante del perínclico hijo de Toledo, Alfonso X,

para desde tan rancio lar hacer desfilan al Garci Lasso de la Vega, favorito de Alfonso XI y su rico-home y adelantado mayor de Castilla, asesinado en Soria, y su homónimo y vástago el del «Ave María», muerto en Burgos por orden de Pedro I, y al Garci Lasso de la Vega que casa con Mencía de Cisneros, de cuyo consorcio es hija «aquella fiera y arrogante rica-hembra que se llamó Leonor de la Vega», última heredera directa de los Garci Lasso, segunda esposa del almirante Diego Hurtado de Mendoza, y ya tenemos por unos días en Toledo a los padres de otra bella dama nombrada Elvira Lasso de la Vega, y del gran Yñigo López de Mendoza, Señor de Guadalajara y primer Marqués de Santillana.

Simultáneamente arraiga en Castilla no menos notable ramificación del caballero Pere Remón, Señor de Figueroa, víctima de Alfonso VII, marido de Elvira Yáñez de Novoa, que da a luz a Ruy Remondez, heredero del Señorío, y que en su matrimonio con Teresa Fernández de Saavedra, tiene a Fernán Ruy de Figueroa, rico-home de Alfonso X, casado con Elvira Gallinato, que le hizo padre de Suer Fernández de Figueroa, quien deja de su esposa Constanza Bermúdez de Montaos a Gómez Suárez de Figueroa, rico-home de Alfonso XI y Pedro I y de su mujer Teresa López de Córdoba a su primogénito y sucesor Lorenzo Suárez de Figueroa, progenitor, en su primer consorcio con Isabel Mexía, de Gómez Suárez de Figueroa, primer Señor de Feria.

En este plan arribase al entronque de los López de Mendoza, herederos de los Lasso de la Vega, con los Suárez de Figueroa, desde el día en que el Marqués de Santillana celebra sus esponsales con Catalina Suárez de Figueroa, hija de Lorenzo Suárez de Figueroa y de su segunda mujer María de Horozco, procreadores del primer Duque del Infantado, Diego Hurtado de Mendoza, primer Conde de Tendilla, Yñigo López de Mendoza; primer Conde de la Coruña, Lorenzo Suárez de Figueroa y Mendoza; primer Señor de Mondéjar, Pedro Lasso de la Vega; Gran Cardenal de España, Pedro González de Mendoza; primer Señor de Colmenar, Juan Hurtado de Mendoza; Adelantado de Cazorla, Pedro Hurtado de Mendoza; y Mencía de Mendoza, casada

con Pedro Fernández de Velasco; y Leonor de la Vega, con Gastón de la Cerda y María de la Vega, con Pedro Afán de Rivera, y..... hagamos alto con relación a tan ilustre y prolífico matrimonio, viviente ejemplo de la clásica liberalidad en la adopción de apellidos.

De aquí en adelante, la serie de los Yñigo, Diego, Gómez y Lorenzo, y la consolidación del parentesco Suárez de Figueroa-Lasso de la Vega; que de la progenie habida en las nupcias del primer Señor de Feria, Gómez Suárez de Figueroa Mexía con Elvira Lasso de la Vega Mendoza, nacen: Lorenzo Suárez de Figueroa, primer Conde de Feria, y, en cuarto lugar, Pedro Suárez de Figueroa, quien en su esposa Blanca de Sotomayor, hija del Comendador de Alcántara, Gutiérrez de Sotomayor, tiene al segundón confirmado García Lasso de la Vega.

Está, pues, a la vista, el progenitor del futuro Príncipe de la lírica. Y vémosle a García Lasso de la Vega Sotomayor recibiendo educación en la Casa Real de Castilla, luego al servicio de la segunda esposa de Enrique IV, y posteriormente, ejerciendo en la Corte de Isabel y Fernando los oficios de Maestresala y de Contino; cargos que recaían por lo general en grandes caballeros elegidos entre aquellos «que por su sangre, valor y virtud, eran mirados como dignos de estar continuamente en guarda y seruízio de los Reyes». Todo corrobora cuán exquisita deferencia dispensaron los Soberanos a García hasta crearle su Embajador en Roma, y, sin perder la tenencia de Jerez de la Frontera, otórganle los Reyes Católicos las alcaldías de las fortalezas de Vera y Gibraltar y el nombramiento de Consejero del Reino, por Cédulas firmadas en Toledo.

Unos días más y aparece él en que los linajes Lasso de la Vega y Suárez de Figueroa han de enlazarse al tronco que arraigado por el Conde Rodrigo Núñez de Guzmán, ha dado vida al Santo fundador de la Orden de los Predicadores y al famoso Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, y cuya exhuberante ramificación, extendida por tierras de Toledo, produce fructíferos brotes evocadores de la bellísima y malaventurada Leonor de Guzmán, madre del Rey Enrique II

de Castilla, nacida y asesinada por orden de la Reina María de Portugal en Talavera de la Reina (Toledo); y de Luis de Guzmán, Señor de La Torre de Esteban Hambrán (Toledo), que en Maqueda (Toledo), encargó el traducir del romance y glosar la Biblia al Rabí Mosé Arrajel de Guadalajara; y de Juan Ramírez de Guzmán, padre, con María García de Toledo, de María Ramírez de Guzmán Toledo, dama que en su matrimonio con Pedro Suárez de Toledo, descendiente de Melén Pérez de Toledo, Señor de Moejón (Toledo) y Villaminaya (Toledo), forma el Señorío de Gálvez (Toledo), y tiene por segundón a Pedro Suárez de Guzmán, quien en su esposa Elvira de Ayala, hermana del Gran Canciller, cuenta a Fernán Pérez de Guzmán y Toledo, eslabón de la Casa de Alba y los Señoríos de Cuerva, Casarrubios del Monte, Magán, Oropesa, Añover, Higares y otros varios de la provincia de Toledo, y marido, en primeras nupcias, de Doña Marquesa de Avellaneda, de quien nace Pedro de Guzmán Toledo, Alcaide y Regidor perpetuo de esta Ciudad, que en su mujer María de Rivera, hija de Payo de Rivera, Señor de Malpica (Toledo) y de Doña Marquesa de Guzmán, tiene a SANCHA DE GUZMÁN DE TOLEDO Y RIVERA.

Llegamos al momento cumbre. GARCÍA LASSO DE LA VEGA SOTOMAYOR Y SANCHA DE GUZMÁN DE TOLEDO RIVERA, bajo la protección de los Reyes Católicos, han contraído matrimonio; e Isabel y Fernando, acrecen el afecto que a los cónyuges profesan, concediéndoles facultad para que en recuerdo del desposorio sea creado el Mayorazgo de Cuerva (Toledo). Y de este consorcio, al andar de los años, cuéntanse siete hijos:

Pedro Lasso de la Vega, compañero, no muy leal, de Juan de Padilla, Caballero de Santiago, sucesor de su padre en las tenencias y alcaldías y Regidor de Toledo.

GARCÍ LASSO DE LA VEGA GUZMÁN, culminación de la sangre y numen de la preclara estirpe que a España nutrieron de animosos capitanes, habilísimos diplomáticos, elegantísimos poetas y doctísimos prelados. En suma, bisnieto del caballeroso príncipe de la didáctica en el siglo XV, Hernán Pérez de Guzmán, y de uno de los más floridos verjeles cul-

tivados por la alcurnia del Gran Cardenal, Obispo de Sigüenza (Guadalajara), Arzobispo de Toledo, Tercer Rey de España y caritativo prócer, cuya munificencia ofrendara a favor de los desvalidos niños de Toledo y su provincia: don Pedro González de Mendoza.

Gonzalo Ruy de la Vega Mendoza, versado hombre de letras en Salamanca.

Francisco de la Vega Mendoza, Canónigo Mestrescuela en Badajoz.

Fernando de Guzmán, experto soldado, muerto durante el asedio puesto a Nápoles por los franceses.

Leonor de la Vega Guzmán, segunda esposa de Luis Fernández Portocarrero, Conde de Palma y Corregidor de Toledo, y

Juana de la Vega Guzmán, que fallece soltera.

García Lasso de la Vega Sotomayor, creado Comendador Mayor de León, goza justa fama de todo un Santillana; de los próceres que más fieles fueron a Isabel «La Católica». Por ello, ha de reiterarse, fallecida tan preexcelsa Soberana y proyectadas segundas nupcias del viudo Rey Fernando con Germana de Foix, trázase nuevo rumbo. Sale a presidir las Cortes que en Toro juraran por Reyna de Castilla a la Princesa Juana y por Príncipe heredero, subcesor destos Reynos, a su hijo Carlos, Duque de Luxemburgo. A su regreso niégase a acompañar al Monarca Regente; persevera en su casi paternal devoción cerca de la nueva Reina Juana, de ayo y camarero mayor del Infante Fernando.

¡Feliz circunstancia! Los «maestros de su alteça» son los del pequeño Garcí Lasso, cuya clara inteligencia lo eleva a hijo predilecto. Así, cuando al ceder de sus vitales energías redacta testamento García Lasso, éste, usando de facultad otorgada por la Reina Isabel de traspasar la merced que le hiciera en Badajoz al que quisiere de sus hijos, mejora al segundón «en el drº e cobrança q̄ uale o ualiere el seruizio e montasgo del paso del ganado en Badaxoz».

Una semana después, ya el púbere viste las tétricas galas de la orfandad. Su padre, quien rindió la vida en el benedictino monasterio de San Juan, de Burgos, duerme el mis-

terioso sueño del más allá en la señorial capilla de la parroquial de Santiago de la toledana villa de Cuerva. (Toledo-Septiembre-1512).

Viene Crono a revalidar cuanto el Comendador predijera respecto a su hijo Garci Lasso. Sí, es el destinado, aseveran muy doctos varones, a «ilustrar el claro nombre que su progenitor dejaba escrito con honra en los fastos de Castilla», y suma a su inteligencia, tenacidad e inquietud. No ha de sorprender, pues, que en el prelude de las Comunidades hállese al poeta, «que ya lo es», envuelto en las mallas de un proceso como parte activa de cierto alboroto. Escuchad al juez pesquisidor Medrano lo que dice a Juan Gaitán, curador del ausente «menor Garci Lasso»: «Fallo que por la culpa de lo procesado resulta contra el dhº garci lasso de la uega, que le deuo condenar e condeno en destierro desta cibdad e sus arrabales por tres meses e que no lo quebrante, so pena que por la primera vez que lo quebrantare le condeno en un año de destierro a ueinte mill maravedis para la Cámara e fisco de sus Alteças, e mas le condeno en perdimiento de las armas que lleuo al dhº roydo, e mas le condeno en el salario e costas deste proco de mi el dhº juez y escribano desta cabsa del tiempo que nos ocupamos en fenecer.....» (7-Septiembre-1519).

¡Un Lasso de la Vega comunero....! Sin alarmas.

Los Lasso de la Vega, al igual que los Ayala, los Gaitán, los Ayora inclusive, a la esclarecida memoria de Isabel perdurarán devotísimos. La prueba es, que al tratar el Rey Fernando de su matrimonio con la sobrina de Luis XII de Francia, siguen el partido de la hija de los Reyes Católicos. Y los Lasso de la Vega, más adictos a su compatriota la infeliz Reina Juana que a su hijo Carlos, que no aparece por Toledo a pesar de sus viajes a España y que a Toledo impone un purpurado flamenco, no cual contrarios decididos del Emperador, «si como amigos de la justicia y del bien del Reyno, se metieron en esos bullicios».

Sin embargo, fuere o no ajeno al alboroto o «roydo» el huérfano del Comendador Mayor de León, es lo cierto, que en su categoría de «continuo» de la Casa de Castilla forma en

la Guardia Real, junto al Rey-Emperador, y se ha revelado todo un espíritu tan expresivo como galanteador y dado a las armas el joven Garci Lasso de la Vega Guzmán. (26-Abril-1520).

Ya puédesse observar que tras los hierros
de una ventana que blasón corona
y que tupida celosía cubre,
de hinojos, ante imagen venerada,
hay una niña, y mejor un ángel,
de cuyos ojos brotan raudas perlas
con orientes de angustias y de albricias.

Es que su amado a Toledo vuelve,
herido el rostro, sí; mas este daño
no lo selló tizona en torpe encuentro
bajo del «Paso de Santo Domingo»;
fué peleando en Olfas del Rey
contra enemigos de su Rey y Señor (1521).

Y al César Español ha prometido
olvidar de pasados regodeos
y dedicar su alma y sus endechas
a la damita de los ojos claros
que veló por su vida y sus triunfos.

Ello no empece para que otro afecto,
de gairida zagala muy fermosa,
libar pristino del albor delirio
del gentil Garci Lasso, lo retenga
«muriendo vivo al remo condenado
en la concha de Venus amarrado».

Casamiento y progenie.

Carlos de Austria, cariñosa y familiarmente nombrado Carlos de Gante entre sus conterráneos, ya no es el Duque de Luxemburgo, es el César Español», y cuando en Toledo rememórase que ha un año escribía desde Bruselas a Alonso de la Cueva, «agradeciéndole el servicio de haber tenido preso al infortunado regidor y capitán toledano Juan de Padilla, por Garci Lasso de la Vega llega la nueva de que

Carlos I se dispone a embarcar en Flandes con rumbo a España.

Ocho días más da fondo en Santander el Real Navío. El Soberano adéntrase en España, para hacer alto en Valladolid (26-Agosto). Un otro proseguir le lleva hasta Madrid (Lunes-21-Noviembre-1524). Ya está más próximo de la milenaria ciudad que es Corte de España.....

Al cabo de los años, el teniente de la fortaleza de Maqueda (Toledo) Fernando Alvarez de Toledo, dilecto amigo de Garcí Lasso, asegura que Carlos I viene a Toledo.

Se confirma el mensaje. Desechando prevenciones para con la patria nativa de su egregia madre, decídese el Monarca a aventurarse por tierra toledana. (Miércoles-5-Abril-1525).

Casarrubios del Monte, Santa Olalla, Cazalegas, Talavera de la Reina, Calera, Puente del Arzobispo, Oropesa, Cebolla, Torrijos, jalonan el andar y las estancias de Carlos I a través de nuestra provincia. Seguidamente es en Olías del Rey la villa que goza el honor de dar alojamiento a «Su Majestad cesárea», en tanto sus gentiles hombres, entre ellos Garcí Lasso, finiquitan protocolarios preparativos.

Más que tales fastuosidades previene el ánimo de Garcí Lasso una inesperada ausencia. ¿Elvira, do se esconde? No hay medio de aclarar si la airosa e fornida zagala se encuentra en Almendral o en La Torre de Esteban Hambrán (Toledo).

¡Al fin! «Su Majestad entra en Toledo el jueves xxvij deste mes. Fizósele buen rescibimiento», y Toledo renace a su esplendoroso pretérito, recobra su latir de «coraçon de la gran Monarquía Española y aun de ser verdadero centro de la diplomacia y la política universal». También Garcí Lasso de la Vega va a entrar en Toledo en un ciclo de emociones que el Rey y la familia amparan.

Sí, llegamos a señaladores instantes; que en Toledo, en la ciudad-cuna de la desventurada Reina Juana, asienta el Solio Imperial su hijo Carlos I.

Aquí, en Toledo, pasan a abrillantar la fastuosa Corte del César Español la Princesa Margarita y Duquesa de Alençon,

hermana del Rey Francisco I de Francia; y Germana de Foix, la viuda de Fernando el Católico, que fué Reina de Aragón y ahora es huésped de honor de Garci Lasso; y Leonor de Austria, Reina viuda de Portugal y futura de Francia; y lo más linajudo de la aristocracia de la sangre, de la ciencia, de la fe, del heroísmo y del arte de España, Europa y América; y, para mayor magnificencia de Toledo, aquí, al lado de Carlos I, ostentando la embajada del Pontífice Clemente VII, precisamente el más sabio maestro de Garci Lasso de la Vega Guzmán: el Conde Baltasar de Castiglione; «el personaje que mejor encarna el verdadero tipo del hombre de Corte ilustrado del Renacimiento italiano» y Varón tan enamorado de Toledo que en Toledo entregó su espíritu al Hacedor Supremo. Y entre tan escogido séquito, alternando con la nobleza española y extranjera y elevadas dignidades de la Iglesia, dos admirables damas: Sancha de Guzmán y Leonor de Zúñiga, a quienes la Divina Providencia había reservado el lauro inmarcesible de ser madres, respectivamente, del Príncipe de los poetas líricos y del Príncipe de los poetas épicos; y sobresaliendo de la juvenil y bizarra palatina el gentil Regidor de Toledo Garci Lasso de la Vega Guzmán, que sobre el pecho luce la roja insignia del triunfador Apóstol Patrón de España (25-Julio-1525).

Las Cortes de Toledo aconsejan al Rey-Emperador su matrimonio con una Princesita de dorados bucles que evoca infantiles ideales de un fascinador cuentecillo de hadas. La Ciudad Imperial converge en su sentir con el del Soberano, y es bello galardón para Toledo el que pase a ocupar el Trono de Fernando el Santo, de Alfonso el Sabio y de la Santa Isabel de España, la encantadora Infanta Isabel de Portugal, a quien España es deudora de perenne y cariñosa recordación por sus grandes virtudes y excelencias, y Toledo no debe olvidar que tan bondadísima Reina-Emperatriz fué decidida y valiosa protectora del dulce poeta Garci Lasso de la Vega; que tan entrañable afecto dispensó a Toledo que gozabase de propulsar las obras de construcción del Alcázar para no tener que separarse de Toledo; que en Toledo exhaló su postrer suspiro y que, aun después de muerta, en

Toledo cimentó la virtud o el milagro de trocar al Marqués de Lombay en San Francisco de Borja.

Después, al igual que su hijo Felipe II, contrae nupcias con Ana de Austria el mismo año en que casa con María de Bazán el Príncipe de la épica Alonso de Ercilla Zúñiga, así engázanse los días del matrimonio de Carlos I e Isabel de Portugal con los del consorcio de Elena de Zúñiga y el Príncipe de la lírica Garci Lasso de la Vega.

He aquí el momento en que nuestro compatriota ha de rendir pleitesía merecidísima a la virtud, al amor y a la belleza. Quedan concertados los expensales de Garci Lasso de la Vega Guzmán «con la senora dona elena de çuñiga, dama de la serenissima Reyna de portugal, hija lexítima de los senores yñigo de çuñiga e dona alda de salazar, su muger». Carlos I autoriza y solemniza el matrimonio haciendo merced a su Gentil hombre Garci Lasso de la Vega Guzmán de 60.000 marevedís anuales. Elena aporta casi tres millones, donados por el Emperador y su hermana Leonor de Austria.

Item; que si por la segunda cláusula del testamento del padre resulta Garci Lasso mejorado, no lo es en menor grado por la madre, quien le asigna pingües rentas que le permiten otorgar a su futura esposa espléndidas cartas de dote y arras.

A la damita de los ojos claros vuelve la anhelada y bien ganada felicidad.

Va a contraer matrimonio Garci Lasso de la Vega Guzmán con descendiente del famoso Fortún, señor de Zúñiga, tronco que lleva hasta Castilla ramificaciones de los Yñigo Ortiz de Zúñiga, con brotes del célebre Mariscal Mosen Ortiz de Zúñiga e Yñigo Arista, quien en sus primeras nupcias con Juana de Navarra, hija del Rey Carlos II el Noble, tiene, entre otros vástagos, al inspirado poeta Lope Ortiz de Zúñiga, y a Juan, marido de Leonor de Avellaneda y progenitor de Yñigo de Zúñiga Avellaneda, Maestresala de la Emperatriz Isabel, y padre, con su esposa Alda de Salazar, de ELENA DE ZÚÑIGA SALAZAR.

Luego en el curso de aquellos años de grato recuerdo y de

prosperidad para Toledo, y del consorcio de Garci Lasso de la Vega Guzmán y Elena de Zúñiga Salazar, van surgiendo a esta vida hasta cinco hijos, nombrados, en principio: Garci Lasso de la Vega Zúñiga, Yñigo de Zúñiga, Pedro de Guzmán, Sancha Lasso de la Vega Guzmán y Francisco de la Vega Guzmán.

Y es en la Corte Imperial de Carlos I donde su Gentil hombre Garci Lasso y la dama de la Reina Leonor Elena de Zúñiga viven días de regaladas solemnidades y poéticas venturas,

hasta aparecer la nubecilla
que empañá tanta dicha inmaculada.
Y no es que flameen los rescoldos
de un ayer ardoroso ya extinguido.

Es que diz lenguas y pregonan hechos
sobre predilección de Garci Lasso
hacia una lusa y virtuosa dama
de señorial prestancia y gran belleza.

Casos de conciencia.

Honores de magna efemérides alcanza el año de 1528 para Toledo. Con el regreso del Rey-Emperador a la ciudad coincide el acudir a Toledo Hernán Cortés y Francisco Pizarro. El primero para postrar a los pies del poderoso Monarca el vasto y opulento Imperio que nómbrese «Nueva España»; el segundo para ofrendarle un otro Imperio, más opulento y dilatado, que por nombre llevará el de «Nueva Castilla», e Imperio que ha de engendrar «Nueva Toledo». (Jueves-15-October-1528).

Desde el modesto paje de Hernán Cortés, aquel Pedro Pizarro, nacido en Toledo (1515, al egregio Virrey del Perú Francisco Alvarez de Toledo, natural de Oropesa (Toledo), eslabónase un incontable número de toledanos coadyuvadores de las gestas hispanoamericanas.

¿Se ha querido sumar Garci Lasso a compatriotas que tanto contribuyen a transformar el color de la humana criatura en América?

¿Le incita a ello el persistente desvío de la hermosa «Elisa»?

Lo que no puede negarse es que en tanto hay tierra por medio, u otro fueguecillo arde más cerca, amortíguase el llamear del que hacia «Elisa» anima el vate; pero frente a Isabel pierde los estribos subyugado por irresistible atracción y salen «sin duelo, lágrimas, corriendo.....» y ¡diantre! que Isabel de Freyre es ya esposa del Regidor de Toledo Alonso de Fonseca. El caso impone que tanto amor, cual un culto encendido, se ampare en el secreto y en la ausencia. Mas no ha de ser preciso al Gentil hombre saltar en un bajel al Nuevo Mundo. Justamente se ausenta de Toledo el Rey-Emperador en plazo breve; y acompañando en Corte a Carlos I sale Garci Lasso en dirección a Barcelona y seguirá a Bolonia, donde de manos del Pontífice recibirá la Corona Imperial el Soberano español. (Lunes-8-Marzo-1529.)

Y parte de Toledo la regia comitiva dejando en pos de Aranjuez, Alcalá de Henares, Guadalajara, Jadraque, Sigüenza, Zaragoza y Lérida grata recordación de tan áureo cortejo, y entra en Barcelona «la Cesárea y muy Católica y Real Majestad del Emperador y Rey N. S. D. Carlos» con la pompa y aclamaciones de ritual. (Viernes-30-Abril-1529.)

Un otro día, vísperas de zarpar el Real navío, Carlos I ensalza su grandeza con protocolario documento legitimador de uno de los frutos de sus amores mozos.

Ya Margarita, la niña budernadesa y encanto de sus padres, el apuesto Duque de Luxemburgo Carlos de Gante y la bella flamenca Juana van der Ghynst, es hermana del Príncipe de Asturias Felipe de Austria (9-Julio-1529).

Del César español sigue laudable ejemplo su gentil hombre, y en la ciudad condal, antes de embarcar con rumbo a Italia, preséntase Garci Lasso de la Vega Guzmán ante el escribano Francisco Barreda, en unión de sus deudos Pedro Lasso de la Vega, vecino de Toledo, y Alonso de Salazar, vecino de Esquivias (Toledo), y del fraterno amigo Juan Boscán, para formalizar testamento el vate toledano.

Por el codicilo respectivo constituye Garci Lasso de la Vega heredera universal a su esposa Elena de Zúñiga Sa-

lazar; encarga que «no couiden a naide para mis honrras ni haya sermo enellas»; y, al recordar a sus tres hijos habidos hasta dicho día en sus nupcias con Elena, no olvida que también es padre de otro niño mancebo y a favor de quien redacta la cláusula que dice «don lorenço my hijo sea sustentado en alguna buena Vnib [er] sidad y aprenda ciencias de humanid^s hasta q̄ sepa bien enesta facultad y después si hubiere inclinacō a ser clérigo estudio canones y si no dese a las leyes y siempre sea sustentado hasta q̄ tenga alguna cosa de suyo».

Uno y otro; el Rey-Emperador y su Gentil hombre, cumplen, en parte, sagrados deberes, y también uno y otro, sufren nemotécnicas distracciones.

Carlos I mantiénese silente para con Orsalina de la Peña, la seductora viuda del perusino caballero Valentino de Cancellieri. No cita para nada a su hija Tadea, colegiada en laurentino monasterio de Perusa que se anda entonces en los siete años.

Tampoco Garci Lasso nombra a «Garcilasino». Eso sí, con el tiempo parece que éste y su hermano Lorenzo, por ser hijos de aquel padre, libran la cabeza del hacha del verdugo a cambio de exilarse en Orán y Bujía.

Empero el codecilo de Garci Lasso advierte delicada cláusula que es todo un poema, al decir: «yo creo que soy en cargo de una moça de su honestidad; llámase Elvira; pienso que es natural de La Torre (de Esteban Hambrán) o del Almendral, logares de extremadura (?) a la qual conoce don francisco mi hermano o burriana, el alcalde que era de los arcos, o parra, su mujer; estos diran quien es; enuien alla una persona honesta y de buena concencia que sepa della si yo le soy en el cargo sobredicho, y si yo lo fuera enel denle diez mill maravedis; e si fuere casada tengase gran consideracion enesta diligencia a lo que toca a su honrra e a su peligro» (25-Julio-1529).

Después, Bolonia, Mantua, Florencia,
tres emporios de arrosos y aventuras
que es fuerza abandonar. ¡Fatal destino!
París, Fontainebleau, dulces oasis

testigos de poéticas ternezas.....
 y de nuevo en Castilla, renaciendo
 la cálida pasión que le domina
 ante la bella Isabel de Freyre.....
 y es obligado que con rauda paso
 salga con el de Alba hacia Alemania.....

En macabro ajetreo.

Señalado es asimismo en el vivir de Garcí Lasso el año 1534. El último que hace estancia en Toledo.

Elena de Zúñiga, sabe dar al olvido desdenes y amarguras. No importa. Garcí Lasso otorga a su esposa cartas de poder para demandas y cobranzas; riega con lágrimas la tumba de Isabel de Freyre y, terminada su comisión en España, regresa a Italia atraído por la necesidad que otro amor le brinda.

Pero, soldado antes que nada, cuando el Emperador permite a Garcí Lasso formar en las huestes contra el turco, allá, en la ensenada de La Goleta, antesala de Túnez, culmina su bélico espíritu y, para mayor gloria de Toledo, con Garcí Lasso son los primeros en el asalto Andrés del Toro y Miguel de Salas, ambos soldados toledanos. (Miércoles-14-Julio-1535).

Mas ¡ay! que también el caminar del tiempo hace amanecer, con el día primero de Mayo, un otro año, asaz infausto para Garcí Lasso estante en Florencia: el año 1536.

El jueves, día 4, abandona la Atenas del Norte, la ciudad nativa del Dante Alighieri, hacia Rivarotta, portando instrucciones de Carlos I, para Andrés de Doria y Antonio de Leyva, referentes a la guerra en la Provenza

.....
 Sí, ha pagado su tributo a la vida Garcí Lasso de la Vega. Su cuerpo, encerrado en severo ataud, es conducido con honores de Maestre de Campo de Tercio Español y depositado en la santa Casa de Santo Domingo, en Niza, de donde la viuda del soldado-poeta, para dar «eterno descanso» en su patria nativa al cadáver de su esposo, lo hace traer a la

«Capilla y sepultura de familia en el conuento de San Pedro Martir de Toledo» (1538).

Diecisiete años más y en este dominicano y toledano monasterio, yace junto al cuerpo de su padre el de su vástago Yñigo, segundo Garci Lasso de la Vega Zúñiga, transportado desde Ulpián por orden de su madre Elena de Zúñiga (1555).

Cumplióse la voluntad de uno y otro Garci Lasso de la Vega; que asimismo el hijo, antes de embarcar para Inglaterra siguiendo al Príncipe de Asturias Felipe de Austria y futuro marido de la Reina María de Tudor, ordena en su testamento que «si por uetura muriere fuera despaña q̄ donde me enterrare sea deposita y sea obligados los herederos de mis bienes traerme a toledo a la capilla q̄ tengo en san pº Martir donde esta mi padre» (Coruña-22-Junio-1554).

He ahí, pues, al poeta y su hijo, no al poeta y su padre que un tiempo se dijo, representados en sendas estatuas orantes labradas en mármol que se alzan sobre el no terminado enterramiento encargado por Elena de Zúñiga, quien en codicidos y testamentos advierte que «baxo los bultos que estan fechos en la dicha mi capilla se me haga un bulto de alabastro, conforme a los dichos que estan fechos en la dicha mi capilla» (1562).

La piadosa dama presagia el avanzar de su día postrero. Todo su ser lo reconcentra ya hacia aquella «su Capilla» que Toledo, admirado por las virtudes de la viuda de Garci Lasso denomina «Capilla de doña elena» en vez del «Cristo con la Cruz a cuestras» cuyo era su título.

Para misas, concertadas con los frailes de San Pedro Mártir, señala 20.000 varavedís de juro perpetuo y 3.000 para reparos de la capilla, situados en rentas de las alcabalas de Toledo; y a sus testamentarios advierte que «en lo que toca a mi Capilla falta por hazer el respaldar de los bultos y el letrero q̄ lo haga espinosa (Francisco) pintor q̄ ya sabe como se ha de hazer» (14-Enero-1563.)

Se ve, sí, cómo la vida de la ejemplar esposa del esclarecido poeta ríndese tras tantos años de morales sufrimientos soportados con cristiana ejemplaridad.

Cuando al término de tres semanas siguientes al día del

testamento, doblan las campanas del Monasterio de San Pedro Mártir, conoce Toledo que Elena de Zúñiga tiene ya abierto su lecho mortuorio en la dicha y muy amada su Capilla († 3-Febrero-1563).

Bueno, pues ignoro si los albaceas se ocuparon o no de «hazer el bulto de alabastro» de la viuda de Garcí Lasso y el respaldar de los otros bultos y el letrado, y de sustentar juros y rentas; o si todo ello, así cual interesantísimas laudas que en la Iglesia de San Pedro Mártir existían, evaporóse al cobijo de la incursión napoleónica, de la exclaustación y desamortización o del non natus Panteón Nacional; momentos que tan espléndidas aseguirabilidades ofrecieron con detrimento del tesoro histórico-artístico de España.

Lo que está fuera de duda es que gozando de la sagrada paz que todo sepulcro merece yacía Garcí Lasso de la Vega en el Convento de San Pedro Mártir de Toledo, cuando el sueño de la verdad viene a ser turbado al pretender las Cortes Constituyentes de 1869 llevar a la práctica el olvidado proyecto de otras homónimas Cortes de 1837. En si establecer en la Iglesia de San Francisco El Grande, de Madrid, un Panteón Nacional al que fuesen trasladados los restos de españoles ilustres a quienes cincuenta años al menos después de su muerte consideraran las Cortes dignos de tal honor. Un algo parecido a lo realizado por Inglaterra con la abadía de Westminster, por Italia con la Iglesia de Santa Croce, por Francia con el templo de Santa Genoveva; propósito que, si a influencias de pasajera efusión política aplaudieron las Constituyentes de 1837, la serenidad y el buen criterio de los propios hombres que lo formularon acertada y cristianamente lo relegaron al olvido.

Sin embargo, las Constituyentes de 1869, conceptuaron oportuno que fuesen exhumados los mortales despojos de quienes esmaltaron páginas de gloria para España, sin detenerse a pensar que con la puesta en marcha del proyecto sobre eslabonar lamentables equívocos e imperdonables profanaciones se arrebatában a los pueblos lauros y devociones que atesoraban en sus recintos.

No obstante, el Poder Ejecutivo sustentaba que «nunca

mejor ocasión para celebrar las glorias de la Patria, representadas en los restos de sus grandes hombres, y nunca momento más propicio para glorificar a los preclaros hijos de España, para elevar hasta ellos los ánimos, para preparar una posteridad heroica», que abrir los sepulcros de Garcí Lasso de la Vega, Agustín Moreto y Juan de Mariana en Toledo; Alonso de Ercilla, en Ocaña, etc., y transportar las cenizas a Madrid para hacer entrega de ellas el mismo día en que se proclamara la Constitución; porque así sería ésta inaugurada «haciendo justicia, tardía, pero espléndida, a grandes figuras nacionales cuya memoria produce en todo español respeto y admiración».

De todo olvidáronse los sucesores del Gobierno que tan a pecho tomara el mandato de las Cortes; y allá, abandonadas en obscura capilla hubiesen perdurado las sagradas cenizas de los prestigios españoles de no haber vuelto por los fueros de la piedad y de la historia varias poblaciones reclamando la restitución a los sepulcros de donde nunca debieron ser sustraídos.

El triunfo de los patrióticos anhelos no se hace esperar; y entonces, de la Iglesia de San Francisco el Grande, paulatinamente, van desapareciendo las urnas que en la obscura capilla aguardaban la tan cacareada decorosa instalación.

Calladamente, a modo de encargo fiado al recadero, desprovistas de cuanta solemnidad cívico-religiosa merecen, vuelven a Toledo las cenizas de Garcí Lasso de la Vega, por los días de la Restauración.....

Conocido ya en detalle lo referente al Panteón Nacional y a la odisea de los restos de Garcí Lasso, por figurar en mis libros «Toledo.—Páginas de su historia» (1928) y «Ercilla-Ocaña» (1933), y no se interprete esta indicación como discreto o encubierto anuncio, conerétome a exclamar cual entonces: ¡Perdón para quienes, por espacio de más de un

cuarto de siglo, dieron al olvido en una dependencia del Ayuntamiento de Toledo a los restos de Garci Lasso de la Vega!

¡Todo ese lapso hubo de dejarse pasar, hasta ser reintegradas a su sepulcro de San Pedro Mártir aquellas reliquias patrias del ilustre Regidor, del glorioso poeta, del cumplido caballero, del heroico soldado, florón de los ínclitos hijos de Toledo!

EPÍLOGO

AÚELEASE Alfredo Martínez Leal en su discurso de que «han transcurrido sesenta y nueve años sin que en Toledo se haya erigido un monumento a Garci Lasso de la Vega».

Puedo asesorar al querido amigo y compañero, repitiendo lo que en más de una ocasión hizose constar.

No tiene monumento Garci Lasso de la Vega, como no lo tiene Juan de Padilla, por ¿cómo diría yo?, por reflejos de muy típica psicología.

Fué en la Económica Toledana de Amigos del País donde primeramente di a conocer mi «doble proyecto» en homenaje a aquellos dos ilustres hijos de Toledo.

Confiábase en que el Ayuntamiento de la Ciudad Imperial, la Diputación de la provincia y el Gobierno civil patrocinarian el propósito y cooperarian a la busca y captura de los fondos recaudados para la misma empresa. Los inmediatos fallecimientos de los dos toledanos que por aquel entonces ejercían los cargos de Presidente y de Secretario de la benemérita Sociedad, dieron al traste con todo lo laborado en pro de Garci Lasso y Padilla.

Posteriormente sometí mi «doble proyecto» a esta Academia. Uno y otro monumento tenían asignados sus emplazamientos respectivos. (1921-1926).

El de Juan de Padilla, donde merece, debe y puede ser. Sobre el terreno en que alzóse la casa solariega del ilustre Regidor y Capitán toledano.

El monumento a Garci Lasso de la Vega no podía alcanzar análogo emplazamiento y se pensó en la terraza-explanada del magnífico edificio de Santa Cruz de Mendoza, convertida en jardín, y en el centro, construido con piedras procedentes de localidades en que hizo estancias el Regidor-

soldado-poeta, se elevaría la figura de Garci Lasso de la Vega.

.....
 Estamos a tiempo de que ese proyecto pueda tener forma real. Es hoy 28 de Abril de 1935. Más de un año falta para la fecha señaladora del IV Centenario de la muerte del Príncipe de los poetas líricos españoles.

Renazca la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, a las encomiastas y fraternas actividades. A exaltar merecidamente la figura de Garci Lasso de la Vega Guzmán en su cuádruple vivir como caballero, soldado, regidor y poeta.

A erigirle también el monumento. Y..... si no puede ser..... repito lo que dicho dejó otro caballero-soldado-poeta toledano que en Cuerva (Toledo), en su patria cuna, yace junto al progenitor de nuestro vate:

A pesar del olvido, sus trofeos,
 Firmes son instrumentos de sus glorias.
 De su espada y su pluma altos empleos
 Duran, más que en bronce, en las memorias,
 Duran, más que en jaspe, en los deseos.»

HE DICHO.



ÍNDICE DEL TOMO XVI

AÑO XVII

	<u>Páginas.</u>
<i>Francisco Verdugo. Gobernador de Luxemburgo (Continuación).—Adolfo Aragonés de la Encarnación</i>	1
<i>Fachadas toledanas con esgrafiados.—Pedro Román</i>	73
<i>Por tierras de La Sagra. Illescas.—Alberto de Aguilar.</i>	75
<i>Garcilaso de la Vega y su época (Discurso de ingreso).—Alfredo Martínez Leal.</i>	93
<i>Discurso contestación.—Adolfo Aragonés de la Encarnación</i>	135

A R B

D. O. M. S.

DEIN MANIBVS

ILLVSTRISSIMI ET INVICTA VIRTUTE MEMORABILIS

D. FRANOISCI VERDVGO

PROPRIIS MERITIS GRADATIM OMNIBVS MILITIAE HONORIBVS INAVGVRATI HARLEMENSIBVS APVD BATAVOS
PRAEFECTI

REGIAE MARITIMÆ CLASSIS POST CAPTVM BOSSVTI COMITEM
ARCHITHALASSI

TOTIVS EXERCITVS CATHOLICI CASTRORVM MAGISTRI
ET CVM FARNESIO PARMÆ PRINCIPE GALLIIS SVPPETIATVM, EVNTE VICARIO IMPERIO
GENERALIS PRAEPOSITI

PROVINCIA RV DENIQ³ FRISIAE TRASISSVLANAE DOMINATIOV GRONINCAE DRETI TVENTI ET LINGEN XIV ANNIS
SVPREMI GVBERNATORIS

VOLENTE SIC AC FAVENTE PHILIPPO II HISPANIARVM REGE CVICVM XLIV CONTINVO ANNO SVLTIS CONTRA PERDVLLEN VICTORIIS
CLARVS MERVISSET AC ROMANDVOS VI GALLICA PRESSOS GLORIOSIS ET PERQVAM ARDVIS EVENTIBVS LIBERANSET, TANDEM PALMARIS MILES
POST TOT EXANTLATOS LABORES DEINCEPS REGI REGVM COELO MILITATVRVS RVDEQ³ DONAND⁹ ET IMORTALI LAVREA IN HAC AVGVSTA ANIMAM CORPORIS SVI

LXIV ANNIS SOCIAM CONSIGNAVIT
ANNO CIO IO LXXXV XX SEPT

HVIC AMABO VIATOR BENE APPRECIARE

TANTI VIRI EXVVIAS SIBI NATALITIO IVRE DEBITAS POPOSCIT HIBERIA ROMANDVI VERO SVAS ESSE NEQ³
VRBIS PATRIAEQ³ SVAE TVTELAREM QVONDAM VMBONEM CVIQVAM CEDERE POSSE NEQ³ DEBERE ASSERVVNT
PEPENDIT LIS DVM CONTENTIONIS ARBITER

ILLVSTRISSIMUS DOMINUS D GUILHELMUS VERDUGO GOMES S'RBARO MAS

CHAVIAE ET IN TOUPPAU TOPARCHA IN NEPROUITZ SAC^{AE} CAES^{AE} REGIAEQ CATHOL^{CE} MA^{TIS} A SVPREMIS BELL
CONSIL^{IS} REIP CAMERARI⁹ AC EQUEST PEDESTQ LEGION SVPREM⁹ PRAEFECT⁹ IN BELGIO ITALIA BOHEMIA HUNGARIA GERMA
NIAE... CASTHORU MAGISTER ET GRAVISSIMARU VICTORiaru HUI⁹ SÆCULI MAGNA PARTEM ADKPT⁹ REBUSQ BELLICIS ETIAMNU INTEN⁹

ET NOMINE SVAR MAIEST IN PALATINATV INF GENERALIS GVBERNATOR
PRIMO OTIO ROMANDUIS POSTULATUM ET IAM POSSESSUM PIGNUS ADDIXIT

TANTIQ PARENTIS MEMORIAE DEBITUM
MAESTI FILII PIETAS HOC MARMORE PERSOLVIT

ANNO MDCXXVIII